

LA VENDETTA Y OTROS CUENTOS DE HORROR

Guy De Maupassant

CONFESIONES DE UNA MUJER

Amigo mío, me ha pedido usted que le cuente los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy vieja, sin parientes, sin hijos; puedo, pues, libremente confesarme con usted. Prométame sólo que jamás desvelará mi nombre.

He sido muy amada, usted lo sabe; y a menudo amé yo también. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy, cuando ya nada queda. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Hubiera preferido morir a existir sin ternura, sin un pensamiento siempre clavado en mí. Las mujeres pretenden con frecuencia no amar sino una sola vez con todo el poder de su corazón; con frecuencia me ocurrió que amaba tan violentamente que me parecía imposible que aquellos transportes finalizasen. Y sin embargo se extinguían siempre de una forma natural, como un fuego falto de leña.

Le contaré hoy la primera de mis aventuras, en la que yo fui muy inocente, aunque determinó las otras.

La horrible venganza de ese espantoso farmacéutico de Le Pecq me ha recordado el terrible drama al cual asistí muy a mi pesar.

Estaba casada desde hacía un año, con un hombre rico, el conde Hervé de Ker..., un bretón de vieja cepa al cual, por supuesto, no amaba. El amor, el verdadero, necesita, o por lo menos así lo creo, libertad y obstáculos al mismo tiempo. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un beso legal nunca vale lo que un beso robado.

Mi marido era de elevada estatura, elegante y todo un gran señor de aspecto. Pero carecía de inteligencia. Hablaba de un modo terminante, emitía opiniones cortantes como cuchillos. Se le notaba una mente llena de ideas preconcebidas, infundidas en él por sus padres que a su vez las habían recibido de sus antepasados. No vacilaba jamás, daba sobre todo una opinión inmediata y limitada, sin el menor embarazo y sin comprender que pudieran existir otros modos de ver. Se notaba que aquella cabeza estaba cerrada, que por ella no circulaban ideas, esas ideas que renuevan y sanean un espíritu como el viento que atraviesa una casa cuyas puertas y ventanas se abren.

El castillo donde vivíamos se encontraba en plena región desierta. Era un gran edificio triste, enmarcado por árboles enormes cuyo musgo hacía pensar en las blancas barbas de los ancianos. El parque, un verdadero bosque, estaba rodeado por un profundo foso de esos que llaman salto de lobo; y al final, del lado del páramo, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de hierbas flotantes. Entre los dos, a orillas de un arroyo que los unía, mi marido había mandado construir una pequeña choza para tirar sobre los patos salvajes.

Teníamos, amén de nuestros criados normales, un guarda, una especie de bruto adicto a mi marido hasta la muerte, y una doncella, casi una amiga, locamente ligada a mí. Yo la había traído de España cinco años antes. Era una niña abandonada. Se la hubiera tomado por una gitana a causa de su tez morena, de sus ojos oscuros, de sus cabellos profundos como un bosque y siempre encrespados en torno a la frente. Contaba entonces

dieciséis años, pero aparentaba veinte.

Comenzaba el otoño. Cazábamos mucho, unas veces en las propiedades de los vecinos, otras en la nuestra; y yo me fijé en un joven, el barón de C..., cuyas visitas al castillo se volvían singularmente frecuentes. Después dejó de venir, y no pensé más en él; pero me di cuenta de que mi marido cambiaba de actitud conmigo.

Parecía taciturno, preocupado, ya no me abrazaba; y aunque casi no entraba en mi dormitorio, que yo había exigido separado del suyo con el fin de vivir un poco sola, a menudo oía, de noche, unos pasos furtivos que llegaban hasta mi puerta y se alejaban tras unos minutos.

Como mi ventana estaba en la planta baja, a menudo creí también oír merodeos en la sombra, en torno al castillo. Se lo dije a mi marido, que me miró fijamente durante unos segundos y después respondió:

—No es nada, es el guarda.

Ahora bien, una noche, cuando acabábamos de cenar, Hervé, que parecía muy alegre, contra su costumbre, con una alegría socarrona, me preguntó:

—¿Le gustaría a usted pasar tres horas al acecho para matar un zorro que viene por las noches a comerse mis gallinas?

Me quedé sorprendida; vacilaba; pero como él me examinaba con singular obstinación, acabé respondiendo:

—Claro que sí, amigo mío.

Tengo que decirle que yo cazaba como un hombre lobos y jabalíes. Conque era muy natural que me propusiera aquel acecho.

Pero mi marido de repente adoptó un aire extrañamente nervioso; y durante toda la velada estuvo agitado, levantándose y volviéndose a sentar febrilmente.

Hacía las diez me dijo de pronto:

—¿Está usted preparada?

Me levanté. Y cuando él me trajo mi escopeta, pregunté:

—¿Hay que cargar con bala o con posta?

Pareció sorprendido, y después prosiguió:

—¡Oh!, sólo con posta, bastará, puede estar segura.

Después, tras unos segundos, agregó con singular tono:

—¡Puede usted alabarse de su sangre fría!

Me eché a reír:

—¿Yo? ¿Por qué? ¡Sangre fría para ir a matar un zorro! Pero, ¡qué ideas tiene usted, amigo mío!

Y henos aquí en marcha, sin hacer ruido, a través del parque. Toda la casa dormía. La luna llena parecía teñir de amarillo el viejo edificio oscuro cuyo tejado de pizarra relucía. Las dos torrecillas que lo flanqueaban ostentaban en su cima dos placas de luz, y ningún ruido turbaba el silencio de aquella noche clara y triste, dulce y pesada, que parecía muerta. Ni el menor soplo de aire, ni un grito de un sapo, ni un gemido de lechuza; un lúgubre entorpecimiento se había abatido sobre todo.

Cuando estuvimos bajo los árboles del parque me asaltó su frescura, y un olor a hojas caídas. Mi marido no decía nada, pero escuchaba, espiaba, parecía olfatear en las sombras,

poseído de pies a cabeza por la pasión de la caza.

Pronto llegamos al borde de los estanques.

Su cabellera de juncos permanecía inmóvil, ningún soplo la acariciaba; pero por el agua corrían movimientos apenas sensibles. A veces un punto se agitaba en la superficie, y de allí partían leves círculos, semejantes a arrugas luminosas, que se agrandaban sin fin.

Cuando llegamos a la choza donde debíamos emboscarnos, mi marido me dejó pasar delante, después armó lentamente su escopeta y el chasquido seco de las piezas me produjo un extraño efecto. Me sintió temblar y me preguntó:

— ¿Es, acaso, que ya le basta a usted con esta prueba? Pues márchese.

Respondí, muy sorprendida:

— Nada de eso, no he venido para regresar. ¿Está usted de broma esta noche?

Murmuró:

— Como usted quiera.

Y permanecimos inmóviles.

Al cabo de una media hora, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño, dije, en voz baja:

— ¿Está usted seguro de que pasa por aquí?

Hervé tuvo una sacudida, como si lo hubiera mordido, y, con la boca pegada a mi oído:

— Estoy seguro, escuche.

Y volvió a reinar el silencio.

Creo que empezaba a amodorrarse cuando mi marido me apretó el brazo; y su voz silbante, cambiada, pronunció:

— ¿No le ve usted, allá abajo, entre los árboles?

Por mucho que miraba, yo no distinguía nada. Y lentamente Hervé apuntó, mientras me miraba fijamente a los ojos. Yo misma estaba preparada para disparar, cuando de pronto, a treinta pasos de nosotros, apareció a plena luz un hombre que avanzaba a pasos rápidos, con el cuerpo inclinado, como si viniera huyendo.

Me quedé tan estupefacta que lancé un violento grito; pero antes de que pudiera volverme, ante mis ojos pasó una llama, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por el suelo como un lobo que recibe una bala.

Lancé agudos clamores, espantada, asaltada por la locura; y entonces una mano furiosa, la de Hervé, me asió por la garganta. Fui derribada, y después alzada en sus robustos brazos. Corrió, llevándome en vilo, hacia el cuerpo tendido sobre la hierba, y me arrojó sobre él, violentamente, como si hubiera querido romperme la cabeza.

Me sentí perdida; iba a matarme; y ya alzaba sobre mi frente su tacón, cuando a su vez fue sujetado y derribado, sin que yo hubiese entendido aún lo que estaba ocurriendo.

Me alcé bruscamente y vi, de rodillas sobre él, a Paquita, mi criada, que, aferrada a él como un gato furioso, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel del rostro.

Después, como asaltada bruscamente por otra idea, se levantó y, arrojándose sobre el cadáver, lo estrechó entre sus brazos, besándolo en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando en ellos un hálito, y la profunda caricia de los amantes.

Mi marido, en pie, la miraba. Comprendió y, cayendo a mis pies:

—¡Oh! perdón, querida mía; sospeché de ti y he matado al amante de esta muchacha; mi guarda me ha engañado.

Yo, por mi parte, miraba los extraños besos de aquel muerto y aquella viviente; y los sollozos de ella, y sus sobresaltos de amor desesperado.

Y en ese momento comprendí que le sería infiel a mi marido.

UN DRAMA VERDADERO

«Lo verdadero puede a veces no ser verosímil»

Boileau, *Art poétique*, III, 48

Decía yo el otro día, en este lugar, que la escuela literaria de ayer se servía, para sus novelas, de las aventuras o de las verdades excepcionales encontradas en la existencia; mientras que la escuela actual, al no preocuparse sino por la verosimilitud, establece una especie de media de los acontecimientos ordinarios.

Y hete aquí que me comunican toda una historia, ocurrida, al parecer, y que se diría inventada por algún novelista popular o algún dramaturgo delirante.

Es, en cualquier caso, pasmosa, bien urdida y muy interesante en su extrañeza.

En una propiedad rural, mitad granja y mitad quinta, vivía una familia que tenía una hija a la que cortejaban dos jóvenes, hermanos.

Éstos pertenecían a una antigua y excelente casa, y vivían juntos en una propiedad vecina.

El preferido fue el mayor. Y el pequeño, a quien un amor tumultuoso le trastornaba el corazón, se tornó sombrío, soñador, errabundo. Salía durante días enteros o bien se encerraba en su habitación, y leía o meditaba.

Cuanto más se acercaba la hora de la boda, más receloso se volvía.

Aproximadamente una semana antes de la fecha fijada, el novio, que regresaba una noche de su cotidiana visita a la joven, recibió un disparo a quemarropa, en un rincón del bosque. Unos campesinos, que lo encontraron al nacer el día, llevaron el cuerpo a su hogar. Su hermano se sumió en una fogosa desesperación que duró dos años. Se creyó incluso que se metería a cura o que se mataría.

Al cabo de esos dos años de desesperación, se casó con la novia de su hermano.

Entretanto no se había podido encontrar al homicida. No existía el menor rastro seguro; y el único objeto revelador era un trozo de papel casi quemado, negro de pólvora, que había servido de taco al fusil del asesino. En aquel jirón de papel estaban impresos unos versos, el final de una canción, sin duda, pero no se pudo descubrir el libro del que había sido arrancada aquella página.

Se sospechó que el asesino era un cazador furtivo de mala nota. Fue perseguido, encarcelado, interrogado, hostigado; pero no confesó, y fue absuelto, por falta de pruebas.

Tal es la exposición de este drama. Uno creería estar leyendo una horrible novela de aventuras. No falta nada: el amor de los dos hermanos, los celos de uno, la muerte del preferido, el crimen en un rincón del bosque, la justicia despistada, el acusado absuelto, y un leve hilo en manos de los jueces, el trozo de papel negro de pólvora.

Y, ahora, transcurren veinte años. El hermano menor, casado, es feliz, rico y considerado: tiene tres hijas. Una de ellas va a casarse a su vez. Se desposa con el hijo de un viejo magistrado, uno de los que formaron el tribunal antaño, cuando el asesinato del hermano mayor.

Y he aquí que se celebra la boda, una gran boda rural, una juerga. Los dos padres se estrechan las manos, los jóvenes son felices. Cenar en la larga sala de la quinta; beben, bromean, ríen, y, llegados a los postres, alguien propone cantar canciones, como se hacía en los viejos tiempos. La idea agrada, y cada cual canta. Al llegarle su turno, el padre de la desposada busca en su memoria antiguas coplas que tarareaba en tiempos, y poco a poco las encuentra.

Hacen reír, se aplauden; él prosigue, entona la última; después, cuando ha acabado, su vecino el magistrado le pregunta: «¿De dónde diablos ha sacado usted esa canción? Conozco los últimos versos. E incluso me parece que están relacionados con alguna grave circunstancia de mi vida, pero no lo sé exactamente; estoy perdiendo la memoria.»

Y al día siguiente, los recién casados salen de viaje de bodas.

Sin embargo, la obsesión de los recuerdos imprecisos, ese prurito constante de recordar una cosa que se le escapa sin cesar, acosaba al padre del joven. Tarareaba sin descanso el estribillo que había cantado su amigo, y seguía sin recordar de dónde le venían aquellos versos que, sin embargo, tenía grabados desde hacía mucho tiempo en la cabeza, como si hubiera sentido un serio interés por no olvidarlos.

Transcurren dos años más. Y he aquí que un día, hojeando unos viejos papeles, encuentra, copiadas por él, aquellas rimas que tanto ha buscado.

Eran los versos que habían quedado legibles en el taco del fusil de que se habían servido antaño para el asesinato.

Entonces vuelve a iniciar él solo la investigación. Interroga con astucia, registra los muebles de su amigo, tanto y tan bien que encuentra el libro cuya página había sido arrancada.

El drama se desarrolla ahora en ese corazón de padre. Su hijo es el yerno de aquel de quien sospecha tan violentamente; pero, si el sospechoso es culpable, ¡ha matado a su hermano para robarle la novia! ¿Hay crimen más monstruoso?

El magistrado triunfa sobre el padre. El proceso vuelve a abrirse. El verdadero asesino es, en efecto, el hermano. Lo condenan.

* * *

He aquí los hechos que me señalan. Afirman que son ciertos. ¿Podríamos utilizarlos en un libro sin dar la impresión de imitar servilmente a De Montépin y Du Boisgobey?

Así pues, tanto en la literatura como en la vida, el axioma: «No todas las verdades se pueden decir» me parece perfectamente aplicable.

Insisto sobre este ejemplo, que me parece impresionante. Una novela compuesta con un dato semejante despertaría la incredulidad de todos los lectores, y escandalizaría a todos los verdaderos artistas.

UNA VIUDA

Ocurrió el suceso, durante la época de caza, en el Castillo de Banneville. El otoño era lluvioso y triste; las hojas secas, en vez de crujir bajo los pies, se pudrían en las rodadas de los caminos empapadas por los aguaceros.

Casi desnudo ya de hojas, el bosque desprendía humedad como una sala de baños. Al penetrar en él, se sentía bajo los árboles, azotados por los chubascos, un tufo mohoso, un vaho de agua pantanosa, de hierbas humedecidas, de tierra mojada, y los cazadores, abrumados por aquella inundación continua; los perros, macilentos, con el rabo entre las patas y el pelo pegado sobre los lomos, y las jóvenes cazadoras, con los vestidos calados por la lluvia, regresaban todas las tardes, fatigadas de cuerpo y alma.

Después de comer, en el gran salón jugaban a la lotería, displicentes y sin animación, mientras el viento empujaba con violencia los postigos y hacia girar las veletas como un trompo. Quisieron entretenerse narrando cuentos, como dicen las novelas que se hace; pero a ninguno se le ocurrió nada que distrajera. Los cazadores explicaban aventuras a escopetazos, matanzas de conejos, y las mujeres se quebraban la cabeza sin hallar algo semejante a la imaginación de Scheherazada.

Se disponían a buscar otra diversión, cuando una muchacha, jugando distraídamente con la mano de una tía suya, vieja solterona, tropezó en una sortija hecha con cabellos rubios, que había visto ya otras veces sin que fijara su atención, y haciéndola girar en el dedo, preguntó:

—Dime, tía: ¿qué significa esto? Parece pelo de niño.

La señorita se ruborizó, luego palideció y dijo al fin con voz temblorosa:

—Es una historia tan triste, tan triste, que jamás quiero referirla, porque originó la desgracia de toda una vida. Entonces era yo muy joven, pero me ha quedado un recuerdo tan doloroso, que aún me hace llorar.

Todos quisieron conocer la historia, pero la solterona se negaba a explicarla; por fin, tanto y tanto le rogaron, que la explicó:

—Ustedes me han oído hablar muchas veces de la familia Santéze, ya extinguida. Yo he conocido a los tres últimos hombres de la casa; los tres murieron de igual manera; este pelo es del último, que a los trece años se mató por mí. Les parece a ustedes raro, ¿verdad?

“¡Oh!, era una raza original, raza de locos acaso, pero de una locura encantadora: eran locos de amor. Todos, de padres a hijos, tenían pasiones violentas, ímpetus que los lanzaban a las más extraordinarias empresas, a fanáticos sacrificios, a criminales intentos. El amor era en su familia tan exaltado como la piedad lo es en ciertas almas. Los trapenses no tienen la misma naturaleza que los trasnochadores.

“Entre los parientes se decía: «Enamorado como un Santéze.» Su aspecto los delataba; tenían el pelo ondulado, sobre la frente; la barba, rizada; rasgados los ojos, y sus penetrantes miradas eran perturbadoras.

“El abuelo del último, cuyo recuerdo conservo, después de muchas aventuras, raptos y desafíos, a los sesenta y cinco años se enamoró perdidamente de la hija de su colono. He

conocido a los dos. Ella era rubia, pálida, fina; hablaba lentamente con voz suave, y su mirada era dulce, tan dulce como la de una Virgen. El anciano se la llevó consigo, y se sintió tan cautivado por la moza, que no podía estar un minuto sin ella. Su hija y su nuera, viviendo en el castillo, encontraban aquello muy corriente; hasta ese punto era el amor tradicional en la familia. Tratándose de apasionamientos, nada podía sorprenderlas, y si se hablaba en su presencia de inclinaciones contrariadas, de amantes desunidos y hasta de venganzas que siguieron a traiciones amorosas, decían las dos con el mismo tono compasivo: «¡Ah! ¡Cuánto habrá sufrido para llegar a ese extremo!» Y nada más. Los dramas del corazón las emocionaban, pero no las indignaban nunca, aun cuando fuesen verdaderos crímenes.

“Un otoño, el joven señor de Gradelle, que había sido invitado a cazar, se llevó a la moza. El señor de Santéze pareció tranquilo, como si nada hubiese pasado; pero a los pocos días lo encontraron ahorcado en una cuadra. Su hijo murió de igual modo, en un hotel de París, durante un viaje que hizo en mil ochocientos cuarenta y uno, después de haber sido burlado por una cantante de ópera. Dejó un hijo de doce años y una viuda, hermana de mi madre. Los dos se fueron a vivir a casa, en nuestras posesiones de Bertillón. Entonces tenía yo diecisiete años.

“No pueden ustedes figurarse la precocidad asombrosa de aquel niño. Parecía que toda la ternura, toda la exaltación de su raza se habían condensado en aquel último vástago. Deliraba siempre y se paseaba solo, durante horas y horas, por una calle de olmos, del castillo al bosque. Yo lo contemplaba desde mi balcón andar lentamente, con las manos a la espalda, la cabeza inclinada y deteniéndose de trecho en trecho para levantar los ojos, cual si percibiera, comprendiera y sintiera emociones impropias de su edad.

“Muchas veces, después de comer, en las noches claras, me decía: «Prima, vamos a soñar...» Y salíamos juntos al parque. Se detenía bruscamente al llegar a una plazoleta, donde flotaba como neblina ligera y blanca el claror de luna, y me decía oprimiéndome las manos: «Mira, mira. Pero tú no me comprendes, lo adivino; si me comprendieras, seríamos felices. Es necesario amar para comprender.» Yo reía y besaba tiernamente al niño, amante hasta morir.

“Con frecuencia, durante la velada se sentaba sobre las rodillas de mi madre, diciéndole: «Vamos, tía, cuéntanos historias de amor.» Mi madre, para entretenerle, le refería todas las leyendas de su familia, todas las apasionadas aventuras de sus antecesores, pues eran muchas las que se contaban, verdaderas y falsas. Fue su misma fama lo que perdió a todos los hermanos Santéze; se exaltaban y se enorgullecían de no desmentir el renombre de su casa.

“El niño se entusiasmaba con los relatos amorosos o terribles, y aplaudía, exclamando: «¡Yo también, yo también sé amar, y mejor que todos ellos!» Luego comenzó a galantearme; un galanteo tímido y tierno, del que nos reíamos los demás encontrándolo muy gracioso. Todas las mañanas tenía yo flores, cogidas por él, y todas las noches, antes de retirarse a su habitación, me besaba la mano murmurando: «¡Te adoro!»

“Fui culpable, muy culpable; lloro sin cesar por ello, y por ello toda mi vida hice penitencia, quedando soltera o, mejor dicho, novia y viuda: su viuda. Me divertía con aquella pueril ternura, hasta la excitaba; fui coqueta, seductora, como si se tratase de un

hombre; fui pérfida y atractiva. Enloquecí al pobre niño. Era un juego para mí y una distracción alegre para nuestras madres. ¡Figúrense ustedes, tenía doce años! ¡Quién habría tomado en serio aquella pasión infantil ¡A su ruego, yo lo besaba y escribía para él cartas amorosas que leían nuestras madres; me contestaba en cartas ardientes que aún conservo. El desgraciado creía secreta nuestra intimidad amorosa, juzgándose un hombre. ¡Todos habíamos olvidado que era un Santéze!

“Aquello duró casi un año. Una noche, en el parque, arrodillándose ante mí y besando la fimbria de mi vestido en un arranque furioso, repetía: «¡Te adoro! ¡Te adoro! ¡Te adoraré hasta muerte! Si algún día me burlas, óyelo bien, si me abandonas por otro, haré como mi padre...» Y añadió con voz firme, que hacía estremecer: «Ya sabes lo que hizo.»

“Viendo mi sorpresa se levantó y, alzándose sobre las puntas de los pies para llegar hasta mi oído —pues no era tan alto como yo—, moduló mi nombre: «¡Genoveva!» con voz tan suave, tan amorosa, que me hizo temblar de pies a cabeza. Yo murmuré: «Retirémonos, retirémonos.» Él me siguió en silencio, pero al llegar junto a la escalinata, me detuvo para decirme: «Ya sabes que si me abandonas, me mato.»

“Entonces comprendí que había llegado muy lejos y procuré mostrarme reservada. Un día en que me reprochó mi conducta le dije: «Eres ya poco niño para jugar así con una mujer, y poco hombre para enamorarla. Esperemos.» En otoño le pusieron interno en un colegio. Cuando volvió en el verano próximo yo tenía novio. Él lo comprendió al punto, y durante ocho días lo vi tan reflexivo que me tuvo inquieta. Al día noveno, cuando desperté, vi un papel echado por debajo de la puerta. Lo cogí, lo abrí, leyendo lo siguiente: «Me has abandonado y ya sabes lo que te dije. Has decretado mi muerte. Como quiero que seas tú quien me encuentre, baja al parque, acércate al mismo lugar donde el año pasado te dije que te adoraba y mira hacia arriba.»

“Creí volverme loca. Me vestí de prisa y corrí sin detenerme, al lugar indicado. Su gorrita de colegial estaba en el suelo, en el barro, porque durante la noche había llovido. Levanté los ojos y distinguí algo que se mecía entre las ramas al impulso del viento. No sé lo que hice luego. Debí de gritar, desvanecerme, desplomarme o correr al castillo. Cuando recobré los sentidos, estaba en mi cama, con mi madre a la cabecera. Creí que todo aquello lo había soñado en un delirio horroroso, y pregunté: «¿Y él?... ¿Y él?» No me contestaron. ¡Era verdad!

“No me atreví a verlo otra vez, pero pedí un mechón de sus cabellos. Esto..., esto...”

Y la vieja señorita, con ademán desesperado, alargaba su mano temblorosa.

Luego se sonó repetidas veces, se limpió los ojos y añadió:

—Sin decir la causa, renuncié al matrimonio, decidiendo ser para siempre... la..., la viuda de aquel niño de trece años.

Después inclinó la cabeza sobre su pecho y quedó llorando largo rato.

Cuando se retiraban todos a sus habitaciones para dormir, un grueso cazador, cuya tranquilidad habitual se había perturbado con aquella historia, murmuró al oído de su vecino:

—¿No es una desdicha ser sentimental hasta ese punto?

UN PARRICIDA

El abogado había alegado locura. ¿De qué otro modo explicar aquel extraño crimen?

Cierta mañana, entre los cañaverales, cerca de Chatou, habían encontrado dos cadáveres abrazados; una mujer y un hombre, personas conocidas de la buena sociedad, ricas, ya no muy jóvenes, y casados solamente el año anterior, porque la mujer sólo era viuda desde hacía tres años.

No se les conocían enemigos, no les habían robado. Al parecer les habían tirado desde la ribera al río, después de haberlos herido, uno tras otro, con un largo estilete.

La investigación no descubría nada. Nada sabían los marineros interrogados; ya iba a sobreseerse el caso cuando un joven ebanista de un pueblo vecino, llamado Georges Louis, y apodado «el burgués» se entregó prisionero.

En todos los interrogatorios únicamente respondió esto:

—Conocí al hombre hace dos años, a la mujer hace seis meses. Venían a menudo para encargarme que restaurase muebles antiguos, porque soy hábil en mi oficio.

Y cuando le preguntaban:

—¿Por qué los mató?

Respondía obstinado:

—Los maté porque quise matarlos.

No pudieron sacarle mas.

El hombre era sin duda hijo natural, dado a criar en otro tiempo en la región y luego abandonado. No tenía más nombre que Georges Louis, pero, como al crecer resultó singularmente inteligente, con gustos y delicadezas instintivas que no poseían sus camaradas, lo apodaron «el burgués», y nadie le llamaba de otro modo. Tenía fama de ser notablemente hábil en el oficio de ebanista que había adoptado. E incluso hacía algunos trabajos como tallista.

También se le tenía por exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilista, gran lector de novelas de aventuras, de novelas con dramas sangrientos, elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros o campesinos.

El abogado había alegado locura.

Porque ¿cómo si no admitir que aquel obrero hubiese matado a sus mejores clientes, unos clientes ricos y generosos (él lo reconocía), que en dos años le habían encargado trabajos por valor de tres mil francos (de ello daban fe sus libros)? Sólo podía haber una explicación: la locura, la idea fija del desclasado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses, y el abogado hizo una hábil alusión a ese apodo de EL BURGUÉS que la región daba al niño abandonado; exclamaba:

—¿No es una ironía, y una ironía capaz de exaltar más aún al desventurado muchacho sin padre ni madre? Es un republicano ardiente. ¿Qué digo? Pertenece incluso a ese partido político que la República fusilaba y deportaba no hace mucho, al que hoy acoge con los brazos abiertos, a ese partido para el que el incendio es un principio y el asesinato un recurso muy simple. (Nota 1)

»Esas tristes doctrinas, aclamadas ahora en las reuniones públicas, han provocado la perdición de ese hombre. Ha oído a los republicanos, a mujeres incluso, sí, a mujeres, pedir la sangre del señor. Gambetta, la sangre del señor Grévy; su espíritu enfermo se trastornó: ¡también él quería sangre, sangre de burgués!

»¡No es a él a quien hay que condenar, señores, es a la Comuna!»

Corrieron murmullos de aprobación. Se notaba claramente que el abogado había ganado la causa. El ministerio fiscal no replicó.

Entonces el presidente hizo al reo la pregunta de costumbre:

—Acusado, ¿tiene usted algo que añadir en su defensa?

El hombre se levantó.

Era de pequeña estatura, de un rubio de lino, ojos grises, fijos y brillantes.

De aquel frágil muchacho salía una voz fuerte, franca y sonora y cambiaba repentinamente, a las primeras palabras, la opinión que se hubieran hecho de él.

Habló con altivez, en un tono declamatorio, pero tan nítido que sus menores palabras se hacían oír en el fondo de la gran sala:

—Señor presidente, como no quiero ir a una casa de locos, y antes prefiero la guillotina, voy a decirle todo.

»Maté a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres.

»Ahora, escúcheme y júzgueme.

»Tras haber dado a luz un niño, una mujer lo envió a cierto lugar para que lo criasen. Tal vez ni siquiera supo a qué región llevó su cómplice al pequeño ser inocente, pero ya condenado a la miseria eterna, a la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, y aún más, a la muerte, puesto que lo abandonaron, puesto que la nodriza, al dejar de recibir la pensión mensual, podía, como hacen a menudo, dejarlo perecer, sufrir hambre y morir de abandono.

»La mujer que me crió fue honrada, más honrada, más mujer, más grande, más madre que mi madre. Ella me crió. Hizo mal cumpliendo su deber. Más vale dejar perecer a esos infelices arrojados a los pueblos de las afueras como se arroja la basura fuera de las aceras.

»Crecí con la vaga impresión de que sobre mí llevaba una deshonra. Los otros niños me llamaron un día "bastardo". No sabían lo que significaba esa palabra, oída por uno de ellos en casa de sus padres. También yo la ignoraba, pero la sentí.

»Puedo afirmar que yo era uno de los más inteligentes de la escuela. Hubiera sido un hombre honrado, señor presidente, acaso un hombre superior, si mis padres no hubieran cometido el crimen de abandonarme.

»Y ese crimen, ellos lo cometieron contra mí. Yo fui la víctima, ellos los culpables. Yo estaba indefenso, ellos fueron despiadados. Debían amarme: me rechazaron.

»Yo, sí, les debía la vida; pero ¿es la vida un regalo? En cualquier caso, la mía no era más que una desgracia. Tras su vergonzoso abandono, no les debía otra cosa que la venganza. Ellos hicieron contra mí el acto más inhumano, el más infame, el más monstruoso que puede cometerse contra un ser.

»Un hombre injuriado golpea; un hombre robado recupera lo que es suyo por la fuerza. Un hombre engañado, burlado y martirizado, mata; un hombre abofeteado, mata;

un hombre deshonorado mata. Yo fui más robado, engañado, martirizado, abofeteado moralmente y deshonorado que todos esos cuya cólera usted absuelve.

»Me he vengado, he matado. ese era mi legítimo derecho. Tomé su vida a cambio de la vida horrible que ellos me impusieron.

»Hablarán ustedes de parricidio. ¿Eran mis padres esas personas para las que yo fui una carga abominable, un terror, una mancha de infamia; para quien mi nacimiento fue una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta; tuvieron un hijo imprevisto. Eliminaron al niño. Ha llegado mi turno de hacer lo mismo con ellos.

»Y sin embargo, hasta hace poco todavía, estuve dispuesto a quererles.

»Hace dos años, ya se lo he dicho, el hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez. Yo nada sospechaba. Me encargó dos muebles. Supe más tarde que se había informado por el cura, bajo secreto de confesión, por supuesto.

»Volvió a menudo; me daba trabajo y pagaba bien. En ocasiones incluso hablaba un poco de unas cosas y otras. Sentí en mí afecto por él.

»A comienzos de este año trajo a su mujer, mi madre. Cuando ella entró, temblaba tanto que la creí enferma de una dolencia nerviosa. Luego pidió un asiento y un vaso de agua. No dijo nada: miró mis muebles con aire enloquecido y sólo respondía sí y no, a tontas y a locas, a cuantas preguntas yo le hacía. Cuando se hubo marchado, la creí algo perturbada.

»Volvió al mes siguiente. Estaba tranquila, dueña de sí. Ese día se quedaron bastante tiempo hablando, y me hicieron un encargo de consideración. Volví a verla tres veces más todavía, sin adivinar nada; pero cierto día ella empezó a hablarme de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Yo respondía: "Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron." Entonces ella se llevó la mano al corazón, y cayó sin conocimiento. Enseguida pensé: "¡Es mi madre!", pero me guardé mucho de darlo a entender. Quería verla venir.

»Así pues, también yo tomé mis informes. Supe que sólo estaban casados desde el mes de julio anterior, porque mi madre no había enviudado sino hacía tres años. Se rumoreaba que se habían amado en vida del primer marido, pero no había ninguna prueba. La prueba era yo, la prueba que al principio se había ocultado y luego habían esperado destruir.

»Aguardé. Volvió ella una tarde, siempre acompañada por mi padre. Ese día me parecía muy emocionada, no sé por qué. Luego, en el momento de irse, me dijo: "Le estimo porque me parece usted un joven honrado y trabajador; sin duda pensará en casarse un día; yo le ayudaré a elegir libremente la mujer que le convenga. A mí me casaron una vez contra mi gusto, y sé cómo se sufre. Ahora soy rica, sin hijos, libre y dueña de mi fortuna. Ahí tiene su dote."

»Y me tendió un gran sobre lacrado.

»La miré fijamente y luego le dije: "¿Es usted mi madre?"

»Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme más. Él, el hombre, mi padre, la sostuvo en sus brazos y me gritó: "¿Pero está usted loco?"

»Respondi: "Nada de eso. Sé de sobra que ustedes son mis padres. No es fácil

engañar. Confiésenlo y les guardaré el secreto; no les odiaré por ello; seguiré siendo lo que soy, un ebanista."

»Él retrocedía hacia la salida sin dejar de sostener a su mujer, que empezaba a sollozar. Corrí a cerrar la puerta, me metí la llave en el bolsillo y proseguí: "¡Mírela y siga negando que es mi madre!"

»Entonces él se enfureció, se puso muy pálido, asustado por la idea de que el escándalo evitado hasta entonces podía estallar de pronto; que su situación, su fama y su honor quedarían arruinados de un solo golpe; balbuceaba: "Es usted un canalla que quiere sacarnos el dinero. ¡Haga usted bien al pueblo, a esta gentuza, ayúdelos, socórralos!"

»Mi madre, enloquecida, repetía una y otra vez: "¡Vámonos, vámonos!"

»Como la puerta estaba cerrada, él gritó: "¡Si no me abre usted inmediatamente, haré que le metan en la cárcel por chantaje y violencia!"

»Yo seguía siendo dueño de mí; abrí la puerta y les vi hundirse en la oscuridad.

»Entonces, de pronto me pareció que acababa de convertirme en huérfano, y de ser abandonado y tirado al arroyo. Me invadió una tristeza espantosa, mezcla de rabia, odio y repugnancia: sentía una especie de sublevación de todo mi ser, una sublevación de la justicia, de la rectitud, del honor, del cariño rechazado. Eché a correr para alcanzarlos por la orilla del Sena, que ellos tenían que seguir para llegar a la estación de Chatou.

»No tardé en darles alcance. La noche ya había cerrado por completo. Avanzaba a paso de lobo por la hierba, y por eso no me oyeron. Mi madre seguía llorando. Mi padre decía: "La culpa es tuya. ¿Por qué te empeñaste en verle? En nuestra posición, era una locura. Habríamos podido hacerle el bien de lejos, sin presentarnos. Si no podemos reconocerle, ¿para qué servían estas visitas peligrosas?"

»Entonces les salí al encuentro suplicante. Balbucí: "Ya ven ustedes que son mis padres. Una vez me abandonaron, ¿van a rechazarme ahora de nuevo?"

»Entonces, señor presidente, él alzó la mano sobre mí, se lo juro por el honor, la ley y la República. Me golpeó, y cuando yo le agarraba de las solapas sacó del bolsillo un revólver.

»Sólo sé que me puse furioso; tenía mi compás en el bolsillo; le golpeé con él, le golpeé cuanto pude.

»Entonces ella se puso a gritar: "¡Socorro! ¡Al asesino!", arrancándome la barba. Parece que también la maté. ¿Sé acaso lo que hice en ese momento?

»Luego, cuando les vi a los dos en el suelo, los tiré al Sena, sin reflexionar.

»Eso es todo. Ahora, júzgueme».

El acusado volvió a sentarse. Ante aquella revelación, el caso fue aplazado para la siguiente sesión. Pronto ha de celebrarse. Si fuéramos jurado, ¿qué haríamos con este parricida?

EL HUÉRFANO

La señorita Source había adoptado a aquel muchacho en otros tiempos, en circunstancias muy tristes. Tenía entonces treinta y seis años y su deformidad (se había caído desde las rodillas de su aya a la chimenea, cuando era muy pequeña y su cara, completamente quemada, se le había quedado horrible de ver), su deformidad la había decidido a no casarse, pues no quería que nadie la desposara por su dinero.

Una vecina, que había enviudado estando embarazada, murió en el parto sin dejar ni un céntimo. La señorita Source recogió al recién nacido, le puso una nodriza, lo crió, lo envió a un internado, luego lo retomó a la edad de catorce años, con el fin de tener en su casa vacía a alguien que la quisiera, que la cuidara, que le hiciera dulce la vejez.

Vivían en una pequeña propiedad rural a cuatro leguas de Rennes, y ahora sin criada. El gasto se había duplicado desde que regresó el huérfano y sus trescientos francos de renta no bastaban para alimentar a tres personas. Ella misma hacía la limpieza y la comida, y enviaba a hacer las compras al chico que, además, se encargaba de cultivar el huerto. Era dulce, tímido, silencioso y acariciador. Y ella experimentaba una profunda alegría, una alegría nueva al ser besada por él, sin que pareciera sorprendido o asustado por su fealdad. La llamaba tía y la trataba como a una madre. Por la noche, se sentaban juntos al amor de la lumbre y ella le preparaba golosinas. Ponía vino a calentar y una rodaja de pan a tostar, y aquélla era una pequeña cena encantadora antes de irse a dormir. Con frecuencia, lo tomaba sobre sus rodillas y lo cubría de caricias diciéndole palabras tiernamente apasionadas. Lo llamaba: «Mi florecilla, mi querubín, mi ángel adorado, mi joya divina». Él se dejaba hacer dulcemente, reposando la cabeza sobre el hombro de la solterona. Aunque ya tenía casi quince años, se había quedado enclenque y pequeño, con un aspecto un poco enfermizo.

A veces, la señorita Source lo llevaba a la ciudad a visitar a unas parientas, unas primas lejanas casadas en un suburbio, su única familia. Las dos mujeres le guardaban rencor por haber adoptado a ese chico, por la herencia; pero la recibían pese a todo con solicitud, esperando recibir aún su parte, un tercio sin duda, si dividían a partes iguales la herencia. Estaba feliz, muy feliz, siempre pendiente de su hijo. Le compró libros para adornarle el espíritu, y él se puso a leer apasionadamente. Ahora ya no se sentaba sobre sus rodillas por la noche, para hacerle caricias; se sentaba en una silla pequeña junto a la chimenea y abría un volumen. La lámpara, colocada al borde de la mesita, por encima de su cabeza, iluminaba sus cabellos rizados y un trozo de carne de la frente; no se movía, no levantaba los ojos, no hacía ni un gesto, leía, concentrado, metido por completo en la aventura del libro. Ella, sentada frente a él, lo contemplaba con una mirada ardiente y fija, sorprendida por su atención, celosa, a punto de llorar con frecuencia. Le decía por momentos: «¡Vas a fatigarte, mi tesoro!» esperando que levantara la cabeza y viniera a besarla; pero él ni siquiera contestaba, no había oído, no había comprendido: no sabía nada más que lo que veía en las páginas del libro. Durante dos años devoró un número incalculable de libros. Y su carácter cambió.

Muchas veces, después, pidió dinero a la señorita Source y ella se lo dio. Como cada día necesitaba más, ella terminó por negarse, pues tenía orden y energía, y sabía ser razonable cuando era necesario. A fuerza de súplicas, consiguió una noche que le diera una fuerte suma; pero como unos días más tarde volvió a pedirle de nuevo, ella se mostró inflexible, y no cedió más.

Entonces él pareció adoptar una determinación. Volvió a mostrarse tranquilo, como antes, quedándose sentado durante horas enteras sin hacer ni un movimiento, con los ojos bajos, sumido en ensoñaciones. Ni siquiera hablaba ya con la señorita Source, respondiendo apenas a lo que ella decía, con frases lacónicas y precisas. Era, no obstante, amable con ella, y lleno de detalles; pero ya no la besaba nunca. Ahora, cuando por la noche permanecían frente a frente a ambos lados de la chimenea, inmóviles y silenciosos, a veces le daba miedo. Quería despertarlo, decir algo, cualquier cosa, para salir de aquel silencio alarmante como las tinieblas de un bosque. Pero no parecía oírla ya, y ella se estremecía con el terror de una pobre mujer débil cuando le había hablado cinco o seis veces seguidas sin conseguir una palabra. ¿Qué tenía? ¿Qué pasaba dentro de esa cabeza cerrada? Cuando había permanecido así, frente a él, dos o tres horas, sentía que se volvía loca, dispuesta a huir, a escaparse al campo, para evitar aquella muda y eterna entrevista y, para evitar un peligro incierto que no sospechaba, pero que sentía. Con frecuencia lloraba a solas. ¿Qué tenía? Si ella expresaba algún deseo, él lo realizaba sin replicar. Si necesitaba algo de la ciudad, iba de inmediato. No tenía quejas de él, desde luego que no. Sin embargo...

Así transcurrió un año más, y le parecía que una nueva modificación se había operado en el espíritu misterioso del joven. Se percató de ello, lo sintió, lo adivinó. ¿Cómo? No importa. Estaba segura de no haberse equivocado; pero no habría podido precisar en qué habían cambiado los velados pensamientos de aquel chico extraño. Estaba persuadida de que el que hasta ahora había sido un hombre dubitativo, había adoptado de pronto una resolución. La idea se le ocurrió una noche al encontrarse con su mirada, una mirada fija, que ella desconocía. Entonces se puso a contemplarla incesantemente, y ella sentía ganas de ocultarse para evitar aquella mirada fría, tenazmente clavada en ella. Durante tardes enteras la miraba y sólo se volvía cuando ella, al límite de sus fuerzas, decía: «¡No me mires así, hijo mío!» Entonces él bajaba la cabeza. Pero tan pronto como ella se daba la vuelta, sentía de nuevo sus ojos sobre ella. Y fuera donde fuere, la perseguía con su mirada obstinada.

A veces, cuando se paseaba por el jardincillo, lo veía de repente oculto tras un macizo como si preparara una emboscada; o bien, cuando se sentaba delante de la casa para zurcir las medias, y él escardaba algún bancal de hortalizas, la miraba, mientras trabajaba, de una manera disimulada y constante. De nada le servía preguntarle: «¿Qué te ocurre, pequeño mío? Desde hace tres años estás muy cambiado. No te reconozco. Dime qué tienes, qué piensas, te lo suplico». Él contestaba invariablemente, con tono tranquilo y cansado: «¡No me pasa nada, tía!». Y cuando ella insistía, suplicándole: «¡Eh! hijo, respóndeme, respóndeme cuando te hablo. Si supieras cuánto me haces sufrir, me contestarías siempre y no me mirarías así. ¿Tienes alguna pena? Dímelo y yo te consolaré...». Pero él se iba con expresión cansada murmurando: «Te aseguro que no me

pasa nada».

No había crecido mucho, y seguía teniendo aspecto de niño, aunque las facciones de su cara fueran ya las de un hombre. Eran duras y como sin terminar, no obstante. Parecía incompleto, mal acabado, sólo esbozado e inquietante como un misterio. Era un ser cerrado, impenetrable, en el que parecía realizarse de continuo un trabajo mental, activo y peligroso. La señorita Source se percataba bien de todo eso, y no dormía ya a causa de la angustia. Le asaltaban horribles terrores, siniestras pesadillas. Se encerraba en su habitación y cerraba la puerta, torturada por el pavor.

¿De qué tenía miedo? No lo sabía. De todo, de la noche, de los muros, de las formas que la luna proyectaba a través de las cortinas blancas de las ventanas y, sobre todo, miedo de él. ¿Por qué? ¿Qué tenía que temer? ¿Qué sabía ella!... ¡No podía seguir viviendo así! Estaba segura de que una desgracia se cernía sobre ella, una horrible desgracia.

Una mañana se marchó en secreto, y fue a la ciudad a casa de sus primas. Les contó todo con la voz entrecortada. Las dos mujeres pensaron que se estaba volviendo loca y trataron de tranquilizarla. Ella decía: «¡Si supieran cómo me mira de la mañana a la noche! ¡No me quita los ojos de encima! Por momentos, tengo tanto miedo que me dan ganas de pedir auxilio, de llamar a los vecinos. ¿Pero qué les iba a decir? Si no me hace nada, sólo me mira». Las dos primas preguntaban: «¿Es brutal con usted en alguna ocasión? ¿Le contesta mal?». Ella respondía: «No, jamás; hace todo lo que yo quiero; trabaja bien, ahora se ha corregido; pero no puedo más de miedo. Tiene algo en la cabeza, estoy segura, muy segura. No quiero permanecer sola con él en el campo».

Las parientas, asustadas, le hacían ver que la gente se extrañaría de su decisión, que no comprendería, y le aconsejaron callar sus miedos y sus proyectos, sin disuadirla no obstante de venir a vivir a la ciudad, esperando con ello el retorno de la herencia completa. Le prometieron incluso ayudarle a vender su casa y a encontrarle otra cerca de ellas.

La señorita Source regresó a su casa. Pero tenía el espíritu tan trastornado, que se sobresaltaba al oír el menor ruido y sus manos se ponían a temblar a la menor emoción. Dos veces más volvió a ponerse en contacto con sus primas, completamente decidida ya a no permanecer por más tiempo en su casa aislada. Encontró por fin en el suburbio una casita que le convenía y la compró en secreto. La firma del contrato tuvo lugar un martes por la mañana, y la señorita Source ocupó el resto de la jornada en hacer sus preparativos de mudanza. A las ocho de la tarde, tomó la diligencia que pasaba a un kilómetro de su casa; e hizo que se detuviera en el lugar en el que el conductor acostumbraba a dejarla. El hombre gritó mientras azotaba a sus caballos:

—¡Adiós, señorita Source, buenas noches!

Ella contestó mientras se alejaba: «Adiós, José».

Al día siguiente, a las siete y media de la mañana, el cartero que lleva las cartas al pueblo observó sobre un atajo, no lejos de la carretera, un gran charco de sangre aún fresca. Y se dijo: «¡Vaya, algún borracho ha sangrado por la nariz!». Pero diez pasos más allá vio un pañuelo también manchado de sangre. Lo recogió. Era un pañuelo fino, y el cartero, sorprendido, se acercó a la cuneta donde creyó ver un objeto extraño. La señorita Source se hallaba tendida sobre la hierba del fondo, con la garganta abierta de una cuchillada.

Una hora después, los gendarmes, el juez de instrucción y las autoridades hacían suposiciones en torno al cadáver. Las dos primas, llamadas a prestar declaración, revelaron los temores de la solterona y sus últimos proyectos. El huérfano fue detenido. Desde la muerte de la que lo había adoptado, lloraba de la mañana a la noche, sumido, al menos en apariencia, en la más profunda de las tristezas. Probó que había pasado la velada del crimen, hasta las once, en un café. Diez personas lo habían visto, y habían permanecido allí hasta su marcha. Y como el cochero de la diligencia declaró que había dejado en la carretera a la asesinada entre las nueve y media y las diez, el crimen no podía haber ocurrido sino en el trayecto desde la carretera hasta su casa, lo más tarde hacia la diez. El detenido fue puesto en libertad.

Un testamento, ya antiguo, depositado ante un notario de Rennes, lo declaraba heredero universal; y heredó. La gente del pueblo, durante mucho tiempo, lo puso en cuarentena y sospechó siempre de él. Su casa, la de la muerta, siempre pareció maldita. Evitaban cruzarse con él por la calle. Pero él se mostró tan buen chico, tan abierto, tan familiar que, poco a poco, se fue olvidando la horrible duda. Era generoso, atento, charlaba con los más humildes, de todo, y tanto como querían. El notario, el señor Rameau, fue uno de los primeros que cambió de opinión sobre él seducido por su locuacidad sonriente. Una noche en una cena en casa del preceptor, declaró:

—Un hombre que habla con tanta facilidad y que está siempre de buen humor no puede llevar un crimen semejante sobre su conciencia.

Convencidos por este argumento, los asistentes reflexionaron y recordaron, en efecto, las prolongadas conversaciones de aquel hombre que los paraba, casi a la fuerza, por los caminos, para comunicarles sus ideas, que les obligaba a entrar en su casa cuando pasaban por delante del huerto, que tenía más ocurrencias que el mismo teniente de la gendarmería, y una alegría tan comunicativa que, pese a la repugnancia que inspiraba, no podían impedir reírse en su compañía. Todas las puertas se le abrieron. Hoy es el alcalde de su pueblo.

DENIS

A León Chapron

I

El señor Marambot abrió la carta que le entregaba Denis, su criado, y sonrió.

Denis, que llevaba veinte años en la casa, un hombrecillo rechoncho y jovial, al que se citaba en toda la comarca como modelo de doméstico, preguntó: «¿El señor está contento? ¿El señor ha recibido una buena noticia?»

El señor Marambot no era rico. Ex-farmacéutico de pueblo, soltero, vivía de unas pequeñas rentas ganadas penosamente vendiendo drogas a los campesinos.

«Sí, hijo mío. Malois se echa para atrás ante el proceso con que le amenazo; mañana recibiré mi dinero. Cinco mil francos no vienen mal en la caja de un solterón.»

Y el señor Marambot se frotaba las manos. Era un hombre de carácter resignado, más triste que alegre, incapaz de un esfuerzo prolongado, descuidado en sus negocios.

Ciertamente habría podido alcanzar una holgura más considerable aprovechando la defunción de los colegas establecidos en centros importantes, para ir a ocupar su lugar y recoger su clientela. Pero la molestia de las mudanzas, y la idea de todos los pasos que habría que dar, lo habían disuadido siempre; y se contentaba con decir tras dos días de reflexión: «¡Bah!, la próxima vez será. No pierdo nada esperando. Acaso encuentre algo mejor.»

Denis, por el contrario, empujaba a su amo a la acción. De carácter dinámico, repetía sin cesar: «¡Oh! Lo que es yo, si hubiera tenido el capital inicial, habría hecho fortuna. Sólo mil francos, y asunto concluido.»

El señor Marambot sonreía sin responder y salía a su jardincito, por donde se paseaba, con las manos a la espalda, soñando despierto.

Denis estuvo cantando todo el día, como un hombre satisfecho, coplas y romances del país. Desplegó incluso una actividad inusitada, pues limpió todos los cristales de la casa, secando los vidrios con ardor, entonando a pleno pulmón sus estribillos.

El señor Marambot, asombrado por su celo, le dijo en varias ocasiones, sonriente: «Si trabajas así, hijo mío, no te dejarás nada para mañana.»

Al día siguiente, hacia las nueve de la mañana, el cartero entregó a Denis cuatro cartas para su amo, una de ellas muy pesada. El señor Marambot se encerró en seguida en su habitación hasta media tarde. Confió entonces a su criado cuatro sobres para el correo. Uno de ellos iba dirigido al señor Malois, era sin duda un recibo del dinero.

Denis no hizo preguntas a su amo; ese día parecía tan triste y sombrío como la víspera había estado alegre.

Llegó la noche. El señor Marambot se acostó a la hora de costumbre y se durmió.

Lo despertó un ruido singular. Se sentó de inmediato en la cama y escuchó. Pero su puerta se abrió bruscamente, y Denis apareció en el umbral, con una vela en una mano, un

cuchillo de cocina en la otra, los ojos muy abiertos y fijos, los labios y las mejillas contraídos como los de alguien agitado por una horrible emoción, y tan pálido que semejaba un aparecido.

El señor Marambot, sobrecogido, lo creyó sonámbulo, e iba a levantarse para correr a su encuentro, cuando el criado sopló la vela lanzándose hacia la cama. Su amo extendió las manos para protegerse del choque que lo derribó de espaldas; y trataba de agarrar las manos de su criado, a quien creía ahora víctima de un ataque de locura, con el fin de evitar los precipitados golpes que le asestaba.

El cuchillo le alcanzó la primera vez en el hombro, la segunda en la frente, por tercera vez en el pecho. Se debatía enloquecido, agitando las manos en la oscuridad, lanzando también patadas y gritando: «¡Denis! ¡Denis! ¿Estás loco? ¡Vamos, Denis!»

Pero el otro, jadeante, se encarnizaba, seguía golpeando, rechazado ya por una patada, ya por un puñetazo, e insistiendo furiosamente. El señor Marambot fue herido aún dos veces en la pierna y una vez en el vientre. Pero de pronto una rápida idea cruzó por su mente y empezó a gritar: «Déjalo, déjalo, Denis, no he recibido el dinero.»

El hombre se detuvo al punto; y su amo oía, en la oscuridad, su respiración sibilante. El señor Marambot prosiguió en seguida: «No he recibido nada. El señor Malois se vuelve atrás, el proceso se celebrará; por eso llevaste las cartas al correo. Puedes leer las que están en mi escritorio.»

Y, con un último esfuerzo, cogió las cerillas en su mesa de noche y encendió su vela.

Estaba cubierto de sangre. Ardientes chorros habían salpicado la pared. Las sábanas, las cortinas, todo estaba rojo. Denis, también ensangrentado de pies a cabeza, permanecía en pie en el centro de la habitación.

Cuando vio aquello, el señor Marambot se creyó muerto, y perdió el conocimiento.

Se reanimó al despuntar el día. Estuvo algún tiempo sin recobrar sus sentidos, sin entender, sin acordarse. Pero de pronto el recuerdo del atentado y de sus heridas volvió a él, y lo invadió un miedo tan vehemente que cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de unos minutos su espanto se calmó, y reflexionó. No había muerto en el acto, y por lo tanto podría reponerse. Se sentía débil, muy débil, pero no sufría mucho, aunque experimentaba en diversos puntos del cuerpo una sensible molestia, como pellizcos. Se sentía también helado, y completamente mojado, y oprimido, como enrollado en vendajes. Pensó que la humedad procedía de la sangre derramada; y lo sacudían estremecimientos de angustia ante el espantoso pensamiento de aquel líquido rojo brotado de sus venas y que cubría la cama. La idea de volver a ver tan horroroso espectáculo lo trastornaba y cerraba los ojos con fuerza, como si fueran a abrirse a su pesar.

¿Qué sería de Denis? Se había escapado, probablemente. Pero ¿qué iba a hacer ahora él, Marambot? ¿Levantarse? ¿Pedir auxilio? Ahora bien, si hacía un solo movimiento, sus heridas sin duda volverían a abrirse; y caería muerto, desangrado.

De repente, oyó que empujaban la puerta de la habitación. Su corazón casi dejó de latir. Era Denis que venía a rematarlo, ciertamente. Contuvo la respiración para que el asesino lo creyera muerto, y terminada su obra.

Sintió que le quitaban las sábanas, después que le palpaban el vientre. Un vivo dolor, junto a la cadera, lo hizo estremecerse. Ahora lo lavaban con agua fresca, muy

suavemente. Así, pues, alguien había descubierto la fechoría y lo estaban cuidando, lo salvaban. Le asaltó una alegría loca; pero, por un resto de prudencia, no quiso mostrar que había recobrado el conocimiento, y entreabrió un ojo, sólo uno, con las mayores precauciones. Reconoció a Denis de pie a su lado, ¡a Denis en persona! ¡Misericordia! Volvió a cerrar el ojo con precipitación.

¡Denis! ¿Qué estaba haciendo ahora? ¿Qué quería? ¿Qué espantoso proyecto alimentaba aún?, ¿Qué hacía? ¡Lo estaba lavando para borrar las huellas! ¿Iría ahora a enterrarlo en el jardín, a diez pies bajo tierra, para que no lo descubriesen? ¿O a lo mejor en el sótano, bajo las botellas de vino fino?

Y el señor Marambot se puso a temblar tan intensamente que todos sus miembros palpitaban.

Se decía: «Estoy perdido, ¡perdido!» Y apretaba desesperadamente los párpados para no ver llegar la última cuchillada. No la recibió. Denis, ahora, lo levantaba y lo vendaba con un lienzo. Después se puso a curar la herida de la pierna con cuidado, como había aprendido a hacerlo cuando su amo era farmacéutico.

No cabía la menor duda para un hombre del oficio: su criado, tras haber querido matarlo, intentaba salvarlo.

Entonces el señor Marambot, con voz desfallecida, le dio este consejo práctico: «¡Añade al agua de los lavados y las curas un poco de carbol!»

Denis respondió: «Es lo que hago, señor.»

El señor Marambot abrió los dos ojos.

Ya no quedaban rastros de sangre en la cama, ni en la habitación, ni sobre el asesino. El herido estaba tendido entre sábanas blanquísimas.

Los dos hombres se miraron.

Por fin, el señor Marambot pronunció con suavidad: «Has cometido un gran crimen.»

Denis respondió: «Estoy reparándolo, señor. Si usted no me denuncia, le serviré fielmente como en el pasado.»

No era el momento de disgustar a su criado. El señor Marambot articuló, volviendo a cerrar los ojos: «Te juro que no te denunciaré.»

II

Denis salvó a su amo. Pasó noches y días sin dormir, no salió de la habitación del enfermo, le preparó drogas, tisanas, pociones, le tomaba el pulso, contaba ansiosamente las pulsaciones, lo manejaba con una habilidad de enfermero y una abnegación de hijo.

Le preguntaba a cada momento: «¿Qué, señor? ¿Cómo se encuentra?»

El señor Marambot respondía con voz débil: «Un poco mejor, hijo mío, muchas gracias.»

Y cuando el herido se despertaba, por la noche, veía a menudo a su guardián que lloraba en un sillón y se enjugaba los ojos en silencio.

Nunca el ex-farmacéutico había estado tan bien cuidado, tan mimado, tan atendido. Al principio se había dicho: «Cuando esté curado, me desembarazaré de este granuja.»

Entraba ahora en la convalecencia y retrasaba de un día para otro el momento de separarse de su asesino. Pensaba que nadie tendría con él tantas consideraciones y atenciones, que dominaba a aquel hombre gracias al miedo; y lo previno de que había depositado en un notario un testamento en el que lo denunciaba a la justicia si le ocurría algún nuevo accidente.

Esta precaución le parecía suficiente para preservarlo en el futuro de todo nuevo atentado; y se preguntaba entonces si no sería incluso más prudente conservar al criado a su lado, para vigilarlo atentamente.

Como antaño, cuando vacilaba entre adquirir o no alguna farmacia más importante, no podía decidirse a adoptar una resolución.

«Siempre habrá tiempo» se decía.

Denis seguía mostrándose un incomparable servidor. El señor Marambot estaba curado. Y lo conservó.

Ahora bien, una mañana, cuando acababa de almorzar, oyó de pronto un gran ruido en la cocina. Corrió a ella. Denis se debatía, agarrado por dos gendarmes. El sargento tomaba gravemente unas notas en un cuaderno.

En cuanto vio a su amo, el sirviente empezó a sollozar, gritando: «Me ha denunciado usted, señor; eso no está bien, después de lo que me prometió. ¡Ha faltado usted a su palabra de honor, señor Marambot! ¡No está bien, no está nada bien!...»

El señor Marambot, estupefacto y desolado al ver que sospechaba de él, alzó la mano: «Juro ante Dios, hijo mío, que no te he denunciado. Ignoro totalmente cómo han podido enterarse los gendarmes de tu intento de asesinato contra mi.»

El sargento tuvo un sobresalto: «¿Dice usted que ha querido matarlo, señor Marambot?»

El farmacéutico, aturdido, respondió: «Pues, sí... pero yo no lo he denunciado... No he dicho nada... Juro que no he dicho nada... Me servía muy bien desde ese momento...»

El sargento articuló severamente: «Tomo nota de su deposición. La justicia apreciará ese nuevo motivo que ignoraba, señor Marambot. Estoy encargado de detener a su criado por el robo de dos patos hurtados subrepticamente por él en casa del señor Duhamel, de cuyo delito hay testigos. Le pido perdón, señor Marambot. Daré cuenta de su declaración.»

Y, volviéndose hacia sus hombres, ordenó: «¡Vamos, en marcha!»

Los dos gendarmes se llevaron a Denis.

III

El abogado acababa de alegar locura, relacionando los dos delitos entre sí para reforzar su argumentación. Había probado claramente que el robo de los dos patos provenía del mismo estado mental que las ocho cuchillas inferidas a Marambot. Había analizado finamente todas las fases de ese estado transitorio de enajenación mental, que cedería, sin la menor duda, ante un tratamiento de unos meses en una excelente casa de salud. Había hablado en términos entusiastas de la continua abnegación de aquel honrado servidor, de los incomparables cuidados que prodigó a su amo herido por él en un

instante de extravío.

Enternecido profundamente con aquel recuerdo, el señor Marambot sintió que se le humedecían los ojos.

El abogado se dio cuenta, abrió los brazos en un amplio gesto, desplegando sus largas mangas negras como las alas de un murciélago. Y, con tono vibrante, exclamó: «Miren, miren, miren, señores del jurado; miren esas lágrimas. ¿Qué me queda por decir sobre mi cliente? ¿Qué discurso, qué argumento, qué razonamiento valdrían lo que esas lágrimas de su amo? ¡Hablan con más elocuencia que yo, con más elocuencia que la ley! Están gritando: «¡Perdón para el insensato de una hora! ¡Imploran, absuelven, bendicen!»

Se calló, y se sentó.

El presidente, entonces, volviéndose hacia Marambot, cuya deposición había sido excelente para su criado, le preguntó: «Pero, vamos a ver, señor, aún admitiendo que usted haya considerado demente a este hombre, eso no explica que lo haya conservado a su lado. No dejaba de ser peligroso.»

Marambot respondió, enjugándose los ojos: «¿Qué quiere usted, señor presidente? ¡Es tan difícil encontrar un criado con los tiempos que corren!... No habría hallado ninguno mejor.»

Denis fue absuelto e internado, a expensas de su amo, en una casa de locos.

UNA VENDETTA

La viuda de Pablo Savarini habitaba sola con su hijo en una pobre casita de los alrededores de Bonifacio. La población, construida en un saliente de la montaña, suspendida sobre el mar, mira por encima el estrecho erizado de escollos de la costa más baja de la Cerdeña. A sus pies, del otro lado, la rodea casi enteramente una cortadura de la costa que parece un gigantesco corredor, el cual sirve de puerto a las lanchas pescadoras italianas o sardas, y cada quince días al viejo vapor que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el montón de casas forma una mancha más blanca aun, como nidos de pájaros salvajes acurrucados sobre su roca, dominando aquel paso terrible en que no se aventuran los barcos grandes.

El viento sin reposo fustiga el mar, que golpea sobre la costa desnuda y se mete por el estrecho, cuyos dos bordes destruye.

La casa de la viuda Savarini, abierta al borde mismo de la costa, abre sus tres ventanas sobre aquel horizonte salvaje y desolado.

Allí vivía sola con su hijo Antonio y su perra “Vigilante”, una perraza flaca con pelos largos y bastos, de la raza de los perros de ganado, y que servía al joven para cazar.

Una tarde, después de una reyerta, Antonio Savarini fue muerto a traición de una puñalada por Nicolás Rovalati, que aquella misma noche huyó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que dos amigos le llevaron, no lloró, pero se quedó inmóvil mirándolo; después tendió su arrugada mano sobre el cadáver y juró vengarlo.

No quiso que nadie se quedara allí; se quedó sola con el cuerpo y se encerró acompañada de la perra, que aullaba de un modo lastimero y no se separaba del lado de su amo. La madre, inclinándose sobre el cuerpo de su hijo, con la mirada fija, lloraba lágrimas silenciosas contemplándolo.

El joven estaba tendido de espaldas, vestido con su chaqueta de paño grueso, que se veía desgarrada en el pecho: parecía dormir, pero se veía sangre por todas partes: sobre la camisa rota para la primera cura, en el chaleco, en el pantalón, en la cara, en las manos; cuajarones de sangre se le habían quedado entre la barba y los cabellos.

La madre se puso a hablarle; al oír su voz la perra se calló.

—Yo te vengaré, hijo mío; duerme, duerme, descansa, que serás vengado, ¿entiendes? ¡Tu madre te lo promete! Y ya sabes que cumple siempre sus promesas.

Después se inclinó sobre él, poniendo sus labios fríos sobre los labios del muerto. Entonces “Vigilante” se puso a dar unos aullidos largos, desgarradores, horribles.

Así siguieron los dos, la mujer y el animal, hasta por la mañana que enterraron a Antonio Savarini, y ya nadie se acordó de aquello en Bonifacio.

* * *

No había dejado ni hermanos, ni primos, ni ningún pariente que pudiera vengarlo;

sólo su madre. Así pensaba la anciana, mirando sin cesar un punto blanco de la costa, que era un pueblecillo sardo, llamado Longosardo, donde se refugiaban los bandidos corsos. Éstos poblaban aquella aldea delante de las costas de su patria, y allí esperaban el momento de volver. En aquella aldea se había refugiado Nicolás Rovalati.

Siempre sola y sentada delante de la ventana, la anciana pensaba en su venganza. ¿Cómo la llevaría a cabo, enferma y casi al pie del sepulcro? Pero lo había prometido, lo había jurado al cadáver; no podía olvidarlo y no podía esperar. ¿Qué haría? No dormía ninguna noche, ni tenía sosiego ni reposo. La perra, echada a sus pies, la miraba, y a veces levantaba la cabeza y ladraba. Desde que su amo no estaba allí, no hacía otra cosa.

Una noche que “Vigilante” parecía llamar a su amo, la anciana tuvo una idea salvaje, vengativa, feroz; lo meditó hasta la mañana, y cuando fue de día se fue a la iglesia. Allí, de rodillas, pidió a Dios que la ayudara y sostuviera, dándole fuerzas para vengar a su hijo.

Volvió a su casa y ató a la perra con una cadena; el animal aulló todo el día y toda la noche, y la anciana sólo le dio agua, nada más que agua.

Pasó el día, y la perra, extenuada, dormía; por la mañana tenía los ojos relucientes, el pelo erizado, y tiraba sin cesar de la cadena.

La anciana no le dio de comer, y la perra, furiosa, ladraba sin cesar, y así pasó otro día y otra noche; a la mañana siguiente, la Savarini fue a casa de un vecino a rogar que le dieran un costal de paja. Cogió un traje viejo que había sido de su marido, lo relleno hasta que pareció ser un cuerpo humano, y luego lo clavó en un palo delante del sitio donde la perra estaba encadenada. Después le puso una cabeza de trapos.

La perra, sorprendida, miraba aquel hombre de paja y callaba, aunque la devoraba el hambre.

Entonces la vieja se fue a buscar en casa del carnicero un gran pedazo de morcilla negra, volvió a su casa y la puso a asar. “Vigilante”, enloquecida, estaba echando espuma con los ojos fijos sobre el embutido.

La vieja hizo con el asado una corbata al hombre de paja, y se la ató bien fuerte; después soltó a la perra.

De un salto formidable, el animal alcanzó la garganta del maniquí, y con las patas sobre los hombros se puso a desgarrarlo. Cuando arrancaba un pedazo se bajaba y se lanzaba luego por otro, metiendo su hocico entre las cuerdas y arrancando los pedazos de morcilla.

La vieja, inmóvil, miraba con los ojos brillantes; después volvió a atar a la perra, la hizo ayunar otros dos días y volvió a repetir aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses la acostumbro a aquella especie de lucha, a aquella comida conquistada a mordiscos. Ya no la ataba; pero con un gesto la hacía lanzarse sobre el maniquí. Le había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, hasta cuando no tenía la comida en el cuello. Luego le daba como recompensa la morcilla asada.

Desde que veía al maniquí, “Vigilante” se estremecía y miraba a su ama, que le decía: —¡Anda! —con una voz aguda y levantando el dedo.

Cuando lo juzgó oportuno, la Savarini confesó y comulgó un domingo con mucha devoción, y luego se puso un traje de hombre y se embarcó en la barca de un pescador, que la condujo al otro lado de la costa, acompañada de su perra.

Llevaba en un saco un gran pedazo de asado que le hacía oler a la perra, la cual hacía dos días que ayunaba.

Entraron en Longosardo, y acercándose a una panadería, preguntó por la casa de Nicolás Rovalati. Éste, que era de oficio zapatero, trabajaba en un rincón de su tienda.

La vieja empujó la puerta y dijo:

—¡Eh, Nicolás!

Él se volvió, y entonces, soltando la perra, dijo:

—¡Anda! ¡Anda! ¡Come! ¡Come!

El animal, enloquecido, se lanzó y lo mordió en la garganta. El hombre tendió los brazos y rodó por tierra; durante algunos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; después quedó inmóvil, mientras “Vigilante” le apretaba el cuello, que luego arrancaba en pedazos.

Dos vecinos recordaron después haber visto salir de la casa del muerto a un pobre viejo con un perro que comía unos pedazos negros que le daba su amo.

Por la tarde la vieja volvió a su casa, y aquella noche durmió muy bien.

LA CONFESIÓN

Cuando el capitán Héctor Marie de Fontenne se casó con la señorita Laurine de Estelle, padres y amigos juzgaron que serían una mala pareja.

La señorita Laurine, bonita, menuda, frágil, rubia y atrevida, tenía a los doce años la seguridad de una mujer de treinta. Era una de esas pequeñas parisienses precoces que parecen nacidas con toda la ciencia de la vida, con todos los ardides de la mujer, con todas las audacias de la mente, con esa profunda astucia y esa flexibilidad de espíritu que hacen que ciertos seres parezcan fatalmente destinados, hagan lo que hagan, a burlar y engañar a los demás. Todas sus acciones parecen premeditadas, todos sus pasos calculados, todas sus palabras cuidadosamente pesadas, su existencia no es sino un papel que representan de cara a sus semejantes.

Era también encantadora; muy risueña, tanto que no sabía contenerse ni calmarse cuando una cosa le parecía graciosa y divertida. Se reía en la cara de la gente de la manera más imprudente, pero con tanta gracia que nadie se enfadaba nunca.

Era rica, muy rica. Un sacerdote sirvió de intermediario para la boda con el capitán De Fontenne. Educado en una casa de religiosos, de la forma más austera, este oficial había aportado al regimiento unas costumbres conventuales, principios muy rígidos y una intolerancia total. Era uno de esos hombres que se convierten infaliblemente en santos o en nihilistas, en quienes las ideas se instalan como dueñas absolutas, cuyas creencias son inflexibles y las resoluciones inquebrantables.

Era un mozo alto y moreno, serio, severo, ingenuo, de espíritu simple, corto y obstinado; uno de esos hombres que pasan por la vida sin comprender jamás sus entresijos, matices y sutilezas, que no adivinan nada, no sospechan nada, y no admiten que otros piensen, juzguen, crean o actúen de otro modo que ellos.

La señorita Laurine lo vio, lo caló de inmediato y lo aceptó por marido. Formaron una excelente pareja. Ella fue flexible, hábil y prudente, supo mostrarse tal como debía ser, siempre propensa a buenas obras y a fiestas, asidua a la iglesia y al teatro, mundana y rígida, con un airecillo de ironía, con un resplandor en los ojos cuando charlaba gravemente con su grave esposo. Le contaba sus actos caritativos con todos los curas de la parroquia y de los alrededores, y aprovechaba esas piadosas ocupaciones para estar fuera de casa de la mañana a la noche.

Pero algunas veces, en pleno relato de alguna acción benéfica, la asaltaba de repente una risa loca, una risa nerviosa imposible de contener. El capitán se quedaba sorprendido, inquieto, algo chocado frente a su mujer que se ahogaba. Cuando se había calmado un poco, le preguntaba: «¿Qué es lo que le pasa, Laurine?»

Ella respondía: «¡No es nada! El recuerdo de una cosa muy chusca que me ocurrió.» Y contaba cualquier historia.

Ahora bien, durante el verano de 1883, el capitán Héctor de Fontenne participó en las grandes maniobras del 32 cuerpo de Ejército.

Una noche que acampaban en las cercanías de una ciudad, después de diez días de

tienda y de campo raso, diez días de fatiga y privaciones, los camaradas del capitán resolvieron ofrecerse una buena cena.

El señor De Fontenne se negó al principio a acompañarlos; después, como su negativa los sorprendía, accedió.

Su vecino de mesa, el comandante De Favré, mientras conversaba sobre las operaciones militares, única cosa que apasionaba al capitán, le servía de beber copa tras copa. Había hecho mucho calor durante el día, un calor pesado, agostador, excitante; y el capitán bebía sin pensar en ello, sin darse cuenta de que poco a poco una alegría nueva penetraba en su interior, cierta alegría viva, ardiente, una dicha de existir llena de deseos despertados, de apetitos desconocidos, de esperas indecisas.

A los postres estaba achispado. Hablaba, reía, se agitaba presa de una embriaguez ruidosa, una embriaguez loca de hombre ordinariamente prudente y tranquilo.

Alguien propuso ir a rematar la velada en el teatro; acompañó a sus camaradas. Uno de éstos reconoció a una actriz a la que había amado, y se organizó una cena a la que asistió parte del personal femenino de la compañía.

El capitán despertó al día siguiente en una habitación desconocida y en los brazos de una mujercita rubia, que le dijo, al verle abrir los ojos: «¡Buenos días, gatito!»

Al principio no comprendió; después, poco a poco, los recuerdos regresaron, aunque un poco enturbiados.

Entonces se levantó sin decir una palabra, se vistió y vació su bolsa sobre la chimenea.

Lo asaltó la vergüenza cuando se vio de pie, de uniforme, el sable al costado, en aquel alojamiento amueblado, de cortinas ajadas, cuyo sofá, salpicado de manchas, tenía una pinta dudosa, y no se atrevía a irse, a bajar la escalera, en la que se encontraría con gente, a pasar por delante del portero, y sobre todo a salir a la calle, ante los ojos de transeúntes y vecinos.

La mujer repetía sin cesar: «¿Qué es lo que te pasa? ¿Has perdido la lengua? ¡Pues ayer la tenías bien larga! ¡Vaya patán!»

La saludó ceremonioso y, decidiéndose a huir, se dirigió a su domicilio a grandes zancadas, persuadido de que se adivinaba por sus modales, por su aspecto, por su rostro, que salía de casa de una moza.

Y lo atenazó el remordimiento, un remordimiento agobiador de hombre rígido y escrupuloso.

Se confesó, comulgó; pero seguía incómodo, perseguido por el recuerdo de su caída y por la sensación de una deuda, de una deuda sagrada contraída con su mujer.

Sólo volvió a verla al cabo de un mes, pues había ido a pasar con sus padres la temporada de las grandes maniobras.

Fue hacia él con los brazos abiertos, la sonrisa en los labios. La recibió con una embarazada actitud de culpable; y se abstuvo casi de hablarle hasta la noche.

En cuanto se encontraron a solas, ella le preguntó: «¿Qué tiene usted, amigo mío? Lo encuentro muy cambiado.»

Respondió, con tono fastidiado: «Nada, querida, absolutamente nada.

—Perdón, lo conozco bien, y estoy segura de que le pasa algo: una preocupación, un

pesar, una molestia, ¡yo qué sé!

—Pues bien, sí, tengo una preocupación.

—¡Ah! ¿Cuál?

—Me es imposible decírselo.

—¿A mí? ¿Y por qué? Me inquieta usted.

—No puedo darle razones. Me es imposible decírselo.»

Ella se había sentado en un confidente, y él caminaba de arriba abajo, las manos a la espalda, evitando la mirada de su mujer. Esta prosiguió: «Veamos, tengo que confesarlo, es mi deber, y que exigirle la verdad, estoy en mi derecho. No puede usted tener secretos para mí, al igual que no puedo tenerlos yo con usted.»

El articuló, dándole la espalda, enmarcado en la alta ventana: «Querida, hay cosas que más vale no decir. La que me inquieta se cuenta entre ellas.»

Ella se levantó, cruzó la habitación, lo cogió del brazo y, forzándolo a volverse, le puso las dos manos en los hombros; después, sonriente, mimosa, los ojos alzados: «Vamos, Marie (lo llamaba Marie en las horas de ternura), no puede ocultarme nada. Creería que había hecho usted algo malo.»

El murmuró: «He hecho algo muy malo.»

Ella dijo con alegría: «¡Oh! ¿Tan malo? ¡Me extraña mucho en usted!»

El respondió vivamente: «No le diré nada más. Es inútil insistir.»

Pero ella lo atrajo hasta el sillón, lo obligó a sentarse, se sentó en su pierna derecha, y besando con un besito ligero, con un beso rápido, alado, la punta rizada de su bigote: «Si no me dice nada, nos enfadaremos para siempre.»

Murmuró, desgarrado por los remordimientos y torturado de angustia: «Si le dijera lo que he hecho, no me perdonaría jamás.

—Al contrario, amigo mío, le perdonaré en seguida.

—No, es imposible.

—Se lo prometo.

—Le digo que es imposible.

—Le juro que le perdono.

—No, querida Laurine, no podría.

—¡Qué ingenuo es usted, amigo mío, por no decir bobo! Al negarse a decirme lo que ha hecho, me dejará creer en cosas abominables; y pensaré siempre en ello, y le guardaré rencor, tanto por su silencio como por su desconocida fechoría. Mientras que si usted habla con toda franqueza, mañana ya lo habré olvidado.

—Es que...

—¿Qué?»

Se ruborizó hasta las orejas, y con voz seria:

«Me confieso con usted como me confesaría con un sacerdote, Laurine.»

Apareció en sus labios la rápida sonrisa que adoptaba a veces al escucharlo, y en tono levemente burlón: «Soy toda oídos.»

El prosiguió: «Usted sabe, querida, lo sobrio que soy. Sólo bebo vino con agua, y licores nunca, ya lo sabe.

—Sí, lo sé.

—Pues bien, figúrese que, hacia el final de las grandes maniobras, me dejé llevar a beber un poco, una noche, cuando estaba muy alterado, muy fatigado, muy cansado y...

—¿Se achispó un poco? ¡Huy, qué feo!

—Sí, me achispé.»

Ella había adoptado un aire severo: «Pero, ¿borracho del todo, confiéselo, borracho hasta no poder dar un paso?

—¡Oh! No, no tanto. Había perdido la razón, pero no el equilibrio. Hablaba, reía, estaba loco.»

Como enmudecía, ella preguntó: «¿Eso es todo?

—No.

—¡Ah! Y..., ¿después?

—Después... cometí... cometí una infamia.»

Ella lo miraba inquieta, un poco turbada, también conmovida.

«¿Qué infamia, amigo mío?

—Cenamos con... con unas actrices..., y no sé cómo ocurrió, ¡pero la engañé, Laurine!»

Había pronunciado esto con un tono grave, solemne. Ella tuvo una pequeña sacudida, y sus ojos se iluminaron con una brusca alegría, una alegría profunda, irresistible.

Dijo: «Usted..., usted..., usted me ha...»

Y una risita seca, nerviosa, entrecortada, se deslizó entre sus dientes por tres veces, dejándola sin palabras.

Intentaba recuperar la seriedad; pero cada vez que iba a pronunciar una palabra, la risa temblaba en el fondo de su garganta, brotaba, al punto detenida, volvía a salir, salía como el gas de una botella de champán destapada, cuya espuma no se puede contener. Se ponía la mano en los labios para calmarse, para hundir en su boca esta desdichada crisis de gozo; pero la risa se le escapaba entre los dedos, le agitaba el pecho, brotaba a su pesar. Tartamudeaba: «Usted..., usted... me ha engañado... ¡Ja! ... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja, ja, ja!»

Y lo miraba con un aire singular, tan chancero, a su pesar, que él permanecía cortado, estupefacto.

Y de repente, no aguantando más, ella estalló... Entonces se echó a reír, con una risa que parecía un ataque de nervios. Grititos entrecortados salían de sus labios, llegados, al parecer, del fondo del pecho; y con las dos manos apoyadas en la boca del estómago, le daban largos accesos de tos que la ahogaban, como los accesos de la tos ferina.

Y cada esfuerzo que hacía para calmarse provocaba un nuevo ataque, cada palabra que quería decir la hacía desternillarse más.

«Mí... mi... mi... pobre amigo... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja, ja, ja!»

El se levantó, dejándola sola en el sillón, y poniéndose de pronto muy pálido, dijo: «Laurine, está usted más que inconveniente.»

Ella balbució, en un delirio de gozo: «¡Qué... qué quiere... no... no... no puedo... qué... qué gracioso es usted!... ¡Ja, ja! ¡Ja, ja!...»

El se ponía lívido y la miraba ahora con los ojos fijos, en los que despertaba una idea extraña. De repente abrió la boca como para gritar algo, pero no dijo nada, giró sobre sus

talones y salió batiendo la puerta.

Laurine, doblada en dos, agotada, desfalleciente, seguía riéndose con una risa agonizante, que se reanimaba a veces, como la llama de un incendio casi apagado.

CHÂLI

A Jean Bérana

El almirante de la Vallée, que parecía amodorrado en su sillón, pronunció con su voz de viejecita: «También yo tuve, sí, una pequeña aventura de amor, muy singular. ¿Quieren que se la cuente?»

Y habló, sin moverse, hundido en su ancho asiento, conservando en sus labios la sonrisa arrugada que jamás lo abandonaba, esa sonrisa volteriana que le hacía pasar por un terrible escéptico.

I

Tenía yo entonces treinta años, y era teniente de navío, cuando me encargaron una misión astronómica en la India Central. El gobierno inglés me proporcionó todos los medios necesarios para llevar a cabo mi empresa y pronto me interné con un puñado de hombres por ese país extraño, sorprendente, prodigioso.

Se necesitarían veinte volúmenes para narrar aquel viaje. Crucé comarcas de una magnificencia inverosímil; me recibieron príncipes de sobrehumana belleza y que vivían con increíble esplendor. Durante dos meses me pareció viajar por un poema, recorrer un reino de hadas a lomos de elefantes imaginarios. Descubría en el medio de bosques fantásticos ruinas inverosímiles; encontraba, en ciudades de una fantasía de sueño, prodigiosos monumentos, finos y cincelados como joyas, leves como encajes y enormes como montañas, esos monumentos fabulosos, divinos, de una gracia tal que uno se enamora de sus formas al igual que puede enamorarse de una mujer, y que se experimenta, al verlos, un placer físico y sensual. En fin, como dice Víctor Hugo, yo marchaba, despierto en pleno sueño.

Después alcancé por fin el término de mi viaje, la ciudad de Ganhara, antaño una de las más prósperas de la India Central, hoy en día muy venida a menos, y gobernada por un príncipe opulento, autoritario, violento, generoso y cruel, el rajá de Maddan, un auténtico soberano oriental, delicado y bárbaro, afable y sanguinario, de una gracia femenina y de una ferocidad despiadada.

La ciudad está en el fondo de un valle a orillas de un pequeño lago, rodeado por un pueblo de pagodas que bañan sus muros en el agua.

La población, de lejos, forma una mancha blanca que crece al aproximarse, y poco a poco se descubren las cúpulas, las agujas, las flechas, todos los remates elegantes y esbeltos de los graciosos monumentos indios.

Más o menos a una hora de las puertas, encontré un elefante soberbiamente enjaezado, rodeado por una escolta de honor que me enviaba el soberano. Y me condujeron al palacio con gran pompa.

Me hubiera gustado tomarme tiempo para vestirme con lujo, pero la impaciencia real no me lo permitió. Quería ante todo conocerme, saber lo que podía esperar de mí en

cuanto a distracciones; y luego ya se vería.

Me introdujeron, entre soldados bronceados como estatuas y cubiertos de uniformes deslumbrantes, en una gran sala rodeada de galerías, donde aguardaban de pie hombres vestidos de trajes resplandecientes y constelados de piedras preciosas.

En un banco semejante a nuestros bancos de jardín sin respaldo, pero revestido con una admirable alfombra, distinguí una masa reluciente, una especie de sol sentado: era el rajá, que me esperaba, inmóvil, con unos ropajes de un amarillo canario. Llevaba encima diez o quince millones en diamantes, y aislada, sobre su frente, brillaba la famosa Estrella de Delhi, que ha pertenecido siempre a la ilustre dinastía de los Parihara de Mundore, de la cual descendía mi huésped.

Era un mozo de unos veinticinco años, que parecía tener sangre negra en las venas, aunque perteneciera a la más pura raza hindú. Tenía ojos rasgados, fijos, un poco perdidos, pómulos salientes, labios gruesos, barba rizada, frente estrecha y unos dientes brillantes, agudos, que mostraba a menudo en una sonrisa maquinal.

Se levantó y vino a tenderme la mano a la inglesa, después me hizo sentar a su lado en un banco tan alto que mis pies apenas tocaban el suelo. Se estaba bastante mal allá arriba.

Y en seguida me propuso una cacería de tigres para el día siguiente. La caza y los combates eran sus grandes ocupaciones y no entendía que nadie pudiera ocuparse de otra cosa. Evidentemente, estaba persuadido de que yo había llegado de tan lejos sólo para distraerlo un poco y para acompañarlo en sus placeres.

Como tenía una gran necesidad de él, traté de halagar sus inclinaciones. Quedó tan satisfecho de mi actitud que quiso mostrarme inmediatamente un combate de luchadores, y me arrastró a una especie de circo situado en el interior del palacio.

A una indicación suya, aparecieron dos hombres, desnudos, cobrizos, las manos armadas con uñas de acero; y se atacaron de pronto, tratando de herirse con aquellas armas cortantes que trazaban en su negra piel largas desgarraduras, por las que corría la sangre.

La cosa duró mucho tiempo. Los cuerpos ya no eran sino una pura llaga, y los combatientes seguían labrándose las carnes con aquella especie de rastrillo de hojas agudas. Uno de ellos tenía una mejilla destrozada; la oreja del otro estaba rajada en tres pedazos.

Y el príncipe contemplaba aquello con una alegría feroz y apasionada. Se estremecía de felicidad, lanzaba gruñidos de placer e imitaba con gestos inconscientes todos los movimientos de los luchadores, gritando sin cesar: «Dale, dale ya.»

Uno de ellos cayó sin conocimiento; hubo que llevárselo de la palestra roja de sangre, y el rajá lanzó un largo suspiro de lástima, de pena de que hubiese ya acabado. Después se volvió hacia mí para saber mi opinión. Yo estaba indignado, pero lo felicité vivamente; y él ordenó al punto que me condujeran al Cuch-Mahal (palacio de placer), donde viviría.

Crucé los inverosímiles jardines que se encuentran allá, y llegué a mi residencia. El palacio, una joya, situado en un extremo del parque real, bañaba en el lago sagrado de Vihara todo un lado de sus muros. Era cuadrado, y presentaba en sus cuatro caras tres

filas superpuestas de galerías con columnatas divinamente labradas. En cada esquina se erguían unas torres, ligeras, altas o bajas, o emparejadas, de tamaño desigual y fisonomía diferente, que parecían flores naturales crecidas sobre esta graciosa planta de arquitectura oriental. Todas estaban coronadas por raros tejados, semejantes a coquetones peinados. En el centro del edificio, una poderosa cúpula elevaba hasta un encantador pináculo, esbelto y totalmente calado, su curva alargada y redonda semejante a un seno de mármol blanco tendido hacia el cielo.

Y todo el monumento, de arriba a abajo, estaba cubierto de esculturas, de esos exquisitos arabescos que embriagan la mirada, de procesiones inmóviles de personajes delicados, cuyas actitudes y ademanes de piedra contaban los usos y costumbres de la India.

Las habitaciones estaban iluminadas por ventanas de arcos dentados, que daban a los jardines. En el suelo de mármol, ónices, lapislázulis y ágatas dibujan graciosos ramilletes. Apenas había tenido tiempo de rematar mi aseo, cuando un dignatario de la corte, Haribadada, encargado especialmente de las relaciones entre el príncipe y yo, me anunció la visita de su soberano.

Y apareció el rajá de azafrán, me estrechó de nuevo la mano y se puso a contarme mil cosas, preguntándome sin cesar mi parecer, que me costaba mucho darle. Después quiso enseñarme las ruinas del antiguo palacio, en la otra punta de los jardines.

Era un auténtico bosque de piedras, poblado por una legión de grandes monos. Al acercarnos, los machos empezaron a correr por los muros haciéndonos horribles muecas, y las hembras escapaban, mostrando su trasero pelado y llevándose a las crías en los brazos. El rey se reía locamente, me pellizcaba en el hombro para testimoniarme su placer, y se sentó entre los escombros, mientras a nuestro alrededor, en cuclillas en lo alto de las murallas, colgados de todos los salientes, una asamblea de animales de patillas blancas nos sacaba la lengua y nos amenazaba con el puño.

Cuando se hartó de este espectáculo, el soberano amarillo se alzó y se puso gravemente en marcha, arrastrándome siempre a su lado, feliz de haberme enseñado semejantes cosas el mismo día de mi llegada, y recordándome que una gran cacería de tigres se celebraría al día siguiente en mi honor.

Asistí a esa cacería, y a una segunda, una tercera, a diez, veinte más. Perseguimos sucesivamente a todas las bestias que nutría la comarca: la pantera, el oso, el elefante, el antílope, el hipopótamo, el cocodrilo, qué sé yo, a la mitad de los animales de la creación. Yo estaba derrengado, asqueado de ver correr la sangre, harto de aquel placer siempre igual.

Al final, el ardor del príncipe se calmó, y me dejó, ante mis angustiosas súplicas, un poco de tiempo para trabajar. Ahora se contentaba con colmarme de presentes. Me enviaba joyas, magníficas telas, animales amaestrados, que Haribadada me presentaba con grave respeto aparente, como si yo hubiera sido el propio sol, aunque en el fondo me despreciara mucho.

Y cada día una procesión de servidores me traía en bandejas tapadas una porción de cada plato de la comida real; cada día era preciso aparecer en cualquier nueva diversión organizada para mí, y disfrutar enormemente con ella: danzas de bayaderas, juegos

malabares, revistas de tropas, todo lo que podía inventar aquel rajá hospitalario, aunque importuno, para mostrarme su sorprendente patria en todo su encanto y en todo su esplendor.

En cuanto me dejaban un rato solo, yo trabajaba o bien iba a ver a los monos, cuya sociedad me complacía infinitamente más que la del rey.

Pero una tarde, cuando regresaba de un paseo, hallé ante la puerta de mi palacio a Haribadada, solemne, que me anunció, en términos misteriosos, que un regalo del soberano me esperaba en una habitación; y me presentó las excusas de su amo por no haber pensado antes en ofrecermé una cosa que yo debía de echar en falta.

Tras este oscuro discurso, el embajador se inclinó y desapareció.

Entré y vi, alineadas contra la pared por estaturas, seis niñas, una junto a otra, inmóviles como truchas ensartadas en un asador. La mayor contaba acaso ocho años, la más pequeña seis años. Al principio no entendí muy bien por qué habían instalado aquel colegio en mi casa, pero después adiviné la delicada atención del príncipe: era un harén lo que me regalaba. Lo había elegido muy joven por un exceso de amabilidad. Pues en aquellas tierras, cuando más verde es el fruto, más estimado es.

Me quedé totalmente confuso y molesto, avergonzado frente a aquellas crías que me miraban con sus grandes ojos graves, y que ya parecían saber lo que podía exigir de ellas. No sabía qué decirles. Me daban ganas de rechazarlas, pero no se devuelve un presente del soberano. Hubiera sido un insulto mortal. Conque era preciso conservar aquel hato de niñas, instalarlas allí.

Permanecían inmóviles, sin dejar de mirarme, esperando mis órdenes, intentando leerme el pensamiento en los ojos. ¡Oh, maldito regalo! ¡Cuánto me molestaba! Al final, sintiéndome ridículo, le pregunté a la mayor:

—¿Cómo te llamas, tú?

Respondió:

—Cháli.

Aquella chiquilla de linda piel, un poco amarilla, como de marfil, era un encanto, una estatua con su cara de líneas largas y severas.

Entonces, pronuncié para ver qué podría responder, acaso para ponerla en un aprieto:

—¿Por qué estás aquí?

Ella dijo con su voz dulce, armoniosa:

—Vengo para hacer lo que te plazca exigir de mí, señor.

La chiquilla estaba informada.

Le hice la misma pregunta a la más pequeña, que articuló claramente con una voz más débil:

—Estoy aquí para lo que te plazca pedirme, amo.

Esta parecía un ratoncito, era sumamente linda. La alcé en mis brazos y la besé. Las otras hicieron ademán de retirarse, pensando sin duda que yo acababa de elegir, pero les ordené que se quedasen y, sentándome a lo indio, las hice disponerse en corro a mi alrededor, y después empecé a contarles una historia de genios, pues hablaba pasablemente su lengua.

Escuchaban con toda atención, se estremecían con los detalles maravillosos, temblaban de angustia, agitaban las manos. Ya no pensaban, las pobrecillas, en la razón por la cual habían venido.

Cuando terminé el cuento, llamé a mi criado de confianza, Latchman, y le mandé traer golosinas, mermeladas y pasteles, que comieron hasta ponerse enfermas, y después, como empezaba a divertirme mucho con la aventura, organicé juegos para divertir a mis mujeres.

Una de esas diversiones, en especial, tuvo un enorme éxito. Yo hacía un puente con mis piernas, y mis seis criaturas pasaban corriendo por debajo, la más pequeña abriendo la marcha y la mayorcita empujándome un poco porque nunca se bajaba lo bastante. Eso les hacía lanzar ensordecedoras carcajadas, y aquellas jóvenes voces, al sonar en las bajas bóvedas de mi suntuoso palacio, lo despertaban, lo poblaban de alegría infantil, lo llenaban de vida.

Después puse un gran interés en la instalación del dormitorio donde se acostarían mis inocentes concubinas. Y por último las encerré allí custodiadas por cuatro sirvientas que el príncipe me había enviado al mismo tiempo para cuidarse de mis sultanas.

Durante ocho días, disfruté enormemente haciendo de papá con aquellas muñecas. Jugábamos admirables partidas al escondite, a las cuatro esquinas y a adivina quién te dio, que las sumían en una felicidad delirante, pues yo les revelaba cada día uno de esos juegos desconocidos, tan llenos de interés.

Mi mansión tenía ahora el aspecto de una clase. Y mis amiguitas, vestidas con sedas admirables, con telas recamadas de oro y plata, corrían como animalitos humanos a través de las largas galerías y de las tranquilas salas en las que penetraba por los arcos una luz débil.

Después, una noche, y no sé cómo ocurrió, la mayor, la que se llamaba Châli y que parecía una estatuilla de viejo marfil, se convirtió de veras en mi mujer.

Era un ser adorable, dulce, tímido y alegre, que me amó pronto con ardiente cariño y al que yo amaba extrañamente, avergonzado, vacilante, con una especie de miedo a la justicia europea, con reservas y escrúpulos, y sin embargo con una apasionada ternura sensual. La quería como un padre, y la acariciaba como un hombre.

Perdón, señoras, voy demasiado lejos.

Las otras seguían jugando en aquel palacio, semejante a una cuadrilla de jóvenes gatos.

Châli ya no se separaba de mí, salvo cuando yo iba a ver al príncipe.

Pasábamos juntos horas exquisitas en las ruinas del antiguo palacio, entre los monos, que se habían hecho amigos nuestros.

Ella se recostaba en mis rodillas y allí se quedaba dándole vueltas a alguna cosa en su cabecita de esfinge, o quizás sin pensar en nada, pero conservando esa hermosa y encantadora postura hereditaria en esos pueblos nobles y soñadores, la postura hierática de las estatuas sagradas. Yo había llevado en una gran bandeja de cobre provisiones, pasteles, frutas, y las monas se acercaban poco a poco, seguidas por las crías, más tímidas; después se sentaban en círculo en torno a nosotros, sin atreverse a acercarse más, esperando que yo hiciese mi reparto de golosinas.

Casi siempre, entonces, un macho más osado llegaba a mi lado, con la mano alargada como un mendigo; y yo le entregaba un trozo que él llevaba a su hembra. Y todas las demás empezaban a lanzar furiosos gritos, gritos de celos y de cólera, y sólo podía yo hacer cesar el horrible estrépito lanzándole a cada una su parte.

Como me encontraba muy a gusto en las ruinas, quise llevar a ellas mis instrumentos de trabajo. Pero en cuanto vieron el cobre de los aparatos de precisión, los monos, tomándolos sin duda por artefactos mortíferos, huyeron en todas direcciones lanzando espantosos clamores.

También pasaba a menudo mis noches con Châli, en una de las galerías exteriores que dominaba el lago de Vihara. Contemplábamos, sin hablar, la luna resplandeciente que se deslizaba al fondo del cielo lanzando sobre el agua un manto de plata temblorosa, y allá abajo, en la otra orilla, la línea de las pequeñas pagodas, semejantes a graciosas setas que hubieran crecido en el agua. Y cogiendo entre mis brazos la cabeza seria de mi pequeña amante, yo besaba lentamente, largamente, su frente pulida, sus grandes ojos llenos del secreto de esa tierra antigua y fabulosa, y sus labios tranquilos que se abrían bajo mi caricia. Y experimentaba una sensación confusa, poderosa, y sobre todo poética, la sensación de que yo poseía a toda una raza en aquella chiquilla, a esa bella y misteriosa raza de la que parecen surgidas todas las demás.

El príncipe, mientras tanto, seguía abrumándome a regalos.

Un día me envió un objeto muy inesperado que provocó en Châli una apasionada admiración. Era simplemente una caja de conchas, una de esas cajas de cartón recubiertas con caracolillos y conchitas encolados. En Francia, habría valido como mucho un par de francos. Pero allá lejos, el precio de aquella joya era inestimable. Sin duda era la primera que había entrado en el reino.

La coloqué sobre un mueble y allí la dejé, sonriendo ante la importancia atribuida a aquella fea chuchería de bazar.

Pero Châli no se cansaba de examinarla, de admirarla, llena de respeto y extasiada. Me preguntaba de vez en cuando: «¿Me dejas que la toque?». Y cuando la había autorizado, levantaba la tapa, volvía a cerrarla con grandes precauciones, acariciaba con sus finos dedos, muy suavemente, la superficie de las conchitas, y parecía experimentar, con ese contacto, un gozo delicioso que penetraba hasta su corazón.

Entretanto yo había terminado mi trabajo y me era preciso regresar. Tardé mucho en decidirme, retenido ahora por mi ternura hacia mi amiguita. Pero al final tuve que tomar una determinación.

El príncipe, desolado, organizó nuevas cacerías, nuevos combates de luchadores; pero, tras quince días de esos placeres, declaré que no podía quedarme más, y me devolvió la libertad.

La despedida de Châli fue desgarradora. Lloraba, tendida sobre mí, con la cabeza en mi pecho, sacudida por la pena. No sabía qué hacer para consolarla, pues mis besos no servían de nada.

De repente tuve una idea y, levantándome, fui a buscar la caja de conchas, que puse en sus manos. «Es para ti. Te pertenece.»

Entonces, la vi sonreír de pronto. Todo su rostro se iluminó con una alegría interior,

con esa alegría profunda de los sueños imposibles y de repente realizados.

Y me abrazó con furia.

De todas maneras, lloró muy fuerte en el momento del adiós definitivo.

Distribuí besos de padre y pasteles entre el resto de mis mujeres, y partí.

II

Transcurrieron dos años, y después los azares del servicio marítimo me llevaron a Bombay. A consecuencia de unas circunstancias imprevistas me dejaron allí, encargado de una nueva misión, para la cual me señalaba mi conocimiento del país y de la lengua. Terminé mis trabajos lo antes posible, y como aún me quedaban tres meses por delante, quise hacer una pequeña visita a mi amigo, el rey de Ganhara, y a mi querida mujercita Châli, a la cual iba a encontrar muy cambiada, sin duda.

El rajá de Maddan me recibió con frenéticas demostraciones de alegría. Hizo que se degollaran ante mí tres gladiadores, y no me dejó solo ni un segundo durante el primer día de mi regreso.

Por la noche, al fin, al encontrarme libre, mandé llamar a Haribadada, y tras muchas preguntas diversas, para confundir su perspicacia, le pregunté:

—Y ¿sabes qué se ha hecho de la pequeña Châli, que el rajá me había dado?

El hombre puso una cara triste, molesta, y respondió muy fastidiado:

—¡Más vale no hablar de ella!

—¿Y por qué? Era una mujercita encantadora.

—Se echó a perder, señor.

—¿Cómo? ¿Châli? ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está?

—Quiero decir que acabó mal.

—¿Que acabó mal? ¿Ha muerto?

—Sí, señor. Había cometido una mala acción.

Yo estaba muy emocionado, sentía latir el corazón y que la angustia me oprimía el pecho. Proseguí:

—¿Una mala acción? ¿Qué hizo? ¿Qué le ocurrió?

El hombre, cada vez más turbado, murmuró:

—Más vale que no lo pregunte.

—Sí, quiero saberlo.

—Había robado.

—¿Cómo? ¿Châli? ¿A quién robó?

—A usted, señor.

—¿A mí? ¿Y cómo?

—Le quitó, el día de su marcha, el cofre que el príncipe le había regalado. ¡Lo encontraron en sus manos!

—¿Qué cofre?

—El cofre de conchas.

—Pero... ¡si se lo di yo!

El indio alzó hacia mí sus ojos estupefactos y respondió:

—Sí, ella juró, en efecto, con todos los juramentos sagrados, que usted se lo había dado. Pero nadie creyó que usted hubiera podido regalarle a una esclava un presente del rey, y el rajá la mandó castigar.

—Castigar, ¿cómo? ¿Qué le hicieron?

—La metieron en un saco, señor, y la arrojaron al lago, desde esta ventana, desde la ventana de la habitación donde estamos, donde ella había cometido el robo.

Me sentí atravesado por la más atroz sensación de dolor que jamás he experimentado, e hice un gesto a Haribadada para que se retirase, para que no me viese llorar.

Y pasé la noche en la galería que dominaba el lago, en la galería donde había tenido tantas veces a la pobre niña en mis rodillas.

Y pensaba que el esqueleto de su bonito cuerpo descompuesto estaba allí, debajo de mí, en un saco de tela atado con una cuerda, en el fondo de aquella agua negra que mirábamos juntos en tiempos.

Volví a partir al día siguiente, pese a los ruegos y el vehemente pesar del rajá.

Y hoy creo que jamás he amado a otra mujer que a Châli.

EL BORRACHO

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo enormes nubes invernales, pesadas y negras, que arrojaban al pasar sobre la tierra furiosos chaparrones. El mar encrespado bramaba y azotaba la costa, precipitando sobre la orilla olas enormes, lentas y babosas, que se desplomaban con detonaciones de artillería. Llegaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, igual que el sudor de un monstruo.

El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo los sobradillos, derribando las chimeneas, lanzando por las calles tales rachas de viento que sólo se podía andar sujetándose a las paredes, y capaces de levantar a un niño como si fuera una hoja y de arrojarlo al campo por encima de las casas.

Las barcas de pesca habían sido sirgadas hasta el pueblo, por miedo al mar que iba a barrer la playa cuando subiese la marea, y algunos marineros, ocultos tras el redondo vientre de las embarcaciones tumbadas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del agua.

Después se marchaban poco a poco, pues la noche caía sobre la tormenta, envolviendo en sombras el Océano enloquecido, y todo el estruendo de los irritados elementos.

Quedaban aún dos hombres, las manos en los bolsillos, encorvados bajo la borrasca, el gorro de lana calado hasta los ojos, dos corpulentos pescadores normandos, con una sotabarba áspera, con la piel quemada por las saladas ráfagas de alta mar, de rojos azules con una pinta negra en el centro, esos ojos penetrantes de los marinos que ven a lo lejos en el horizonte, como un ave de presa.

Uno de ellos decía:

—Hala, vente, Jérémie. ¿Qué tal si echamos una partida de dominó. Yo pago.

El otro vacilaba aún, tentado por el juego y el aguardiente, sabiendo perfectamente que iba a emborracharse una vez más si entraba en la taberna de Paunielle, contenido también por la idea de su mujer, que se había quedado completamente sola en la casucha.

Preguntó:

—Casi que diría que has apostao a emborracharme toas las noches. Dime, ¿qué gusto le sacas? porque siempre corres con el gasto...

Y se reía de todas maneras ante la idea de todo aquel aguardiente bebido a expensas de otro; se reía con la risa satisfecha de un normando aprovechado.

Mathurin, su camarada, seguía tirándole del brazo.

—Hala, vente, Jérémie. No está la noche pa volver a casa sin algo caliente en la barriga. ¿De qué tiés miedo? ¿No te va a calentar la cama tu costilla?

Jérémie respondía:

—La noche pasada, ni pude encontrar la puerta... ¡Casi casi me pescaron en el arroyo delante de casa!

Y se reía aún con aquel recuerdo de borrachín, y marchaba despacito hacia el café de Paunielle, cuyos cristales iluminados brillaban; marchaba, arrastrado por Mathurin y empujado por el viento, incapaz de resistirse a aquellas dos fuerzas.

La sala baja estaba llena de marineros, de humo y de gritos. Todos aquellos hombres, vestidos de lana, acodados en las mesas, vociferaban para hacerse oír. Cuantos más bebedores entraban, más había que chillar entre el estruendo de voces y de fichas de dominó batidas contra el mármol, como para hacer más ruido todavía.

Jérémie y Mathurin fueron a sentarse a un rincón y empezaron una partida, y las copas desaparecían, una tras otra, en la profundidad de sus gargantas.

Luego jugaron otras partidas, tomaron otras copas. Mathurin servía sin parar, guiñándole el ojo al dueño, un gordo tan rojo como el fuego y que se lo pasaba en grande, como si estuviera en el secreto de alguna broma; y Jérémie tragaba el alcohol, balanceaba la cabeza, lanzaba carcajadas que parecían rugidos, mirando a su compadre con un aire alelado y contento.

Todos los clientes se marchaban. Y cada vez que uno de ellos abría la puerta de fuera para salir, una ráfaga de viento entraba en el café, agitaba tempestuosamente el pesado humo de las pipas, balanceaba las lámparas suspendidas de cadenas y hacía vacilar las llamas; y de repente se oía el choque profundo de una ola que se desplomaba y el bramido de la borrasca.

Jérémie, con el cuello desabrochado, adoptaba actitudes de curda, con una pierna extendida, un brazo colgante; y con la otra mano sujetaba sus fichas.

Ahora se habían quedado solos con el dueño, que se acercó, lleno de interés.

Preguntó:

— ¿Qué, Jérémie, cómo va la cosa, por ahí dentro? ¿Te has refrescao con tanto riego?
Y Jérémie farfulló:

— Cuanto más corre, más seco se pone, ahí al fondo.

El tabernero miró a Mathurin con aire ladino. Dijo:

— Y tu hermano, Mathurin, ¿por dónde anda a estas horas?

El marinero tuvo una risa muda:

— Está bien calentito, tú tranquilo.

Y ambos miraron a Jérémie, que colocaba triunfalmente el seis doble anunciando:

— Ahí va el ataúd.

Cuando hubieron acabado la partida, el dueño declaró:

— ¿Sabéis, chicos?, yo me voy a la piltra. Os dejo una lámpara y un caneco de litro. Hay hasta cuatro reales a bordo. Cierra la puerta por fuera, Mathurin, y mete la llave por debajo del tejadillo, como hiciste la otra noche.

Mathurin replicó:

— Tú, tranquilo. Entendido.

Paunielle estrechó la mano de sus dos clientes rezagados, y subió torpemente la escalera de madera. Durante unos minutos, sus pesados pasos resonaron en la casita; después un gran crujido reveló que acababa de meterse en cama.

Los dos hombres siguieron jugando; de vez en cuando, una racha más fuerte del huracán sacudía la puerta, hacía temblar las paredes, y los dos bebedores alzaban la

cabeza como si fuera a entrar alguien. Después Mathurin cogía el caneco y llenaba el vaso de Jérémie. Pero de pronto, el reloj colgado sobre el mostrador dio las doce. Su timbre ronco parecía un choque de cacerolas, y los golpes vibraban mucho tiempo, con una sonoridad de chatarra.

Mathurin se levantó al punto, como un marinero que ha acabado su guardia:

—Hala, Jérémie, hay que largarse.

El otro se puso en marcha con más trabajo, recuperó el equilibrio apoyándose en la mesa; después se dirigió a la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Mathurin cerró el establecimiento; luego dijo:

—Hala, buenas noches, hasta mañana.

Y desaparición en las tinieblas.

* * *

Jérémie dio tres pasos, después se bamboleó, extendió las manos, encontró una pared que lo sostuvo en pie y volvió a ponerse en marcha tropezando. A veces una ráfaga, precipitándose en la estrecha calle, lo lanzaba hacia adelante, le hacía correr unos pasos; después, cuando cesaba la violencia de la tromba, se paraba en seco, habiendo perdido el empuje, y volvía a vacilar sobre sus caprichosas piernas de borracho.

Iba instintivamente hacia su casa, como los pájaros van hacia el nido. Por fin reconoció su puerta y empezó a palparla para descubrir la cerradura y meter la llave. No encontraba el agujero y blasfemaba a media voz. Entonces la emprendió a puñetazos con ella, llamando a su mujer para que viniera a ayudarle:

—¡Mélina! ¡Eh! ¡Mélina!

Como se apoyaba en la hoja para no caerse, ésta cedió, se abrió, y Jérémie, perdiendo apoyo, entró en su casa rodando, fue a caer de narices en el centro de su hogar, y sintió que una cosa pesada pasaba sobre su cuerpo, y después huía en la noche.

No se movía, pasmado de miedo, enloquecido, con terror al diablo, a los aparecidos, a todas las cosas misteriosas de las tinieblas, y esperó un buen rato sin atreverse a hacer un movimiento. Pero cuando vio que nada se movía ya, recobró un poco de razón, la razón enturbiada del borrachín.

Se sentó, muy despacito. Esperó todavía un rato, y, dándose por fin ánimos, pronunció:

—¡Mélina!

Su mujer no respondió.

Entonces, de repente, una duda cruzó por su cerebro nublado, una duda indecisa, una vaga sospecha. No se movía; permanecía allí, sentado en el suelo, en la oscuridad, buscando sus ideas, aferrándose a reflexiones tan incompletas y bamboleantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

—Dime quién era, Mélina. Dime quién era. No te haré nada.

Esperó. Ninguna voz se alzó en las sombras. Ahora razonaba en voz alta.

—Estoy bebido, claro, ¡estoy bebido! El me hizo beber así, ese desgraciao; fue él, pa que no volviera. ¡Estoy bebido!

Y proseguía:

—Dime quién era, Mélina, o voy a hacer una barbaridad.

Tras haber esperado de nuevo, continuaba, con una lógica lenta y porfiada, de borracho:

—Como que él me entretuvo en casa de ese gandul de Paunielle; y las otras noches, lo mismo, pa que no volviese. Es vuestro cómplice. ¡Ah!, ¡qué mamón!

Lentamente se puso de rodillas. Una cólera sorda lo asaltaba, mezclándose con la fermentación de las bebidas.

Repitió:

—Dime quién era, Mélina, o te voy a zurrar, ¡te aviso!

Ahora estaba de pie, estremeciéndose con una cólera fulminante, como si el alcohol que tenía en el cuerpo se hubiera encendido en sus venas. Dio un paso, tropezó con una silla, la agarró, siguió andando, encontró la cama, la palpó y sintió en su interior el cuerpo cálido de su mujer.

Entonces, enloquecido de rabia, gruñó:

—¡Ah! ¡Estabas ahí, puerca, y no contestabas!

Y levantando la silla que sostenía en su robusto brazo de marinero, la dejó caer ante sí con exasperada furia. Un grito brotó de la cama; un grito enloquecido, desgarrador. Entonces empezó a golpear como un batidor de lana. Y pronto, nada se movió ya. La silla volaba hecha pedazos; pero le quedaba una pata en la mano, y él seguía golpeando, jadeante.

Después de repente se detuvo, para preguntar:

—¿Me dirás ahora quién era?

Mélina no respondió.

Entonces, roto de cansancio, embrutecido por su violencia, volvió a sentarse en el suelo, se estiró y se durmió.

Cuando se hizo de día, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vio a Jérémie que roncaba en el suelo, donde yacían los restos de una silla, y, en la cama, una papilla de carne y de sangre.

LA CONFESION

Todo Véziers-le-Réthel había asistido al duelo y al entierro del señor Badon-Leremince, y las últimas palabras del discurso del delegado de la Prefectura se grabaron en la memoria de todos: «¡Era un modelo de honradez!»

Modelo de honradez lo había sido en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su ejemplo, en su actitud, en su comportamiento, en sus negocios, en el corte de su barba y la forma de sus sombreros. Jamás había dicho una palabra que no encerrara un ejemplo, jamás había dado una limosna sin acompañarla con un consejo, jamás había tendido la mano sin que pareciera una especie de bendición.

Dejaba dos hijos: un varón y una hembra; el hijo era diputado provincial, y la hija, casada con un notario, el señor Poirel de la Voulte, una de las más encopetadas damas de Véziers.

Se mostraban inconsolables por la muerte de su padre, pues lo amaban sinceramente.

En cuanto terminó la ceremonia, regresaron a la casa del difunto y, encerrándose los tres, el hijo, la hija y el yerno, abrieron el testamento que debían conocer ellos solos, y sólo después de que el ataúd hubiera recibido tierra. Una anotación en el sobre indicaba esta voluntad.

Fue el señor Poirel de la Voulte quien rompió el sobre, en su calidad de notario habituado a estas operaciones, y, ajustándose las gafas en la nariz, leyó, con su voz apagada, habituada a detallar los contratos:

Hijos míos, queridos hijos, no podría dormir tranquilo el sueño eterno si no les hiciera, desde el otro lado de la tumba, una confesión, la confesión de un crimen cuyos remordimientos han desgarrado mi vida. Sí, he cometido un crimen, un crimen espantoso, abominable.

Tenía yo entonces veintiséis años y hacía mis primeras armas en el foro, en París, llevando la vida de los jóvenes de provincias que van a parar, sin relaciones, sin amigos, sin parientes, a esa ciudad.

Tuve una amante. Mucha gente se indigna ante esa mera palabra, «una amante», pero hay seres que no pueden vivir solos. Yo soy de esos. La soledad me llena de una terrible angustia, la soledad en el hogar, junto a la chimenea, por la noche. Me parece entonces que estoy solo en la tierra, espantosamente solo, pero rodeado por vagos peligros, por cosas desconocidas y terribles; y el tabique que me separa de mi vecino, de un vecino al cual no conozco, me aleja de él tanto como de las estrellas que vislumbro desde mi ventana. Me invade una especie de fiebre, una fiebre de impaciencia y de temor; y el silencio de las paredes me asusta. ¡Es tan profundo y triste ese silencio de la habitación donde uno vive solo! No se trata solamente de un silencio en torno al alma, y cuando un mueble cruje, uno se estremece, hasta lo hondo del corazón, pues no espera el menor ruido en ese tétrico albergue.

Cuántas veces, nervioso, atemorizado por esa inmovilidad muda, no me habré

puesto a hablar, a pronunciar palabras, sin orden ni concierto, para hacer ruido. Mi voz entonces me parecía tan extraña que también me daba miedo. ¿Hay algo más espantoso que hablar solo en una casa vacía? La voz parece de otro, una voz desconocida, que habla sin motivo, con nadie, en el aire vacío, sin ningún oído que la escuche, pues ya se sabe, antes de que se escapen en la soledad del piso, las palabras que van a salir de la boca. Y cuando resuenan lúgubrementemente en el silencio, ya sólo parecen un eco, el eco singular de palabras pronunciadas muy bajito por el pensamiento.

Tuve una amante, una joven como todas esas jóvenes que viven en París de un oficio insuficiente para alimentarlas. Era dulce, buena, sencilla; sus padres vivían en Poissy. Ella iba a pasar unos días en su casa de vez en cuando.

Durante un año viví bastante tranquilo con ella, decidido a abandonarla cuando encontrase una señorita que me agradara lo bastante para casarme. Le dejaría a la otra una pequeña renta, puesto que está admitido, en nuestra sociedad, que el amor de una mujer debe pagarse, con dinero cuando es pobre, con regalos cuando es rica.

Pero he aquí que un día me anunció que estaba encinta. Quedé aterrado y percibí en un segundo todo el desastre de mi existencia. Se me presentó la cadena que arrastraría hasta mi muerte, por todas partes, en mi futura familia, en mi vejez, siempre: cadena de la mujer ligada a mi vida por el niño, cadena del niño que habría que criar, vigilar, proteger, al mismo tiempo que me ocultaba de él y lo ocultaba al mundo. Mi espíritu quedó trastornado con la noticia; y un confuso deseo, que no formulé, pero que sentía en mi corazón, a punto de mostrarse, como esa gente escondida detrás de las cortinas esperando a que le digan que aparezca, ¡un deseo criminal vagó por lo más hondo de mi pensamiento!

— ¿Y si ocurriera un accidente? ¡Hay tantos de esos pequeños seres que mueren antes de nacer!

¡Oh! Yo no deseaba la muerte de mi amante. ¡Pobre chica, la quería mucho! Pero deseaba, quizás, la muerte del otro, antes de haberlo visto.

Nació. Tuve una familia en mi apartamento de soltero, una falsa familia con un hijo, una cosa horrible. Se parecía a todos los niños. Yo no lo quería. Los padres, ya saben, sólo aman más adelante. No tienen la ternura instintiva y violenta de las madres; es preciso que el cariño se despierte poco a poco, que su espíritu vaya cobrando afecto mediante los lazos que se anudan cada día entre los seres que viven juntos.

Transcurrió un año más; yo huía ahora de mi casa, demasiado pequeña, donde tropezaba a cada paso con pañales, con mantillas, con calcetines del tamaño de guantes, con mil cosas de todas clases dejadas en un mueble, sobre el brazo de un sillón, en todas partes. Huía sobre todo para no oírlo gritar, pues gritaba a cada momento: cuando lo mudaban, cuando lo lavaban, cuando lo tocaban, cuando lo acostaban, cuando lo levantaban, sin cesar.

Había entablado algunas amistades y encontré en un salón a la que sería madre de ustedes. Me enamoré y el deseo de casarme con ella despertó en mí. La cortejé; la pedí en matrimonio; me la concedieron.

Y me encontré cogido en una trampa: Casarme, teniendo un hijo, con aquella joven a la que adoraba. O bien decir la verdad y renunciar a ella, a la felicidad, al futuro, a todo,

pues sus padres, personas rígidas y escrupulosas, no me la hubieran entregado, de haberlo sabido.

Pasé un horrible mes de angustias, de torturas morales; un mes en el que me obsesionaron mil ideas espantosas; y sentía crecer en mi interior el odio contra mi hijo, contra aquel pedacito de carne viva y chillona que obstaculizaba mi camino, cortaba mi vida, me condenaba a una existencia en la que no podía esperar nada, sin todas esas vagas esperanzas que constituyen el encanto de la juventud.

Pero he aquí que la madre de mi compañera cayó enferma, y me quedé solo con el niño.

Estábamos en diciembre, hacía un frío terrible. ¡Qué noche! Mi amante acababa de marcharse. Yo había cenado solo en mi angosta sala y entré despacito en la habitación donde el pequeño dormía.

Me senté en un sillón al amor de la lumbre. El viento soplabá, hacía crujir los cristales, un viento seco de helada, y yo veía, a través de la ventana, brillar las estrellas con esa luz aguda que tienen en las noches gélidas.

Entonces, la obsesión que me perseguía desde hacía un mes penetró de nuevo en mi cabeza. Mientras yo seguía inmóvil, descendía sobre mí, entraba en mí y me consumía. Me consumía como consumen las ideas fijas, como los cánceres deben consumir las carnes. Estaba allí, en mi cabeza, en mi corazón, en mi cuerpo entero, me parecía; y me devoraba, como hubiera hecho un animal. Yo quería expulsarla, rechazarla, abrir mi pensamiento a otras cosas, a esperanzas nuevas, como se abre una ventana al viento fresco de la mañana para expulsar el aire viciado de la noche; pero no podía, ni siquiera un segundo, hacerla salir de mi cerebro. No sé cómo expresar esta tortura. Me roía el alma; y yo sentía con un espantoso dolor, un verdadero dolor físico y moral, cada una de sus dentelladas.

¡Mi existencia estaba acabada! ¿Cómo saldría de esta situación? ¿Cómo retroceder, y cómo confesar?

Y yo amaba a la que iba a convertirse en madre de ustedes con una pasión loca, que el insuperable obstáculo exasperaba aún más.

Una cólera terrible crecía dentro de mí, me oprimía la garganta, una cólera que rozaba con la locura... ¡con la locura! ¡Sí, estaba loco aquella noche!

El niño dormía. Me levanté y lo miré dormir. Era él, aquel aborto, aquella larva, aquella nadería lo que me condenaba a una infelicidad sin remedio.

Dormía con la boca abierta, enterrado bajo las mantas, en una cuna, junto a mi cama, ¡donde yo no podría dormir!

¿Cómo realicé lo que hice? ¿Acaso lo sé? ¿Qué fuerza me empujó, qué maléfico poder me poseyó? ¡Oh! La tentación del crimen me llegó sin que la sintiera anunciarse. Recuerdo solamente que el corazón me latía espantosamente. Latía con tanta fuerza que lo oía como se oyen unos martillazos detrás de los tabiques. ¡Sólo recuerdo eso! ¡Mi corazón latía! En mi cabeza había una extraña confusión, un tumulto, un desorden de toda razón, de toda sangre fría. Estaba en una de esas horas de pavor y de alucinación en las que el hombre ya no tiene conciencia de sus actos ni rige su voluntad.

Levanté suavemente las mantas que tapaban el cuerpo de mi hijo; las eché a los pies de la cuna, y lo vi, desnudo. No se despertó. Entonces me dirigí a la ventana, despacio,

muy despacito, y la abrí.

Un soplo de aire helado entró como un asesino, tan frío que retrocedí ante él; y las dos velas palpitaban. Y me quedé de pie junto a la ventana, sin atreverme a darme la vuelta, como para no ver lo que ocurría a las espaldas, y sintiendo sin cesar deslizarse sobre mi frente, sobre mis mejillas, sobre mis manos, el aire mortal que seguía entrando. Esto duró mucho tiempo.

No pensaba en nada, no reflexionaba en nada. De repente una tosecita hizo que un horrible escalofrío me recorriera de pies a cabeza, un escalofrío que siento aún en este momento, en la raíz de los cabellos. Y con un movimiento asustado cerré bruscamente las dos hojas de la ventana, y después, volviéndome, corrí hacia la cuna.

Él seguía durmiendo, con la boca abierta, completamente desnudo. Toqué sus piernas; estaban heladas, y las tapé.

Mi corazón de pronto se enterneció, se rompió, se llenó de piedad, de ternura, de amor hacia aquel pobre inocente que había querido matar. Besé un buen rato sus finos cabellos; y después volví a sentarme ante el fuego.

Pensaba con estupor, con horror, en lo que había hecho, preguntándome de dónde provienen esas tormentas del alma en las que el hombre pierde toda noción de las cosas, toda autoridad sobre sí mismo, y actúa con una especie de enloquecida embriaguez, sin saber lo que hace, sin saber a dónde va, como un barco en un huracán.

El niño tosió una vez más, y me sentí desgarrado hasta el fondo del alma. ¿Y si se muriese? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué sería de mí?

Me levanté para ir a mirarlo; y, con una vela en la mano, me incliné sobre él. Al verlo respirar con tranquilidad, me serené; pero tosió por tercera vez; y sentí tal sacudida, hice tal movimiento de retroceso, como cuando estamos trastornados ante la vista de algo horroroso, que dejé caer la vela.

Al ponerme en pie tras haberla recogido, me di cuenta de que tenía las sienes bañadas en sudor, ese sudor caliente y helado al mismo tiempo que producen las angustias del alma, como si algo del espantoso sufrimiento moral de esa tortura inefable que es, en efecto, ardiente como el fuego y fría como el hielo, transpirase a través de los huesos y de la piel del cráneo.

Y me quedé hasta que se hizo de día inclinado sobre mi hijo, calmándome cuando estaba un buen rato tranquilo, y traspasado por abominables dolores cuando una débil tos salía de su boca.

Se despertó con los ojos rojos, la garganta obstruida, un aire doliente.

Cuando entró mi asistenta, la envié en seguida a buscar un médico. Llegó al cabo de una hora, y pronunció, tras haber examinado al niño:

— ¿No habrá cogido frío?

Me puse a temblar como tiemblan las personas muy viejas, y balbucí:

— No, no creo.

Después pregunté:

— ¿Qué tiene? ¿Es algo grave?

Respondió:

— Aún no lo sé. Volveré esta tarde.

Volvió por la tarde. Mi hijo había pasado casi todo el día en una modorra invencible, tosiendo de vez en cuando.

Por la noche se declaró una pleuresía.

Y la cosa duró diez días. No puedo expresar lo que sufrí durante esas interminables horas que separan la mañana de la noche y la noche de la mañana.

Murió.

Y desde... desde ese momento, no he pasado una hora, no, ni una sola hora, sin que el recuerdo atroz, punzante, ese recuerdo que roe, que parece retorcer el espíritu al desgarrarlo, no se agitate en mí como un animal furioso encerrado en el fondo de mi alma.

¡Oh! ¡Si hubiera podido volverme loco!...

El señor Poirel de la Voulte se sacó las gafas con un movimiento que le era familiar cuando había acabado la lectura de un contrato; y los tres herederos del muerto se miraron, sin decir una palabra, pálidos, inmóviles.

Al cabo de un minuto, el notario prosiguió:

—Hay que destruir esto.

Los otros dos bajaron la cabeza en señal de asentimiento. Él encendió una vela, separó cuidadosamente las páginas que contenían la peligrosa confesión de las páginas que contenían las disposiciones sobre el dinero, después las acercó a la llama y las arrojó a la chimenea.

Y contemplaron cómo se consumían las hojas blancas. Pronto no formaron sino una especie de montoncitos negros. Y como se veían aún algunas letras que se dibujaban en blanco, la hija, con la punta del pie, aplastó a golpecitos la ligera costra del papel chamuscado, mezclándola con las cenizas viejas.

Después se quedaron aún los tres algún tiempo mirando aquello, como si temieran que el secreto quemado escapase por la chimenea.

LA PEQUEÑA ROQUE

I

El cartero Mederic Rompel, al que todo el mundo en el pueblo llamaba familiarmente Mederi, salió a la hora de siempre de la casa de Correos de Rouy-le-Tors. Después de cruzar la pequeña población al paso largo de soldado veterano, tiró a campo traviesa por las praderas de Villaumes para alcanzar la orilla del río Brindille y llegar, siguiendo el curso de sus aguas, a la aldea de Corvelin, en la que daba comienzo su reparto de correspondencia.

Caminaba de prisa a lo largo del cauce angosto del río que, entre espumas, hervores y rezongos, corría por su lecho tapizado de hierbas, bajo una bóveda de sauces. Las peñas que entorpecían su carrera quedaban circundadas como de una collera de agua, de una especie de corbata rematada por un nudo de espuma. En algunos sitios se formaban cascadas de un pie de altura, invisibles a veces, que levantaban un ruido sordo y suave por debajo del follaje, de las plantas trepadoras, del techo de verdura; conforme avanzaba el río, se ensanchaban sus orillas, formándose un pequeño lago apacible en el que nadaban las truchas por entre la verde cabellera que ondula en el fondo de los arroyos de corriente sosegada.

Mederic seguía su camino sin ojos para nada, sin otro pensamiento que éste: “Mi primera carta es para la casa Poivrón, y ya que llevo otra para el señor Renardet, tengo, pues, que atravesar el oquedal!”

Su blusa azul, ceñida a la cintura con una correa, cruzaba con marcha regular y rápida sobre el fondo de la verde hilera de sauces, y la gruesa vara de acebo que le servía de bastón avanzaba a su lado al mismo ritmo que sus piernas.

Pasó el Brindille por un puente, que consistía en un único tronco de árbol que llegaba de una orilla a otra sin más barandilla que una cuerda amarrada a dos pilotes clavados en ambas márgenes.

El oquedal, que pertenecía al señor Renardet, alcalde de Corvelin y uno de los más fuertes propietarios del lugar, era un bosque de árboles de mucha edad, corpulentos, rectos como columnas, y cubría, en una longitud de media legua, la orilla izquierda del riachuelo que servía de límite a aquella bóveda inmensa de follaje. Grandes arbustos que recibían el calor del sol habían crecido al borde mismo de las aguas; pero en el interior del bosque centenario sólo crecía el musgo, un musgo espeso, suave y acolchado, que llenaba la atmósfera estancada con un ligero olor a moho y a ramas muertas.

Mederic acortó el paso, se quitó el quepis negro, adornado con un galón rojo, y se enjugó la frente; no eran todavía las ocho de la mañana, pero ya hacía calor en las praderas.

Acababa de ponérselo otra vez, y ya reanudaba su rápida marcha, cuando distinguió, al pie de un árbol, un cortaplumas, un cuchillito de niño. Al cogerlo del suelo descubrió

también un dedal, y en seguida un estuche de agujas, que estaba a dos pasos de aquél.

“Se los entregaré al señor alcalde”, pensó, después de recogidos aquellos objetos, y reanudó su camino; pero ahora se fijaba en todo, como si esperase encontrar algo más.

De pronto se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con una barra de madera: delante de él, a diez pasos de distancia, tendido de espaldas, yacía sobre la capa de musgo un cuerpo infantil, completamente desnudo. Era una niña de unos doce años. Tenía los brazos en cruz, las piernas abiertas y la cara tapada con un pañuelo. Un ligero rastro de sangre manchaba sus muslos.

Mederic avanzó de puntillas, como temeroso de un peligro, y al mismo tiempo con los ojos desorbitados.

¿Qué podía ser aquello? Estaría dormida seguramente. Pero reflexionó que a nadie se le ocurriría dormir así desnudo, a las siete y media de la mañana, y en la fresca temperatura de un bosque. Eso quería decir que estaba muerta, y que se hallaba en presencia de un crimen. Aunque había sido un soldado veterano, le corrió, con sólo pensarlo, un escalofrío por la espalda. Pero, además, era cosa tan rara en la región un asesinato, y más aún el asesinato de un niño, que no daba fe a lo que sus ojos veían. Y no parecía tener ninguna herida, fuera de aquella sangre coagulada en la pierna. ¿Cómo, pues, había sido muerta?

Se paró muy cerca de ella y la contemplaba apoyado en su bastón. Tenía que conocerla él, porque conocía a todos los habitantes de la comarca, pero como no podía verle la cara, no le era posible adivinar su nombre. Se inclinó para quitar el pañuelo que le tapaba el rostro; de pronto se detuvo, con la mano extendida, asaltado por un pensamiento: ¿Le estaba permitido cambiar nada en el estado del cadáver antes de que la Justicia tomase cartas en el asunto? Mederic se representaba a la Justicia como a una especie de general a quien nada se le pasa por alto, y para el que tanta importancia tiene un botón como una cuchillada en el vientre. Podría ser que debajo de aquel pañuelo descubriesen la prueba decisiva; se trataba, en resumidas cuentas, de una pieza de convicción que perdería su fuerza al ser tocada por una mano torpe.

Se enderezó entonces, dispuesto a salir corriendo a dar aviso al señor alcalde, pero lo detuvo un nuevo pensamiento. Si, por casualidad, la niña estaba viva aún, haría mal en abandonarla de aquel modo. Se puso con mucho tiento de rodillas, bastante apartado de la niña, como medida de prudencia, y alargó la mano hacia uno de sus pies. Estaba frío, helado, con el frío terrible que hace tan pavorosa la carne muerta, y que no deja ningún lugar a dudas. Según dijo después el cartero, le dio, al tocar aquello, un vuelco el corazón y se le secó la saliva en la boca. Se puso bruscamente en pie y echó a correr por el oquedal en dirección a la casa del señor Renardet.

Caminaba a paso gimnástico, con el bastón debajo del sobaco, los puños cerrados y la cabeza echada hacia adelante. La valija de cuero, llena de cartas y de periódicos, saltaba rítmicamente sobre sus hombros.

La residencia del alcalde se hallaba situada al extremo del bosque y hundía un ángulo de sus muros en las aguas de un pequeño estanque que formaba en aquel lugar el Brindille.

Era un caserón cuadrado, muy antiguo, construido de piedra gris, y que en otros

tiempos había sufrido repetidos asedios, estando coronado por una torre de veinte metros de altura, que surgía de entre las aguas.

Aquella ciudadela sirvió en tiempos pretéritos para atalayar desde su altura toda la región. Se le conocía con el nombre de la torre del Zorro (Renart) y de ahí sin duda se derivó el nombre de Renardet que llevaban los propietarios de aquel feudo, que, según decían, por más de doscientos años estaba en manos de la misma familia. Los Renardet pertenecían a cierta burguesía, con ribetes de aristocracia, que abundaba en los campos antes de la Revolución.

El cartero entró como una tromba en la cocina donde se estaban desayunando los criados, y gritó:

— ¿Se ha levantado ya el señor alcalde? Necesito hablar con él ahora mismo.

Todos tenían a Mederic por hombre serio y formal, y comprendieron en seguida que ocurría alguna cosa grave.

Cuando se lo dijeron, el señor Renardet mandó que pasase en el acto. Entró el cartero, pálido y jadeante, con el quepis en la mano, y se encontró al señor alcalde sentado a una mesa muy ancha, llena toda de papeles esparcidos en desorden.

Era hombre alto y corpulento, macizo y coloradote, con la fuerza de un buey y muy querido en la comarca, a pesar de su genio violento en exceso. Tendría alrededor de los cuarenta años, había enviudado seis meses atrás y vivía de sus tierras como un hidalgo campesino. La fogosidad de su temperamento le había acarreado situaciones difíciles, pero las autoridades superiores de Rouy-le-Tors lo sacaban de ellas, como amigos indulgentes y discretos. ¿No llegó en cierta ocasión hasta a tirar desde lo alto del pescante al conductor de la diligencia porque había estado a punto de aplastar a Micmac, su perro de parada? ¿No le hundió las costillas a un guarda jurado que pretendió denunciarlo porque cruzaba con la escopeta al hombro por unas tierras de otro vecino? Y, con ocasión de haberse detenido en el pueblo el subprefecto, ¿no lo cogió por el cuello de la levita, diciéndole que aquello no era una gira de inspección, sino una gira electoral? El señor Renardet, por tradición familiar, era siempre contrario al Gobierno.

Preguntó el alcalde:

— ¿Qué ocurre, Mederic?

— He encontrado en su oquedal una niña muerta.

Renardet se levantó con la cara como un ladrillo rojo.

— ¿Qué dice usted?... ¿Una niña?

— ¡Sí, señor; una niña, completamente desnuda, de espaldas en el suelo, con sangre, muerta, muerta sin duda alguna!

El alcalde dejó escapar un juramento.

— ¡Dios de Dios! ¡Apostaría a que es la pequeña Roque! Acaban de avisarme que falta desde anoche de su casa. ¿En qué sitio la encontró?

El cartero detalló el lugar y se ofreció a acompañar hasta allí al alcalde.

Pero Renardet le ordenó con brusquedad:

— No. No lo necesito. Vaya a buscar al guarda rural, al secretario de la Alcaldía y al médico. Dígalos que vengán en seguida, y prosiga su reparto. Vivo, vivo, márchese, y que vengán a reunirse conmigo en el bosque.

El cartero, hombre disciplinado, obedeció y se retiró, furioso y desconsolado por no poder asistir al levantamiento del cadáver.

El alcalde salió a su vez, cogió el sombrero, un sombrero grande y flexible, de fieltro gris y alas muy anchas, y se detuvo unos momentos en el umbral de su casa. Se extendía delante de él un amplio espacio cubierto de césped, sobre el que resaltaban los tres manchones de color rojo, azul y blanco, de otros tantos encañonados de flores que estaban en todo su esplendor, uno frente a la fachada de la casa y los otros dos a sus lados. Más allá se elevaban al cielo los primeros grandes árboles del oquedal; a la izquierda, por encima del río Brindille, que formaba allí un ancho remanso, se distinguían largas praderas, toda una zona de verdes llanuras, cortadas por regueras y filas de sauces que parecían monstruos, enanos achaparrados, mondados constantemente, luciendo sobre su tronco, muy grueso y corto, un plumero de ramas delgadas.

A mano derecha, detrás de los establos, de las cuadras de caballos y demás edificios anejos a la finca, empezaban las casas del pueblo, que era rico y cuyos habitantes se dedicaban a la cría del ganado vacuno.

Renardet bajó muy despacio la escalinata de entrada, torció a la izquierda, llegó a la margen del río y caminó por ella lentamente, con las manos a la espalda. Llevaba la cabeza inclinada y, de cuando en cuando, miraba alrededor por si veía llegar a las personas a quienes había mandado buscar.

Cuando entró en la arboleda se detuvo, se quitó el sombrero y se enjugó la frente, lo mismo que había hecho Mederic, porque el sol abrasador de julio caía como lluvia de fuego sobre la tierra. Nuevamente echó a andar el alcalde, y de nuevo se detuvo y volvió a sus pasos. De pronto se inclinó, mojó su pañuelo en las aguas del arroyo que corría a sus pies y se lo colocó en la cabeza, dentro del sombrero. Le corrían las gotas de agua por las sienes, por las orejas violáceas, por el cogote colorado y ancho, y penetraban, una tras otra, por debajo del cuello blanco de su camisa.

Viendo que tardaban en llegar, se puso a golpear el suelo con el pie, y al cabo de un rato gritó:

—¡Ohé! ¡Ohé!

Una voz le contestó hacia la derecha:

—¡Ohé! ¡Ohé!

Y apareció el médico por debajo de los árboles. Era un hombrecillo delgado, había sido cirujano en el ejército y era tenido en la comarca por hombre muy capacitado. Para andar se apoyaba en un bastón, porque había quedado cojo de resultas de una herida que recibió en el servicio.

Aparecieron luego el guarda rural y el secretario de la Alcaldía; los habían llamado al mismo tiempo y venían juntos. Acudían jadeantes, con caras de espanto, al paso unas veces, corriendo otras con la prisa de llegar, moviendo con tal violencia los brazos, que se hubiera dicho que caminaban con ellos tanto como con los pies.

Renardet dijo al médico:

—¿Sabe ya usted de qué se trata?

—Sí, del cadáver de una niña que ha encontrado Mederic en el bosque.

—Exacto. Andando, pues.

Echaron a andar a la par, seguidos por los otros dos hombres. El musgo amortiguaba por completo el ruido de sus pisadas; sus ojos buscaban algo delante de ellos, a lo lejos.

El doctor Labarbe extendió de pronto la mano:

— ¡Allí está!

A lo lejos, bajo los árboles, se distinguía una cosa de color claro. De no saber ya de qué se trataba, no lo hubieran adivinado. Era tan blanco y brillante que lo hubieran tomado por alguna ropa blanca caída al suelo; un rayo de sol que se filtraba por entre las ramas iluminaba la pálida carne con una raya oblicua que le cruzaba el vientre. Conforme se fueron acercando, distinguieron paulatinamente las formas, la cabeza tapada, vuelta de cara al río, y los dos brazos, extendidos como una crucifixión.

— Siento un calor horrible — dijo el alcalde.

Se agachó otra vez, y volvió a empapar el pañuelo en las aguas del Brindille, poniéndoselo de nuevo en la cabeza.

El médico, aguijoneado por el hallazgo, aceleró el paso. Cuando estuvo junto al cadáver, se inclinó para examinarlo, pero no lo tocó. Arrugaba las narices, como cuando se mira un objeto extraño, y daba vuelta lentamente alrededor del cadáver.

Sin incorporarse aún, sentenció:

— Violación y asesinato, que luego comprobaremos. Por lo demás, esta niña era ya casi mujer. Fíjense en los pechos.

Los dos senos, bastante desarrollados ya, caían sobre el busto, flácidos por el efecto de la muerte.

El médico levantó con cuidado el pañuelo que tapaba la cara, y ésta apareció negra, horrible, con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Siguió diciendo:

— ¡Vaya! Después de abusar de ella, la estrangularon.

Palpó el cuello:

— Estrangulada con las manos, pero sin que hayan dejado ninguna marca particular, ni señal de las uñas, ni impresión de los dedos. En efecto, se trata de la pequeña Roque.

Volvió a colocar con mucha delicadeza el pañuelo en su sitio:

— Yo nada tengo que hacer, lleva por lo menos doce horas muerta. Hay que dar cuenta de ello al Juzgado.

En pie, con las manos a la espalda, Renardet miraba fijamente el cuerpecito tendido sobre la hierba. Dijo muy quedo:

— ¡Qué miserable! Habría que encontrar las ropas.

El médico palpaba las manos, los brazos, las piernas.

— Sin duda salía de bañarse — dijo —. Estarán a orillas del agua.

El alcalde dio órdenes:

— Tú, Principio — le hablaba al secretario de la Alcaldía —, búscame esas prendas por la orilla del río. Tú, Máximo — se dirigía al guarda rural —, corre a Rouy-le-Tors y que venga el juez de instrucción con los gendarmes. ¡Que estén aquí dentro de una hora! ¿Me comprendes?

Los dos hombres se alejaron a paso ligero, y Renardet dijo al médico:

— ¿Quién ha podido ser el canalla capaz de un acto así en esta comarca?

— ¡Vaya usted a saber! — dijo el médico —. Cualquiera ha podido hacerlo.

Individualmente, todos son capaces, y, en términos generales, ninguno. De todos modos, esto es obra de algún vagabundo, de algún obrero sin trabajo. Desde que tenemos la República, no se ven por los caminos más que gente de esa ralea.

Los dos eran bonapartistas.

El alcalde manifestó a su vez:

—Sí, no puede ser sino uno de fuera, un transeúnte, un vagabundo sin hogar ni tierra...

El médico completó la frase con un esbozo de sonrisa:

—Y sin mujer. Como no disponía de buena cena, ni de buen alojamiento, se ha procurado lo demás. Nadie se imagina la cantidad de hombres que andan por el mundo capaces de cometer, en un momento dado, un crimen. ¿Tenía usted ya conocimiento de que hubiese desaparecido esta niña?

Mientras hablaba, iba tocando con la punta de su bastón, uno tras otro, los dedos rígidos de la muerta, como si tocase las teclas de un piano.

—Sí. La madre vino ayer a buscarme, a eso de las nueve de la noche, porque la niña no había vuelto a casa para cenar, como de costumbre, a las siete. Hasta medianoche la anduvimos buscando a gritos por los caminos; pero no se nos ocurrió entrar en el oquedal. Claro está que para hacer una búsqueda eficaz había que esperar a que fuese de día.

—¿Quiere usted un cigarrillo? —dijo el médico.

—Gracias, pero no tengo ganas de fumar. Este espectáculo me ha revuelto un poco.

Seguían en pie los dos, contemplando aquel cuerpo de adolescente, tan frágil y pálido sobre el oscuro musgo. Un moscón de vientre azul que se paseaba por un muslo se detuvo en las manchas de sangre, echó otra vez a andar, cuerpo arriba, recorrió el costado con su caminar ligero y entrecortado, se subió a uno de los senos, bajó de él para explorar el otro, buscando algo que succionar en aquella muerta. Los dos hombres seguían con la vista las evoluciones del punto negro.

El médico exclamó:

—¡Qué bonito efecto hace una mosca encima de la piel! Las señoras del siglo pasado sabían lo que hacían cuando se ponían moscas en la cara. ¿Por qué se habría perdido esa costumbre?

El alcalde, sumido en sus pensamientos, parecía no oírlo.

Súbitamente se volvió a mirar, porque le sorprendió un ruido, el de una mujer de delantal azul y gorro que corría bajo los árboles. Era la madre, la Roque. Así que descubrió a Renardet se puso a gritar:

—¡Mi niña! ¿En dónde está mi niña?

Estaba tan enloquecida que ni siquiera se le ocurría mirar al suelo. Pero, de pronto, la vio, se paró en seco, juntó las manos y alzó los dos brazos al cielo, lanzando un alarido agudo y desgarrador, un alarido de animal mutilado.

Se arrojó luego sobre el cuerpo, se arrodilló y arrancó de un tirón el pañuelo que tapaba la cara. Al ver aquel rostro horrible, negro y convulsivo, volvió a levantarse de golpe, para caer en seguida boca abajo, vomitando en el espeso musgo sus gritos pavorosos y no interrumpidos.

Su alargado y seco cuerpo, al que se pegaban las ropas, se estremecía, sacudido por

las convulsiones. Se advertía el horrible temblor de sus huesudos tobillos y de sus magras pantorrillas cubiertas por burdas medias azules; sus dedos, agarrotados, arañaban el suelo, como queriendo abrir en él un hoyo donde esconderse.

El médico murmuró conmovido:

— ¡Pobre vieja!

Renardet sintió que se le revolvían ruidosamente las tripas, y dejó escapar una especie de estornudo estrepitoso que le salió al mismo tiempo de la nariz y de la boca; sacó el pañuelo del bolsillo y lo humedeció con sus lágrimas, tosiendo, sollozando y sonándose con fuerza las narices. Y, al mismo tiempo, balbuceaba:

— ¡Dios... Dios... Dios... de Dios! ¿Quién habrá sido el cerdo que ha hecho esto? Qui..., quisiera verlo en la guillotina.

Se presentó otra vez Principio, con el semblante desconsolado y sin nada en las manos, y dijo muy quedo:

— No encuentro nada, señor alcalde, nada, absolutamente nada por ningún sitio.

Se asustó el alcalde, y contestó con voz pegajosa y llorona:

— ¿Qué es lo que no encuentras?

— Los vestidos de la pequeña.

— ¿Que no, que no los encuentras? Pues bien: sigue buscando... y da con ellos... o..., o me las entenderé contigo.

Bien sabía aquel hombre que no se le podía llevar la contraria al alcalde, y se alejó otra vez con desgana, lanzando hacia el cadáver una asustadiza mirada de reojo.

Debajo de los árboles resonaban voces lejanas; era el rumor confuso de una muchedumbre que se acercaba; porque Mederic, durante su reparto, había ido llevando la noticia de puerta en puerta. Los habitantes del lugar, estupefactos en los primeros instantes, hablaron del caso en la calle, de puerta a puerta; pero luego se reunieron, y hablaron, discutieron, comentaron el suceso durante algunos minutos; finalmente, acudían para ver por sus propios ojos.

Llegaban en grupos, un poco vacilantes e inquietos por miedo a la primera emoción. Al ver el cuerpo se detuvieron, no atreviéndose a avanzar más y cuchicheando entre ellos. Luego se animaron, anduvieron algunos pasos, volvieron a hacer alto, se adelantaron de nuevo y acabaron formando, alrededor de la muerta, de la madre, del médico y de Renardet, un círculo apretado, inquieto y ruidoso, que se iba estrechando cada vez más con los bruscos empujones de los que llegaban. Llegaron hasta el mismo cadáver, y hubo algunos que se agacharon para palparlo. El médico los apartó de allí y el alcalde, saliendo de su atontamiento, se enfureció, quitó el bastón al doctor Labarbe y se arrojó sobre sus administrados, balbuciendo:

— ¡Largo de aquí..., largo de aquí..., hato de bestias..., largo de aquí!

No hizo falta más de un segundo para que el cordón de curiosos se ensanchase doscientos metros.

La Roque se incorporó, se dio media vuelta y, sentada en el suelo, lloraba, tapándose la cara con las manos juntas.

La muchedumbre discutía el caso y los muchachos registraban con ávidos ojos aquel cuerpo desnudo. Renardet se fijó en este detalle; se quitó bruscamente la chaqueta de hilo

y la echó sobre la niña, que desapareció por completo bajo la amplia prenda.

Los curiosos iban acercándose poco a poco; el oquedal se llenaba de gente; un rumor ininterrumpido de voces subía hasta el tupido follaje de los árboles enormes.

El alcalde, en mangas de camisa, con el bastón en la mano, seguía erguido, en actitud de combate. Parecía irritado por aquella curiosidad de la gente y no hacía más que repetir:

—Al que se acerque, le abro la cabeza como si fuera un perro.

Los campesinos, que le temían mucho, se mantuvieron alejados. El doctor Labarbe, que estaba fumando, se sentó junto a la Roque e intentó distraerla, hablándole. La vieja se quitó en seguida las manos de la cara y dio rienda suelta a su dolor, en un torrente de frases lacrimosas y precipitadas. Le contó su vida toda, su matrimonio, la muerte de su hombre, que era domador de bueyes y que murió de una cornada; la infancia de la niña y su vivir miserable de viuda sin recursos y con una hija. No tenía en el mundo más que a la niña; y se la habían matado; y semejante desaparición sorprendía a todo el mundo, se la habían matado en aquel bosque. La acometió de súbito el impulso de volver a mirarla, se arrastró sobre las rodillas hasta el cadáver, levantó por uno de los bordes la prenda que la cubría, se dejó caer al suelo otra vez y rompió de nuevo en alaridos. La multitud permanecía callada, espionando con avidez todos los gestos de la madre. De pronto, se arremolinó la gente y se oyeron gritos de:

—¡Los gendarmes, los gendarmes!

Se veía a lo lejos a dos gendarmes que avanzaban al trote largo, dando escolta a su capitán y a un señor pequeñito, de patillas rojas, que bailaba como un mono, afirmado en los estribos de una gran yegua blanca.

El guarda jurado había llegado en el momento mismo en que el juez de instrucción, señor Putoin, montaba en su yegua para dar el paseo cotidiano, porque se tenía, con gran regocijo de sus subordinados, por un gallardo jinete. Echó pie a tierra, al mismo tiempo que el capitán. Dio un apretón de manos al alcalde y al médico, lanzando una mirada codiciosa a la chaqueta de hilo, en la que se marcaban las formas del cuerpo que yacía debajo.

Una vez que estuvo al corriente de los hechos, empezó por hacer que los gendarmes despejasen de gente el oquedal; el público, arrojado de allí, reapareció en seguida en la pradera, formando a lo largo de la otra orilla del río Brindille una apretada fila de cabezas inquietas y agitadas.

El médico dio a su vez explicaciones, que Renardet transcribía con lápiz a su cuaderno de notas. Se hicieron todas las comprobaciones del caso, tomando nota de ellas y discutiéndolas, pero no condujeron a ningún descubrimiento. También Máximo volvió sin rastro de las ropas.

Semejante desaparición sorprendía a todo el mundo, y nadie se la explicaba más que suponiendo que se tratase de un robo, pero como todas aquellas ropas no valían un franco, también el robo era inadmisible.

El juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el médico se habían puesto también a buscar, de dos en dos, en la orilla del río, separando hasta las ramas más pequeñas.

Renardet se expresaba de este modo, dirigiéndose al juez:

—¿Cómo se explica que este miserable haya escondido o se haya llevado las ropas,

abandonando el cuerpo de ese modo, al aire libre, a la vista de cualquiera?

El otro, que era astuto y perspicaz, le contestó:

—¡Sí, sí! Esa es tal vez una treta. El autor de este crimen es un bruto o un pillo redomado. Sea como sea, lo descubriremos.

El retumbo de un carruaje les hizo volver la cabeza. Era que llegaban también al lugar del suceso el fiscal y suplente, el médico forense y el escribano del tribunal.

Reanudaron la búsqueda, sin dejar de hablar con gran animación.

Renardet dijo de pronto:

—Ya lo saben ustedes; se quedarán a almorzar conmigo.

Todos aceptaron la invitación con una sonrisa, y el juez de instrucción, creyendo que ya habían dedicado bastante tiempo aquel día a la pequeña Roque, se dirigió al alcalde, preguntándole:

—No habría inconveniente en que haga llevar el cadáver a casa de usted, ¿verdad? Supongo que dispondrá de alguna habitación en la que quede a disposición mía hasta la noche.

El interpelado se turbó, balbuciendo:

—Sí, no... no. A decir verdad, preferiría que no lo llevasen a mi casa..., ¿sabe usted?..., por... por la servidumbre..., que habla ya de aparecidos... en la torre, en la torre del Zorro... Se me marcharían todos... No..., preferiría que no lo llevasen a mi casa.

El magistrado se sonrió:

—Bien... Mandaré que lo lleven directamente a Rouy, para la autopsia.

Y volviéndose al suplente, le preguntó:

—Podré disponer de su coche, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

Volvieron todos al lado del cadáver. La Roque estaba ahora sentada al lado de su hija, con la mano de ésta entre las suyas, y la mirada, vaga y sin expresión, perdida en el vacío.

Los dos médicos intentaron alejarla de allí para que no viese llevar el cadáver; pero ella comprendió en el acto lo que iban a hacer y, arrojándose sobre el cuerpo, se abrazó a él estrechamente, y gritaba tirada encima de su hija:

—No se la llevarán, es mía, es mía ahora. Me la han matado, la quiero para mí. ¡No se la llevarán ustedes!

Todos los hombres, turbados e indecisos, permanecían en pie en torno a ella. Renardet se arrodilló para hablarle:

—Escuche usted, señora Roque; no hay más remedio que hacerlo si queremos descubrir al asesino; de otro modo, no lo sabríamos jamás; y es preciso dar con él, para castigarlo. Cuando lo hayamos encontrado le devolveremos su hija, se lo prometo.

Aquel razonamiento venció la resistencia de la mujer, y en sus ojos enloquecidos se encendió una llama de odio:

—¿De modo, pues, que lo cogerán? —preguntó.

—Sí, le doy mi palabra.

Entonces se levantó, resuelta a que hiciesen lo que quisiesen; pero oyó decir por lo bajo al capitán:

—Es una cosa extraordinaria el que no se hayan encontrado sus ropas.

Aquello despertó en su cerebro de campesina una idea nueva que no se le había ocurrido hasta entonces y preguntó:

—¿Dónde están sus ropas? Esas son mías, que me las den. ¿Dónde las han puesto?

Le explicaron que no habían podido encontrarlas, y entonces ella las exigió con desesperada obstinación, llorando y gimiendo:

—Son mías, las exijo. ¿Dónde están? ¡Que me las den!

Cuanto más esfuerzos hacían por calmarla, mayores eran los sollozos y su obstinación. Ya no reclamaba el cuerpo, sino las ropas de su hija, quería las ropas de su hija, tanto, quizá, por inconsciente avaricia de persona sin recursos, para la que una sola moneda de plata representa una fortuna, como por ternura maternal.

Cuando el cuerpecito, envuelto en mantas que habían ido a buscar a casa de Renardet, desapareció de su vista dentro del coche, la vieja, en pie bajo las ramas de los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba:

—No me queda nada, nada, nada en este mundo, ni siquiera su gorrito, ni siquiera su gorrito; no me queda nada, nada, ni siquiera su gorrito.

Acababa de llegar el cura, un cura grueso ya, aunque era joven. Se encargó de llevarse a la señora Roque, y él y ella se encaminaron juntos hacia el pueblo. Al conjuro de la palabra del eclesiástico, que le prometía mil compensaciones, se iba dulcificando el dolor de la madre. Sin embargo, no dejaba de repetir, aferrada a aquella idea que la dominaba por el momento sobre todas las demás:

—Si tuviese por lo menos su gorrito...

Renardet le gritó desde lejos:

—Señor cura; almorzará usted también con nosotros. De aquí a una hora.

El sacerdote volvió la cabeza y contestó:

—Con mucho gusto, señor alcalde. Estaré a las doce en su casa.

Todo el grupo se dirigió a la casa de Renardet, cuya fachada, gris, y cuya alta torre, levantada sobre la orilla del río Brindille, se divisaban por entre el ramaje.

La comida se prolongó mucho; hablaron del crimen. Coincidieron todos en que había sido cometido por algún vagabundo que pasó por allí casualmente, en el instante mismo en que la pequeña se estaba bañando.

Los magistrados regresaron a Rouy, anunciando que volverían al día siguiente muy temprano. El médico del pueblo y el cura regresaron a sus casas, en tanto que Renardet, después de dar un largo paseo por las praderas, se metió en el oquedal y estuvo caminando por él hasta la noche, muy despacio y con las manos detrás de la espalda.

Se acostó temprano, y aún estaba durmiendo a la mañana siguiente cuando el juez de instrucción entró en su dormitorio frotándose las manos y con semblante satisfecho:

—¿Cómo es eso? —dijo—. ¿Duerme usted todavía? Pues bien: han ocurrido esta mañana novedades.

El alcalde se sentó en la cama:

—¿Qué novedades?

—Un hecho muy curioso. Ya se acordará usted de que la madre pedía ayer un recuerdo de su hija, sobre todo su gorrito. Pues bien: esta mañana, cuando la mujer ha

abierto su puerta, se ha encontrado en el umbral los dos pequeños zuecos de la niña. Y esto demuestra que el autor del crimen es alguien del pueblo y que se ha compadecido de ella. Además, el cartero Mederic me ha entregado el dedal, un cuchillito y el estuche de agujas de la muerta. Por consiguiente, el autor del crimen se llevó las ropas para esconderlas y dejó caer esos objetos, que estaban en un bolsillo. A lo que doy más importancia es al detalle de los zuecos, que revela en el asesino cierta cultura moral y una capacidad de enternecimiento. Vamos, pues, a pasar revista, si usted no tiene inconveniente en ello, a los principales habitantes del pueblo.

El alcalde se había levantado y llamó para que le llevaran agua caliente con que afeitarse.

—Con mucho gusto —contestó—; pero como es tarea larga, podríamos empezarla ahora mismo.

El señor Putoin se había sentado a horcajadas en una silla, fiel, aun dentro de casa, a su manía de jinete.

Renardet, frente al espejo, se cubrió la cara de espuma blanca, y pasó después la navaja por el suavizador. Y mientras tanto iba diciendo:

—El primer habitante de Carvelin se llama José Renardet, alcalde, propietario rico, hombre áspero, que pega a los guardas y a los cocheros.

El juez de instrucción se echó a reír:

—Con esto me basta. Pasemos al siguiente...

—El que sigue en importancia es el señor Pelledent, teniente alcalde, ganadero de reses vacunas, también propietario rico; es un campesino taimado, ladino y astuto en cuestiones de dinero; pero incapaz, según mi opinión, de haber cometido semejante crimen.

El señor Putoin dijo:

—Adelante.

Y mientras Renardet se afeitaba y se lavaba prosiguió aquel análisis moral de todos los habitantes de Carvelín. Al cabo de dos horas de discusión, las sospechas se concentraron en tres individuos bastante dudosos: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y de cangrejos llamado Paquet y un domador de bueyes llamado Clovis.

II

La investigación continuó durante todo el verano, pero no se llegó a descubrir al criminal. Las personas de quienes se sospechó, y que fueron detenidas, demostraron fácilmente su inocencia, y el Juzgado tuvo que renunciar a perseguir al culpable.

Sin embargo, aquel asesinato había producido una emoción extraña en todo el pueblo. La imposibilidad de dar con ningún rastro, y más aún, aquel sorprendente hallazgo de los zuecos delante de la puerta de la Roque al día siguiente, habían dejado en las almas de los habitantes un desasosiego, un vago temor, una misteriosa sensación de espanto. La certidumbre de que el asesino había estado presente durante el levantamiento

del cadáver, de que seguía viviendo en el pueblo, hostigaba los espíritus, los obsesionaba, parecía cernirse sobre toda la comarca como una amenaza constante.

Por otra parte, todo el mundo temía pasar por el oquedal, creyéndolo poblado por aparecidos. En otro tiempo, todos los habitantes del pueblo iban a pasear en él la tarde del domingo. Se sentaban unos sobre el musgo, al pie de los árboles gigantescos, y caminaban otros por la orilla del río, siguiendo con la mirada a las truchas que nadaban veloces entre las hierbas del fondo. Los chicos jugaban a la pelota o a los bolos en algunos sitios en que habían quitado el musgo e igualado y endurecido la tierra; las chicas se paseaban agarradas del brazo, en grupos de cuatro o cinco, desgranando con voces chillonas cancioncillas que arañaban el tímpano, turbaban la serenidad del ambiente y daban dentera como si fuesen gotas de vinagre. Pero ahora ya no paseaba nadie por debajo de aquella bóveda alta y espesa de follaje, como si temiese encontrar por allí en cualquier momento algún cadáver tirado en el suelo.

Llegó el otoño, empezaron a caer las hojas. Caían de día y de noche a lo largo de los altos troncos, redondas y livianas, describiendo círculos. Ya se podía ver el cielo por entre las ramas. En ocasiones, cuando una ráfaga de viento sacudía las copas de los árboles, aquella lluvia lenta y continua se espesaba de pronto, se convertía en un chaparrón que caía produciendo un vago murmullo y recubría el musgo con una gruesa alfombra amarilla que crujía levemente bajo los pies. Parecía un lamento aquel murmullo casi imperceptible, flotante, ininterrumpido, suave y triste del descenso; aquellas hojas que caían y caían eran como lágrimas derramadas por árboles gigantescos que lloraban el fin del año, la falta de las tibias auroras y de los suaves ocasos, la ausencia de las brisas cálidas y de los soles brillantes y, quizá, quizá, el crimen que habían visto cometer a la sombra suya; quizá, quizá lloraban por la niña violada y muerta al pie de los mismos. Lloraban en medio del silencio del bosque solitario y desierto, del bosque abandonado y temido, en el que seguramente andaría errante y sola el alma, el alma niña de la niña muerta.

El Brindille, crecido por las tormentas, corría con mayor rapidez, amarillo y furioso entre sus secas orillas, flanqueado por dos hileras de mimbreros secos y desnudos.

Pero un buen día volvió Renardet a pasearse por el bosque centenario. Salía de casa todos los días al hacerse de noche, bajaba lentamente la escalinata de entrada y caminaba con aire pensativo por debajo de los árboles, llevando las manos en los bolsillos. Se paseaba largo rato sobre el musgo húmedo y blando, mientras que una bandada de cuervos que habían acudido de todos los alrededores para pasar la noche en las altas copas se desplegaba en el cielo como un enorme velo de luto que flotaba en los aires, lanzando graznidos violentos y siniestros.

A veces se posaban, acribillando de manchas negras el ramaje entrecruzado sobre el fondo del cielo rojo, del cielo ensangrentado de los ocasos otoñales. Y, de pronto, alzaban otra vez el vuelo entre horribles graznidos y desplegaban de nuevo por encima del bosque el largo festón negro de toda la bandada.

Finalmente se dejaban caer sobre las copas más altas, sus ruidos se apagaban poco a poco, y la noche, cada vez más intensa, fundía sus negras plumas con la negrura del espacio.

Pero Renardet seguía en sus lentos paseos al pie de los árboles; cuando las opacas

tinieblas le impedían caminar, regresaba a su casa y caía como una masa inerte en su sillón, frente a la encendida chimenea, y estiraba hacia el hogar sus pies húmedos, que humeaban mucho rato al calor de la llama.

Cierto día corrió por el pueblo una gran noticia: el alcalde había empezado a talar el oquedal. Veinte leñadores habían dado comienzo a la tarea por el lado más próximo a la casa y trabajaban activamente bajo la mirada del propietario.

Empezaban por trepar a lo alto del árbol los podadores. Sujetándose al tronco por medio de una cuerda, se agarran a él con los brazos y luego levantan una pierna y le dan una fuerte patada con la espiga puntiaguda, de acero, que llevan fija en las suelas del calzado. La punta penetra en la madera y queda allí sujeta; entonces el podador se alza sobre ese apoyo, como si pisase un escalón, y golpea el tronco con la punta de acero del otro pie, que le servirá de nuevo apoyo para levantar el primero, y así sucesivamente.

A cada paso que da hacia arriba, levanta también la cuerda que lo sujeta al árbol; a la altura de sus riñones cuelga y brilla una pequeña hachuela de acero. Trepa y trepa poco a poco, a la manera de un animal parásito que ataca a un gigante; sube con esfuerzo a lo largo de la enorme columna, se abraza a ella y la agujonea para llegar a decapitarla.

Así que alcanza las ramas más bajas, hace un alto, echa mano al hacha bien afilada, y golpea. Golpea despacio, metódicamente, rebajando el cuerpo de la rama muy cerca del tronco; aquélla rechina de pronto, cede, se inclina, se desprende y se desploma, rozando los árboles cercanos al caer. Finalmente, choca contra el suelo con un estruendo de madera que se quiebra, y todas sus ramillas continúan largo rato estremeciéndose.

El suelo se cubría de estos ramajes que otros trabajadores se encargaban de cortar, atar en haces y hacinar. Los árboles que seguían en pie parecían postes gigantescos, pilotes desmesurados que el filo de las hachas aceradas había amputado y rapado.

Cuando el podador terminaba su tarea, dejaba atada la cuerda con que se había sujetado en la parte más alta del tronco, recta y delgada, y bajaba paso a paso, a golpes de espolón, por el árbol desmochado; entonces los leñadores lo atacaban por su base con tremendos hachazos, cuyo eco repercutía en todo el oquedal.

Cuando juzgaban que el corte de la base era ya bastante profundo, tiraban algunos hombres de la cuerda que había quedado sujeta en lo alto, acompasando sus esfuerzos con un grito unísono; de pronto crujía el mástil gigantesco y se venía abajo con un estrépito sordo y una vibración de cañonazo lejano.

El bosque iba achicándose día a día, perdiendo árboles caídos, como pierde un ejército soldados.

Renardet no se apartaba de allí; desde la mañana hasta la noche permanecía en el bosque, sin moverse y con las manos cruzadas a la espalda, viendo la muerte lenta de su oquedal. Cuando un árbol caía, él le ponía el pie encima, como si pisase un cadáver. Y luego levantaba la vista hacia el que iba a caer a continuación; se hubiera dicho que sentía una impaciencia íntima y tranquila, que aguardaba que ocurriese algún suceso al final de aquel destrozo.

Se iban entre tanto acercando al sitio en que fue descubierto el cadáver de la pequeña Roque. Llegaron a él una tarde, a la hora del crepúsculo.

Había ya poca luz, porque el cielo estaba cubierto de nubes, y los leñadores

pretendieron suspender el trabajo, dejando para el día siguiente el derribo de un haya enorme; pero el dueño se opuso a ello y exigió que se procediese en el acto a podar y talar también aquel coloso a cuya sombra se había cometido el crimen.

Una vez que el podador lo dejó al desnudo, terminando el arreglo del que iba a ser ajusticiado, y una vez que los leñadores minaron su base, se pusieron cinco hombres a tirar de la cuerda amarrada a la copa.

El árbol no cedió; aunque su grueso tronco había sido mellado a hachazos hasta el centro, seguía rígido como si fuese de hierro. Todos los trabajadores tiraban de la cuerda a un tiempo, con una especie de empujón acompasado, doblándose hasta acostarse en el suelo, marcando y regulando sus esfuerzos con un grito que daba poco a poco salida a todo el aire de sus pulmones.

En pie junto al gigante, con las hachas en la mano como dos verdugos dispuestos a seguir golpeando, había dos leñadores. También Renardet, inmóvil y con la mano en la corteza del tronco, esperaba la caída con emoción inquieta y nerviosa.

Uno de los leñadores le dijo:

—Está usted demasiado cerca, señor alcalde, puede herirlo al caer.

Pero Renardet no contestó ni se apartó; parecía que estuviese preparado para abrazarse al tronco del árbol como un luchador y derribarlo.

Se produjo de improviso en el pie de la alta columna de madera un desgarramiento que pareció correrse hasta la cúspide como una sacudida dolorosa; se dobló un poco, resistiendo todavía, aunque ya a punto de caer. Aquello excitó a los hombres y pusieron en tensión sus brazos en un esfuerzo supremo. De pronto, cuando el árbol se quebraba, se desplomaba, dio Renardet un paso hacia adelante, se detuvo allí y levantó sus hombros como para recibir el golpe irresistible, el choque mortal que había de aplastarlo contra el suelo.

Pero el haya sufrió un ligero desvío y no hizo más que rozarle las espaldas, despidiéndolo boca abajo a cinco metros de distancia.

Los obreros corrieron a levantarlo; pero ya él se había alzado, quedando de rodillas, y miraba con ojos extraviados, aturdido, pasándose la mano por la frente, como si despertase de un acceso de locura.

Cuando ya estuvo en pie, los trabajadores, sorprendidos, le dirigieron preguntas, porque no acertaban a comprender su acción. Les contestó, balbuciendo, que había sufrido un instante de extravío mental o, más bien, que se había sentido niño durante un segundo, imaginándose que sería capaz de cruzar por debajo del árbol lo mismo que los chicos cuando cruzan por delante de un coche que va al trote; había jugado con el peligro; desde hacía ocho días le escarabajeaba, cada vez con más fuerza, aquella comezón, y cada vez que un árbol crujía para caer, él se preguntaba si podría pasar por debajo sin que lo alcanzase. Era una estupidez, lo reconocía, pero todos están sujetos a tales momentos de insensatez y sufren estos accesos de infantilismo tonto.

Daba estas explicaciones poco a poco, rebuscando las frases, con voz apagada; después se alejó, diciendo:

—Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana.

Así que se vio en su habitación, se sentó a la mesa sobre la que proyectaba su luz

viva una lámpara con pantalla, se cogió la cabeza con ambas manos y rompió a llorar.

Lloró durante largo rato, se enjugó luego los ojos, levantó la cabeza y miró el reloj. No habían dado aún las seis. “Me queda tiempo antes de comer”, pensó, y se dirigió hacia la puerta cerrándola con llave. Hecho esto, volvió a sentarse a la mesa, abrió el cajón de en medio, sacó un revólver y lo colocó encima de los papeles, en plena luz. El acero del arma brillaba con destellos que parecían llamas.

Renardet lo estuvo contemplando un rato con ojos turbios de borracho; luego se levantó y se puso a caminar.

Iba de un extremo a otro de la habitación y a veces se detenía para reanudar en seguida su paseo. De improviso abrió la puerta de su gabinete de aseo, metió una toalla en el cántaro de agua y se mojó la cabeza, igual que la mañana del crimen. Siguió paseando. Cuando pasaba por delante de la mesa, el brillo del arma atraía su mirada, buscaba su mano; pero Renardet miraba el reloj y pensaba: “Aún me queda tiempo”.

Dieron las seis y media. Cogió entonces el revólver, abrió la boca hasta desencajarla con una mueca espantosa, y hundió en ella el cañón del arma, como si fuese a tragárselo. Y en esa postura permaneció inmóvil algunos segundos, con el dedo en el gatillo; pero un brusco estremecimiento de horror sacudió su cuerpo y vomitó el revólver sobre la alfombra.

Y cayó en su sillón otra vez, sollozando:

—No puedo. No tengo valor. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué haré para que no me falte decisión para matarme?

Llamaron a la puerta. Se irguió como loco. Era un criado, que dijo:

—El señor tiene la cena preparada.

Renardet contestó:

—Está bien. Ahora bajo.

Recogió el arma, la metió otra vez en el cajón, se miró en el espejo de la chimenea para ver si su cara estaba demasiado desencajada. Colorada sí que la tenía, un poco más que de ordinario, pero eso era todo. Bajó al comedor y se sentó a la mesa.

Comió con mucha lentitud, como si quisiera alargar la cena para no hallarse a solas consigo mismo. Después, mientras alzaban los manteles, fumó allí mismo varias pipas. Y, por fin, volvió a subir a su dormitorio.

Así que cerró la puerta, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, exploró por todos los rincones, registró todos los muebles. Encendió acto seguido las velas de la chimenea y, girando varias veces sobre sí mismo, recorrió con la mirada todo el cuarto, con el rostro crispado por las angustias del terror; segurísimo estaba de que iba a volver a verla, como todas las noches, a la pequeña Roque, a la niña que él había violado, estrangulándola después.

La pavorosa visión se repetía todas las noches. Empezaba por un zumbido en sus oídos, que se parecía al retumbo de un tren pasando por un puente lejano. Y entonces empezaba a respirar fatigosamente y se ahogaba, viéndose obligado a desabrocharse el cuello de la camisa y aflojarse el cinturón. Se ponía a pasear para activar la circulación general de la sangre, intentaba leer, hacía esfuerzos por cantar. Todo en vano. Contra su voluntad, volvía su pensamiento al día del asesinato y lo obligaba a representárselo en sus

más íntimos detalles, pasando por sus más violentas sensaciones desde el primer instante hasta el último.

Aquella mañana, la mañana del espantoso día, se levantó algo aturdido y con un dolor de cabeza que atribuyó al calor; por eso no salió de su habitación hasta que lo llamaron a almorzar. Después de la comida durmió la siesta, y ya al caer la tarde salió a respirar la brisa fresca y sedante, bajo los árboles del bosque centenario.

Pero así que salió de casa, el aire pesado y ardiente de la llanura contribuyó a aumentar su fatiga. El sol, lejos todavía del horizonte, derramaba torrentes de luz encendida sobre la tierra calcinada, seca y sedienta. Ni el más leve soplo de viento movía las hojas. Los animales, los pájaros y hasta las chicharras guardaban silencio. Renardet llegó hasta los árboles gigantescos y echó a andar sobre el musgo, bajo el inmenso techo de ramas que recogía un poco del frescor de la evaporación del Brindille. Pero estaba desasosegado. Sentía en el cuello la presión de una mano desconocida e invisible, y aunque de ordinario no eran muchas las ideas que tenía en la cabeza, en aquel entonces casi no tenía ninguna. Sólo un pensamiento confuso lo perseguía de tres meses a aquella parte: el volver a casarse. El vivir solo era para él un sufrimiento moral y físico. Se había acostumbrado en diez años a sentir cerca de él una mujer, a tenerla delante en todo momento, a su abrazo cotidiano; tenía necesidad, una necesidad imperiosa y vaga, de su contacto ininterrumpido, de su caricia disfrutada con regularidad. Desde el fallecimiento de su esposa Renardet sufría, sin que comprendiese claramente el motivo; sufría por no sentir a todas horas del día en sus piernas el roce de los vestidos de ella, y, sobre todo, por no poder calmar y gastar sus ardores entre sus brazos. Llevaba apenas seis meses viudo, y ya buscaba con el pensamiento en aquellos alrededores la joven soltera o viuda con la que podría casarse en cuanto se quitase el luto.

Tenía un alma casta, pero estaba alojada en el cuerpo fornido de un hércules, y ya empezaban las imágenes carnales a turbar su sueño y su vigilia. En vano las ahuyentaba; ellas volvían, y había instantes en que él, sonriéndose de sí mismo, pensaba: "Soy otro san Antonio."

Como aquella mañana se había visto asaltado por algunas de aquellas visiones obsesionantes, le entraron de pronto ganas de bañarse en el Brindille para refrescar su cuerpo y apaciguar el ardor de su sangre.

Había un poco más adelante un sitio en que el río era ancho y profundo: en él se zambullían algunas veces durante el verano los convecinos suyos. Se dirigió hacia allí.

Sauces tupidos ocultaban aquel estanque transparente en el que la corriente se remansaba, se adormecía un poco, para luego seguir su marcha. Cuando Renardet se aproximaba a aquel lugar, le pareció oír un ligero ruido, un débil chapoteo que no era el que hace el río en las orillas. Apartó suavemente las ramas y miró.

Una jovencita, completamente desnuda, cuyo cuerpo se dibujaba con nitidez a través de las transparencias del agua, chapoteaba con las dos manos, se movía dentro del río con tímidos movimientos de danza y giraba sobre sí misma con ademanes encantadores. Pasaba ya de niña, pero no llegaba todavía a mujer; era gordita y desarrollada, conservando, sin embargo, su aspecto de muchachita precoz, adelantada para sus años, casi ya en sazón. Renardet se quedó inmóvil, como agarrotado por la sorpresa y por la

angustia; una emoción extraña y desgarradora le cortaba el aliento. Y no se movió, y el corazón le palpitaba como si se hubiese convertido en realidad uno de sus sueños sensuales, como si la varita mágica de un hada impura le hubiese puesto delante aquel ser capaz de trastornarlo, pero demasiado joven; aquella pequeña Venus campesina, que había nacido de los borbotones del arroyuelo, lo mismo que la otra, la grande, había surgido de las olas del mar.

De improviso la niña salió del baño, yendo hacia donde él estaba oculto para buscar sus ropas y volver a vestirse. A medida que se acercaba con paso indeciso, evitando los guijarros puntiagudos, sentía Renardet que una fuerza irresistible lo empujaba hacia ella, un arrebató bestial que ponía en ebullición su carne, enloquecía su razón y lo hacía temblar de pies a cabeza.

La niña se detuvo unos momentos en pie, detrás del sauce en que él se ocultaba. Y entonces Renardet perdió por completo la cabeza, apartó las ramas, se arrojó sobre ella y la cogió entre sus brazos. La niña cayó al suelo, demasiado desconcertada para resistir, demasiado espantada para pedir socorro, y él la poseyó sin comprender lo que hacía.

Despertó de su crimen, como quien despierta de una pesadilla. La niña rompió a llorar y él le dijo:

—Cállate, cállate ya. Te daré dinero.

Pero ella no le prestaba atención y sollozaba. Renardet volvió a decir:

—Pero cállate ya. ¡Ea, cállate! ¡Cállate, pues!

La niña dio un alarido, retorciéndose entre sus brazos para huir.

Renardet comprendió de pronto que estaba perdido y la agarró del cuello para impedir que saliesen de su garganta aquellos gritos desgarradores y espantosos. Pero ella pugnaba por soltarse con la desesperación de un ser que quiere huir de la muerte, y entonces él cerró sus manos de coloso alrededor de aquella frágil garganta henchida de clamores, y de tal manera apretó que la estranguló en pocos momentos, sin propósito de matarla, y sólo por hacerla callar.

Renardet se irguió entonces, loco de horror. Ante él yacía la niña ensangrentada y con la cara ennegrecida. Iba él a echar a correr, pero surgió en su cerebro trastornado el instinto oscuro y misterioso que guía a todos los seres en el momento del peligro.

Fue a tirar el cuerpo al agua, pero otro impulso lo empujó hacia las prendas de vestir de la niña, e hizo con ellas un minúsculo paquete. Lo ató con un cordel que llevaba en el bolsillo y lo escondió en un profundo agujero que hacía el río, debajo de un tronco cuyas raíces bañaban las aguas del Brindille.

Se alejó después a grandes pasos, salió a la pradera, dio un gran rodeo para hacerse ver de algunos campesinos que vivían lejos del lugar del crimen y regresó a su casa para cenar a la hora de todos los días, contando en detalle a sus criados el paseo que había dado.

A pesar de todo, durmió bien aquella noche; durmió con un denso sueño de hombre animalizado, como deben dormir en ocasiones los condenados a muerte. No abrió los ojos hasta las primeras luces del alba, y esperó despierto, atenaceado por el temor de que se descubriese su crimen, hasta la hora en que acostumbraba levantarse.

Más tarde se vio obligado a asistir a todas las diligencias. Actuó como un sonámbulo,

viendo las cosas como en una alucinación, envueltas en nebulosidades de sueño o de borrachera, con el recelo de lo irreal que conturba el espíritu en las horas de las grandes catástrofes.

Pero el grito desgarrador de la madre se le clavó en el corazón. Estuvo a punto de echarse de rodillas a los pies de la vieja, diciéndole a gritos: “¡Yo he sido!” Pero se dominó. Fue, sin embargo, durante la noche a sacar del agua los zuecos de la niña muerta, para dejarlos en el umbral de la puerta de la madre.

Mientras duró la investigación y tuvo necesidad de despistar a la Justicia, se mantuvo sereno, dueño de sí mismo, hábil y sonriente. Discutía tranquilamente con los magistrados todas las hipótesis que se les ocurrían, rebatía sus opiniones, destruía sus razonamientos. Llegó hasta experimentar un placer punzante y doloroso en desconcertar sus pesquisas, embrollar sus ideas y establecer la inocencia de los que ellos tenían por sospechosos.

Pero a partir del día en que se dieron por abandonadas las investigaciones, fue poco a poco creciendo su nerviosismo, se hizo aún más irritable, aunque conseguía dominar sus iras. Cualquier ruido imprevisto lo sobresaltaba de miedo, se estremecía por la cosa más insignificante y bastaba a veces que una mosca se posase en su frente para que un temblor sacudiese su cuerpo de los pies a la cabeza. Se apoderó entonces de él una necesidad imperiosa de movimiento que lo obligaba a dar caminatas increíbles, que lo tuvo en pie noches enteras, paseando de arriba abajo en su habitación.

No era que lo aguijoneasen todavía los remordimientos. En su brutal temperamento no había lugar para delicadezas sentimentales, ni para temores de conciencia. Hombre enérgico y violento inclusive, nacido para guerrear, entrar a saco en los pueblos conquistados y degollar en masa a los vencidos, pletórico de los instintos salvajes del cazador y del guerrero, tenía en poco la vida humana. Aunque respetaba, como medida política, a la Iglesia, no creía en Dios ni creía en el diablo, y no esperaba por consiguiente en otra vida ni castigo ni premio por lo que hubiese hecho en ésta. Sus creencias se reducían a una confusa filosofía en la que entraban todas las ideas de los enciclopedistas del pasado siglo; la religión era para él una especie de sanción moral de la ley, y lo mismo ésta que aquélla eran creaciones del hombre destinadas a regular las relaciones sociales.

El matar a otro en duelo, en la guerra, en una riña, por casualidad, por venganza, por bravuconería, le habría parecido a Renardet una diversión o un acto de gallardía, y no hubiera dejado en su conciencia más huellas que el tiro de escopeta disparado contra una liebre; pero el asesinato de la niña le había producido una emoción profunda. Lo cometió en el delirio de una borrachera irresistible, en una especie de vendaval de la carne que arrastró a su razón. Y al mismo tiempo que el horror y el espanto hacia aquella chiquilla sorprendida y asesinada cobardemente por él, guardaba en su corazón, guardaba en su carne, guardaba hasta en sus dedos de asesino una especie de amor bestial hacia ella. Su pensamiento reproducía a cada instante la horrible escena, y, aunque él se esforzaba por ahuyentar aquella imagen y la apartaba de sí con terror, con asco, la sentía rondar en su cerebro, dar vueltas a su alrededor, acechando constantemente la ocasión de reaparecer.

Tuvo entonces miedo a las noches, miedo a la oscuridad que lo rodeaba. Ignoraba aún el porqué de aquel terror de las tinieblas; era un sentimiento instintivo, porque las

barruntaba preñadas de seres espantables. La claridad del día no es propicia a los miedos. De día se ven los seres y las cosas, y por eso no se tropieza sino con los seres y cosas naturales que pueden mostrarse a la luz del sol. Pero la noche, la noche opaca, más densa que las murallas, pero fuera; la noche infinita, totalmente negra, inmensa, en la que nos pueden rozar cosas espantosas; la noche por la que sentimos cruzar, rondar el terror misterioso, le parecía a Renardet que ocultaba un peligro desconocido, inminente y amenazador. Pero ¿qué peligro?

Pronto iba a saberlo. Una noche en que él estaba en vela, sentado en su sillón a una hora avanzada, le pareció que alguien movía la cortina de su ventana. Aguardó, inquieto, con el corazón palpitante; el cortinaje dejó de moverse; pero, de improviso, se estremeció otra vez; él lo creyó así, por lo menos. No se atrevía a levantarse; no se atrevía ni a respirar, no obstante ser un hombre valeroso que había tenido frecuentes peleas y al que le hubiera agradado descubrir ladrones en su casa.

¿Se movía real y verdaderamente, aquel cortinaje? Recelando un engaño de sus ojos, Renardet se hacía a sí mismo esta pregunta. Era, por lo demás, una cosa tan insignificante, un leve estremecimiento de la tela, una especie de temblor de los pliegues, apenas una ondulación como la que produce el viento. Renardet seguía en su sitio con la vista fija y el cuello en tensión; de pronto se levantó, avergonzado de sus miedos, avanzó cuatro pasos, agarró el cortinaje con las dos manos y lo descorrió ampliamente. No vio al pronto más que los cristales negros, negros como superficies de tinta brillante. Detrás de ellos se extendía la noche, la gran noche impenetrable, hasta el invisible horizonte. Se quedó en pie frente a aquella sombra ilimitada; de improviso, distinguió una luz, una luz que se movía y que parecía lejana. Pegó su cara al cristal, pensando que algún pescador furtivo de cangrejos operaba en Brindille, porque era ya pasada la medianoche y aquella luz se movía siguiendo la margen del río, por debajo de los árboles del oquedal. Como no veía bien, hizo Renardet catalejo con sus dos manos. Bruscamente aquella luz se convirtió en resplandor, y distinguió, tendido en el musgo, el cuerpo desnudo y sangrante de la pequeña Roque.

Retrocedió, crispado de espanto, y cayó de espaldas. Permaneció en el suelo unos minutos con el alma angustiada, pero luego se sentó y se puso a reflexionar. Había sufrido una alucinación y nada más; una alucinación que arrancaba del hecho de que un merodeador nocturno caminaba con su fanal encendido por la orilla del agua. Nada de extraordinario había en que el recuerdo de su crimen le trajese a veces la imagen de la muerta.

Se levantó, bebió un vaso de agua y volvió a sentarse. “¿Qué voy a hacer yo si esto se repite?” Se repetiría, lo barruntaba, tenía la certeza. La ventana atraía otra vez su mirada, lo llamaba, tiraba de él. Dio vuelta a la silla para no verla, cogió un libro y procuró leer, pero no tardó en parecerle que algo se movía a sus espaldas e hizo girar bruscamente el sillón sobre una pata. El cortinaje volvía a moverse; esta vez sí se había movido; ya no podía dudar; se abalanzó hacia él y le dio tan brutal manotón que lo echó abajo con su sostén; pegó luego ansiosamente su cara al cristal. No vio nada. Todo era oscuridad en el exterior; respiró con la satisfacción de un hombre al que acaban de salvar la vida.

Volvió a sentarse; pero casi en seguida se apoderó de él otra vez el ansia de mirar por

la ventana. Desde que se cayó el cortinaje parecía aquella una especie de boca de cueva hecha en el oscuro campo, que atraía y que empavorecía. Para no caer en aquella tentación peligrosa, Renardet se desnudó, apagó las luces, se metió en la cama y cerró los ojos.

Se quedó inmóvil, de espaldas, con el cuerpo caliente y sudoroso, esperando que llegase el sueño. Un gran resplandor atravesó de improviso sus pupilas. Las abrió, creyendo que se había producido un incendio en su casa. Reinaba la más completa oscuridad, y Renardet se apoyó en un codo buscando con la mirada aquella ventana que lo atraía con una fuerza invencible. Consiguió, por fin, localizarla y distinguió algunas estrellas; se levantó de la cama, cruzó a tientas la habitación; sus manos extendidas hacia adelante tropezaron con los cristales y entonces pegó a ellos su cara. Allá lejos, debajo de los árboles, despidiendo un resplandor fosforescente que iluminaba la oscuridad a su alrededor, estaba el cuerpo de la niña.

Renardet lanzó un grito y huyó a su cama, metió la cabeza debajo de la almohada, y así permaneció hasta el amanecer.

Desde ese momento su vida se volvió insoportable. Pasaba los días pensando con terror en las noches, y cada noche se reproducía la visión. Al encerrarse en su cuarto hacía esfuerzos por luchar, pero era inútil. Una fuerza irresistible lo levantaba y lo empujaba en dirección a los cristales como para llamar al fantasma, y en el acto lo descubría, al principio tirado en el suelo, en el lugar mismo del crimen, con los brazos en cruz, las piernas abiertas, tal como el cadáver había sido hallado. Pero luego la muerta se levantaba, caminaba hacia él, pasito a pasito, lo mismo que cuando salió del río. Caminaba hacia él muy despacio, en línea recta, cruzando el césped y el encañado de flores secas; luego se elevaba en el aire en dirección a la ventana de Renardet. Iba hacia él lo mismo que había ido el día del crimen hacia su asesino. Y entonces aquel hombre retrocedía de espaldas, retrocedía hasta llegar a su cama y se desplomaba en ella, convencido de que la pequeña había entrado y de que estaba allí, detrás del cortinaje, y que en seguida empezaría a moverse. Y hasta que amanecía se quedaba con la vista clavada en las cortinas, esperando ver de un momento a otro a su víctima. Pero ésta no se descubría ya; se quedaba detrás de la tela, agitada de cuando en cuando por un leve temblor. Renardet se agarraba a las sábanas con los dedos crispados, y apretaba lo mismo que apretó la garganta de la pequeña Roque. Oía dar las horas y percibía, en el silencio de la noche, el tictac del péndulo junto con los profundos latidos de su corazón. Jamás sufrió ningún hombre lo que sufría aquel desgraciado.

Por fin se dibujaba en el techo una línea blanca que anunciaba la llegada del día; se sentía entonces liberado, solo al fin, sin nadie más que él en la habitación; se metía otra vez en cama y dormía algunas horas con sueño inquieto y febril, y a veces se reproducía también en sueños la pavorosa visión de sus viglias.

Cuando bajaba al comedor para la comida del mediodía, se sentía derrengado, como si hubiese realizado increíbles esfuerzos físicos, y apenas probaba bocado, porque seguía persiguiéndolo el miedo a la que había de volver a ver la noche siguiente.

Sin embargo, Renardet sabía muy bien que no se trataba de una auténtica aparición, porque los muertos no vuelven; sabía que era su alma enferma, su cerebro obsesionado por un pensamiento único, por un recuerdo inolvidable, la causa total de su suplicio, la

que por sí sola evocaba a la muerta, llamándola, poniéndosela ante los ojos, en los que seguía impresa la imagen indeleble. Pero también estaba seguro de que no se curaría, de que no se libraría jamás de la feroz persecución de su víctima y tomó la resolución de morir antes que seguir aguantando aquellas torturas.

Se puso a discurrir en el modo de matarse. Quería hacerlo de una manera sencilla y natural, que no diese pie para que creyesen que se suicidaba. Tenía en mucho su buena reputación, el apellido heredado de sus padres. Si la gente daba en considerar como sospechosa su muerte, esto los llevaría a pensar en el crimen no aclarado todavía y en el asesino que había escapado a las pesquisas, y acabarían acusándolo del hecho nefando.

Se le ocurrió una idea extraña: la de hacerse aplastar por el árbol al pie del cual había asesinado a la pequeña Roque. Tomó, pues, la resolución de talar el oquedal y de simular un accidente fortuito. Pero el haya se obstinó en no romperle la columna vertebral.

Vuelto a su casa, en un arrebatado desatinado de desesperación, echó mano a su revólver, pero al último momento no se atrevió a disparar.

Llegó la hora de la cena, y acabada ésta volvió a su cuarto. No sabía qué hacer. Ahora que había escapado una vez de la muerte, se sentía cobarde. Un rato antes se hallaba dispuesto a todo, firme, decidido, dueño de su valor y de su voluntad; ahora, en cambio, era débil y tenía tanto miedo a la muerte como a la muerta.

—No me atreveré ya, no me atreveré ya —balbucía.

Unas veces miraba con terror el arma que tenía sobre la mesa; y otras, el cortinaje que ocultaba su ventana. Porque ahora temía también que, después de su muerte, ocurriese alguna cosa espantosa. ¿Alguna cosa? ¿Qué? ¿Tal vez el encuentro de los dos? Porque ella lo acechaba, lo esperaba, lo llamaba, y si se le aparecía de aquella manera todas las noches era para, a su vez, apoderarse de él, vengarse de él, impulsándolo a matarse.

Rompió a llorar como un niño, repitiendo:

—No me atreveré ya, no me atreveré ya —cayó de rodillas y balbució—: ¡Dios mío, Dios mío!

Pero sin creer en Dios. Ya no se atrevería, en efecto, a mirar hacia la ventana, en donde sabía que estaba agazapada la aparición, ni hacia su mesa, en la que brillaba el revólver.

Cuando se puso en pie, dijo en voz alta:

—No es posible seguir así, hay que acabar de una vez.

Al resonar su voz en la habitación silenciosa, corrió un escalofrío de miedo por todo su cuerpo; pero como no se decidía a tomar una resolución y estaba seguro de que su mano se negaría a oprimir el gatillo del arma, volvió a taparse la cabeza con las mantas de su cama y se puso a pensar:

Tenía que discurrir algo que lo obligase a morir; tenía que inventar alguna trampa contra sí mismo que no le dejase ya lugar a titubeos, ni a demoras, ni a posibles arrepentimientos. Sentía envidia de los condenados que son conducidos al cadalso entre soldados. ¡Si él pudiese pedir a alguna persona que le metiese una bala en la cabeza! ¡Si él tuviese un amigo seguro que se prestase a matarlo, después de descubrirle su alma, de confesarle el crimen, sin que él lo divulgase! ¿A quién podría pedir este servicio terrible? ¿A quien? Buscó entre sus amigos. ¿El médico? No. Estaba seguro de que se lo contaría

después a los demás. Un singular pensamiento cruzó de improviso por su cerebro. Escribiría al juez de instrucción, íntimo amigo suyo, denunciándose a sí mismo. En aquella carta se lo contaría todo: el crimen, las torturas que sufría, su voluntad de morir, sus vacilaciones y el medio de que echaba mano para fortalecer su valor desfalleciente. En nombre de su vieja amistad, le suplicaría que destruyese la carta en cuanto le llegase la noticia de que el culpable se había hecho justicia a sí mismo. Renardet podía confiar en aquel magistrado, porque sabía que era un hombre seguro, discreto, incapaz de una sola palabra irresponsable. Era uno de esos hombres de conciencia inflexible, gobernada, dirigida, regulada siempre por la razón.

Una extraña alegría invadió su pecho en cuanto hubo trazado este proyecto. Ya estaba tranquilo. Escribiría su carta muy despacio, y cuando alborease la echaría en el buzón que había en la pared de su casa de labranza; subiría luego a su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se alejase con ella, se tiraría de cabeza a las rocas que servían de base a la torre. Antes procuraría que lo vieses los obreros que talaban el bosque. Se subiría al escalón saliente, al que estaba sujeto el mástil de la bandera que se izaba en las grandes solemnidades. Quebraría el mástil de un empujón y aquél lo arrastraría en su caída. ¿Quién iba a poner en duda que había sido un accidente casual? Teniendo en cuenta su peso y la altura de la torre, quedaría muerto en el acto.

Saltó de la cama, se acercó a la mesa y se puso a escribir; no dejó nada, ni un detalle del crimen, ni un detalle de su vida de angustias, ni un detalle de las torturas de su corazón; terminaba anunciando al juez que se había sentenciado a sí mismo, y que iba a proceder a la ejecución del criminal, suplicando a su amigo, a su viejo amigo, que no se mancillase jamás su memoria.

Al terminar su carta vio que ya era de día. La cerró, la lacró, puso la dirección, bajó las escaleras con paso ligero, corrió hasta el buzón pintado de blanco y pegado a la pared que había en el ángulo de su granja, echó dentro aquel papel que le acalabraba la mano, regresó rápidamente, volvió a correr los cerrojos de la puerta principal y subió a lo alto de la torre, para ver pasar al cartero que llevaría su sentencia de muerte.

Estaba ya tranquilo, liberado, a salvo.

Un viento frío, seco, de hielo, rozaba su cara, y él lo aspiraba con avidez, a pleno pulmón, saboreando su helada caricia. El cielo amanecía rojo, de un rojo de incendio, de un rojo invernal, y la llanura toda, blanca de escarcha, brillaba reflejando los rayos solares, como si la hubiesen espolvoreado de azúcar molida. En pie, con la cabeza descubierta, miraba Renardet el extenso panorama, las praderas a la izquierda y a la derecha, el pueblo, cuyas chimeneas empezaban a echar el humo precursor de la primera comida del día.

Veía correr a sus pies el río Brindille, contra cuyas rocas se estrellaría dentro de poco su cuerpo. Se sentía renacer en aquella aurora helada, pletórico de fuerza y de vida. La luz del sol lo envolvía, lo bañaba, lo impregnaba como una esperanza. Lo asaltaban mil recuerdos de otras mañanas parecidas a aquélla, recuerdos de ligeras caminatas sobre la tierra endurecida que resonaba con sus pisadas, de partidas afortunadas de caza bordeando las lagunas en que duermen los patos silvestres. Acudían a su memoria todas las cosas a las que era aficionado, todo lo bueno que tiene la vida, aguijoneándolo con nuevos anhelos, despertando todas las apetencias de su organismo activo y vigoroso.

¿E iba a morir? ¿Por qué razón? ¿Iba a suicidarse por miedo a una sombra? ¿Por miedo a un algo que no existía? ¡Era rico y todavía joven! ¡Qué locura iba a hacer! Le bastaría una distracción, una ausencia, un viaje, para olvidar. Ya la pasada noche no había visto a la niña porque sus pensamientos habían sido llevados por la preocupación hacia rumbos distintos. ¿No podría ser que no la volviese a ver más? Aun suponiendo que ella lo persiguiese dentro de aquella casa, estaba seguro de que no lo seguiría a otros lugares. ¡La tierra era muy grande y el porvenir muy largo! ¿Por qué había de morir?

Su mirada recorría las praderas; distinguió una mancha azul que avanzaba por la senda que bordea el Brindille. Era Mederic, que traía el correo dirigido al pueblo y que se llevaría las cartas depositadas en éste.

Renardet sintió un golpe en el corazón, como si se lo atravesasen de parte a parte, y se lanzó hacia abajo, por la escalera de caracol, para recoger su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba ahora que lo viesen; corría pisando la hierba cubierta por la espuma de hielo tenue de la noche, y llegó al mismo tiempo que el cartero a la esquina de su casa de labor, en que estaba el buzón de las cartas.

El cartero abrió la puertecita de madera y cogió algunos papeles depositados allí por los habitantes del pueblo.

Renardet le habló así:

—Buenos días, Mederic.

—Buenos días, señor alcalde.

—Escuche, Mederic: tengo necesidad de una carta que he echado yo mismo al buzón. Vengo a pedirle que me la entregue.

—Perfectamente, señor alcalde. La tendrá usted.

El cartero levantó la vista y quedó estupefacto al ver la cara de Renardet. Tenía las mejillas amoratadas, los ojos turbios, con grandes ojeras, como hundidos en el cráneo; los cabellos revueltos, la barba enmarañada, la corbata suelta. Se veía a las claras que no se había acostado.

Y entonces Mederic le preguntó:

—¿Está usted enfermo, señor alcalde?

Cayó Renardet en la cuenta de que su aspecto debía resultar extraño, y esto le hizo perder su aplomo, balbuciendo:

—No, no es eso..., sino que me he tirado de la cama para venir a pedirle esa carta... Estaba durmiendo, ¿comprende?

Una vaga sospecha cruzó por el cerebro del antiguo soldado, que le preguntó:

—¿A qué carta se refiere?

A esa que va usted a devolverme.

Pero ya Mederic vacilaba, porque no le parecía natural la actitud del alcalde. Tal vez la carta en cuestión contenía un secreto, un secreto político. Sabía que Renardet no era republicano, y conocía todos los trucos y supercherías a que se recurre en tiempos de elecciones.

Le preguntó, pues:

—¿A quién va dirigida esa carta?

—Al juez de instrucción, al señor Putoin; ya sabe usted que el señor Putoin es amigo

mío.

El cartero buscó entre los papeles y encontró el que el alcalde le pedía. Y se quedó mirándolo, dándole vueltas entre los dedos, titubeando entre el temor de cometer una falta grave y el de hacerse un enemigo en la persona del señor alcalde.

Renardet, al observar sus titubeos, hizo un movimiento para coger la carta y quitársela de las manos. Bastó este gesto brusco para convencer a Mederic de que se trataba de un misterio importante, y esto lo decidió a cumplir con su deber, costase lo que costase.

Echó el sobre dentro de su valija y la cerró, contestándole:

—No puedo hacerlo, señor alcalde. Tratándose de una carta dirigida a la Justicia, no puedo hacerlo.

Una angustia horrible estrujó el corazón de Renardet, y balbució:

—Usted me conoce lo suficiente. Puede incluso comprobar que está escrita de mi puño y letra. Le aseguro que tengo necesidad de ese papel.

—No puede ser.

—Sea razonable, Mederic; sabe usted que yo soy incapaz de engañarlo, y le aseguro que lo necesito.

—No puede ser. No puede ser.

El alma violenta de Renardet se sintió sacudida por un estremecimiento de cólera.

—Cuidado con lo que hace, caracoles. Ya sabe usted cómo las gasto yo, y que me costaría muy poco trabajo hacerle saltar inmediatamente de su empleo, pedazo de mamarracho. Después de todo, yo soy el alcalde y le ordeno que me entregue ese papel.

El cartero le replicó con firmeza:

—¡No, señor alcalde; no puedo hacerlo!

Renardet perdió entonces la cabeza y lo agarró del brazo con intención de quitarle la valija; pero el cartero se desembarazó de un tirón, y al mismo tiempo que retrocedía blandió su bastón de acebo, diciendo sentenciosamente y sin perder la calma:

—¡Cuidado con ponerme la mano encima, señor alcalde, porque lo sacudo! Ándese con cuidado. ¡Yo cumplo con mi deber, y nada más!

Renardet, que se vio perdido, se hizo humilde, cariñoso, gimoteando como niño que llora:

—Amigo mío, sea usted razonable; devuélvame esa carta; yo se lo agradeceré; le daré cien francos, ¿me comprende? ¡Cien francos!

El cartero le volvió la espalda y echó a andar. Renardet fue tras él, jadeante, balbuceando:

—Mederic, Mederic, escúcheme; le daré mil francos, ¿me oye?, mil francos.

Pero el otro seguía caminando, sin contestarle. Renardet volvió a decir:

—Lo haré a usted rico, ¿me oye? Le daré lo que me pida... Cincuenta mil francos... Cincuenta mil francos por esa carta... Pero ¿qué inconveniente tiene usted?... ¿Por qué no quiere?... Le daré cien mil..., óigame..., cien mil francos... ¿Me comprende?... Cien mil francos, cien mil francos.

El cartero se volvió hacia él, con gesto duro y mirada severa:

—Basta ya, si no quiere usted que repita al juez todo lo que acaba de decirme.

Renardet se detuvo en seco. Se acabó. Ya no quedaba ninguna esperanza. Dio media vuelta y echó a correr hacia su casa, galopando como animal perseguido.

Fue entonces Mederic el que hizo alto, y contempló estupefacto aquella fuga. Vio entrar al alcalde en su casa y se quedó esperando, como quien está seguro de que va a producirse algún acontecimiento inesperado.

En efecto, la alta figura de Renardet apareció en la cúspide de la torre del Zorro. Corrió alrededor de aquella plataforma como un loco; después, se agarró al mástil de la bandera y le dio varias sacudidas furiosas, sin conseguir quebrarlo, y de pronto, como un nadador que se tira al agua de cabeza, se precipitó en el vacío con las dos manos hacia adelante.

Mederic se lanzó a todo correr para prestarle socorro. Cuando cruzaba el parque vio a los leñadores que se dirigían al trabajo. Los llamó a gritos, diciéndoles lo que ocurría; encontraron al pie del muro un cuerpo ensangrentado, cuya cabeza se había deshecho al chocar contra una roca, rodeada por todas partes por el río Brindille, que allí se ensanchaba. Un largo reguero color de rosa, mezcla de sangre y de sesos, se perdía en sus aguas serenas y transparentes.

MOIRON

Como seguían hablando de Pranzini, el señor Maloureau, que había sido fiscal del Supremo con el Imperio, nos dijo:

—¡Oh! Yo intervine, en tiempos, en un asunto muy curioso, curioso por varios extremos, como van a ver ustedes.

“Yo era en ese momento fiscal en provincia, y muy bienquisto, gracias a mi padre, presidente de la Audiencia en París. Ahora bien, tuve que tomar la palabra en una causa que se hizo célebre con el nombre de caso del maestro Moiron.

“El señor Moiron, maestro en el norte de Francia, gozaba en toda la comarca de excelente reputación. Hombre inteligente, reflexivo, muy religioso, un poco taciturno, se había casado en el municipio de Boislinot, donde ejercía su profesión. Había tenido tres hijos, muertos sucesivamente del pecho.

“A partir de ese momento, pareció consagrar a la chiquillería confiada a sus cuidados toda la ternura escondida en su corazón. Compraba, de su bolsillo, juguetes para sus mejores alumnos, para los más buenos y amables; les daba de merendar, atiborrándolos de golosinas, dulces y pasteles. Todo el mundo quería y alababa a aquel hombre tan bueno, de tan gran corazón, cuando, de repente, cinco de sus alumnos murieron de una forma rara. Se pensó en una epidemia procedente del agua corrompida por la sequía; se buscaron las causas sin descubrirlas, tanto más cuanto que los síntomas parecían de lo más extraños. Los niños aparentaban una enfermedad de postración, dejaban de comer, se quejaban de dolores de barriga, iban tirando así cierto tiempo, y después expiraban en medio de abominables sufrimientos.

“Se hizo la autopsia del último muerto sin encontrar nada. Las vísceras enviadas a París fueron analizadas y no revelaron la presencia de ninguna sustancia tóxica.

“Durante un año no pasó nada, y después dos niños pequeños, los mejores alumnos de la clase, los preferidos de Moiron, expiraron en cuatro días. Se prescribió el examen de los cuerpos y se descubrió, tanto en uno como en otro, fragmentos de vidrio machacado incrustados en los órganos. Se llegó a la conclusión de que los dos críos habrían comido imprudentemente algún alimento en malas condiciones. Bastaba con que un vaso se hubiera roto encima de un cuenco de leche para producir aquel espantoso accidente, y el asunto no hubiera pasado de ahí si la criada de Moiron no hubiera caído enferma en aquel momento. El médico al que llamaron comprobó las mismas señales mórbidas que en los niños anteriormente afectados, la interrogó y obtuvo la confesión de que había robado y comido unos caramelos comprados por el maestro para sus alumnos.

“Por mandato judicial se hizo un registro en la escuela, y se descubrió un armario lleno de juguetes y de golosinas destinados a los niños. Ahora bien, casi todos aquellos comestibles contenían fragmentos de vidrio o trozos de agujas rotas.

“Moiron, detenido en seguida, pareció tan indignado y estupefacto por las sospechas que pesaban sobre él que estuvieron a punto de soltarlo. Sin embargo, aparecían indicios de su culpabilidad que combatían en mi ánimo mi convicción inicial, basada en su

excelente reputación, en su vida entera y en la inverosimilitud, en la carencia total de motivos que provocaran semejante crimen.

“¿Por qué aquel hombre bueno, sencillo, religioso, iba a matar a unos niños, y a los niños que más parecía querer, a quienes mimaba, a quienes atiborraba de golosinas, para quienes gastaba en juguetes y caramelos la mitad de su sueldo?

“Para admitir este acto, ¡había que suponer una locura! Pero Moiron parecía tan razonable, tan tranquilo, tan lleno de juicio y de sentido común, que la locura parecía imposible de probar en su caso.

“¡Y, sin embargo, se acumulaban las pruebas! Se demostró que caramelos, pasteles, melcochas y otros géneros recogidos en los productores donde se surtía el maestro de escuela no contenían ningún fragmento sospechoso.

“Él pretendió entonces que un enemigo ignorado había debido de abrir su armario con una llave falsa para introducir el vidrio y las agujas en las golosinas. Y supuso toda una historia de herencias que dependían de la muerte de un niño, decidida y buscada por un campesino cualquiera y lograda así, haciendo recaer las sospechas sobre el maestro. Aquel animal, decía, no se había preocupado de los otros desdichados niños que morirían también.

“Era posible. El hombre parecía tan seguro de sí y tan desolado que sin duda lo hubiéramos absuelto, a pesar de los cargos que pesaban sobre él, de no haber hecho dos descubrimientos abrumadores, uno tras otro.

“El primero, ¡una tabaquera llena de vidrio machacado! ¡Su tabaquera, en un cajón secreto del escritorio donde guardaba el dinero!

“Explicó de nuevo este hallazgo de una forma casi aceptable, como una suprema astucia del verdadero culpable ignorado, pero un mercero de Saint-Marlouf se presentó al juez de instrucción contándole que un caballero había comprado en su tienda agujas, en varias ocasiones, las agujas más finas que había podido encontrar, rompiéndolas para ver si le gustaban.

“El mercero, puesto ante una docena de personas, reconoció a la primera a Moiron. Y la investigación reveló que el maestro, en efecto, había ido a Saint-Marlouf los días señalados por el comerciante.

“Omito las terribles declaraciones de los niños sobre la elección de las golosinas y el cuidado de que se las comieran delante de él y de eliminar los menores rastros.

“La opinión pública, exasperada, reclamaba la pena capital, y adquiría esa fuerza de creciente terror que arrolla todas las resistencias y las vacilaciones.

“Moiron fue condenado a muerte. Después se rechazó su apelación. Sólo le quedaba la petición de indulto. Supe por mi padre que el emperador no se lo concedería.

“Ahora bien, una mañana estaba yo trabajando en mi despacho cuando me anunciaron la visita del capellán de la cárcel.

“Era un anciano sacerdote que tenía un gran conocimiento de los hombres y estaba muy acostumbrado a los criminales. Parecía turbado, molesto, inquieto. Tras haber charlado unos minutos de esto y aquello, me dijo bruscamente, al levantarse:

“—Si Moiron es decapitado, señor fiscal, habrá dejado usted que ejecuten a un inocente.

“Y después, sin despedirse, salió, dejándome profundamente impresionado por sus palabras. Las había pronunciado de forma emocionante y solemne, entreabriendo, para salvar una vida, sus labios cerrados y sellados por el secreto de confesión.

“Una hora después salía yo para París, y mi padre, advertido por mí, pidió inmediatamente una audiencia al emperador.

“Me recibió al día siguiente. Su Majestad trabajaba en un saloncito cuando nos introdujeron allí. Expuse todo el asunto hasta la visita del sacerdote, y estaba a punto de contarla cuando se abrió una puerta detrás del sillón del soberano, y la emperatriz, que lo creía solo, apareció. Napoleón la consultó. En cuanto estuvo al tanto de los hechos, ella exclamó:

“— Hay que indultar a ese hombre. ¡Es preciso, ya que es inocente!

“¿Por qué esta repentina convicción de una mujer tan piadosa sembró en mi mente una terrible duda?

“Hasta entonces yo había deseado ardientemente una conmutación de la pena. Y de repente me sentí juguete, víctima de un criminal astuto que había empleado al sacerdote y la confesión como último medio de defensa.

“Expuse mis vacilaciones a Sus Majestades. El emperador seguía indeciso, incitado por su bondad natural y retenido por el temor de dejarse burlar por un miserable; pero la emperatriz, convencida de que el sacerdote había obedecido a una inspiración divina, repetía: «¡Qué importa! ¡Más vale perdonar a un culpable que matar a un inocente!» Su opinión triunfó. La pena de muerte fue conmutada por la de trabajos forzados.

“Ahora bien, unos años después me enteré de que Moiron, cuya conducta ejemplar en el presidio de Tolón se le había señalado de nuevo al emperador, estaba empleado como criado del director del centro penitenciario.

“Después no volví a oír hablar de aquel hombre durante mucho tiempo.

“Ahora bien, hace unos dos años, cuando pasaba el verano en Lila, en casa de mi primo De Larielle, me avisaron una noche, en el momento de sentarme a la mesa para cenar, que un joven sacerdote deseaba hablarme.

“Ordené que lo hicieran entrar, y me suplicó que acudiera al lado de un moribundo que deseaba verme con urgencia. Eso me había ocurrido a menudo durante mi larga carrera de magistrado y, aunque apartado por la República, aún me llamaban de vez en cuando en tales circunstancias.

“Seguí, pues, al eclesiástico, que me hizo subir a un alojamiento miserable, bajo los tejados de una alta casa obrera.

“Allí encontré, sobre un jergón, a un extraño agonizante, sentado, con la espalda contra la pared, para respirar.

“Era una especie de esqueleto gesticulante, con ojos profundos y relucientes.

“En cuanto me vio, murmuró:

“— ¿No me reconoce?

“— No.

“— Soy Moiron.»

“Sentí un estremecimiento, y pregunté:

“— ¿El maestro?

“—Sí.

“—¿Cómo se encuentra usted aquí?

“—Sería demasiado largo. No tengo tiempo... Iba a morir... me trajeron este cura... y como sabía que usted estaba aquí, he mandado a buscarle... Es con usted con quien quiero confesarme... ya que me salvó la vida... en tiempos.

“Apretaba con sus manos crispadas la paja de su jergón, a través de la tela. Y prosiguió con voz ronca, enérgica y baja.

“—Eso es... Le debo a usted la verdad... a usted... pues es preciso contársela a alguien antes de dejar esta tierra.

“Fui yo quien mató a los niños:... a todos... Fui yo... ¡por venganza! Escuche. Yo era un hombre honrado, honradísimo... muy honrado, muy puro —adoraba a Dios, al Dios Bueno, al Dios que nos enseñan a amar, y no al Dios falso, al verdugo, al ladrón, al asesino que gobierna la tierra—. No había hecho daño a nadie, jamás había cometido un acto ruin. Yo era tan puro como pocos, señor.

“Una vez casado, tuve hijos y empecé a amarlos como jamás un padre o una madre amó a los suyos. Sólo vivía para ellos. Los adoraba. ¡Y murieron los tres! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo? Me rebelé, me rebelé furiosamente; y después de repente abrí los ojos como cuando uno se despierta; y comprendí que Dios es malo. ¿Por qué había matado a mis hijos? Abrí los ojos, y vi que le gusta matar. Sólo le gusta eso, caballero. ¡Sólo da la vida para destruirla! Dios, caballero, es un asesino. Todos los días necesita muertos. Y se los procura de todas las maneras, para divertirse más. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para divertirse tranquilamente a lo largo de los meses y los años; y además, cuando se aburre, tiene las epidemias, la peste, el cólera, las anginas, la viruela; ¿acaso sé yo todo lo que ha ideado ese monstruo? Y no le bastaba con eso, ¡todos esos males se parecen!, y se permite guerras de vez en cuando, para ver a doscientos mil soldados en el suelo, aplastados entre sangre y lodo, reventados, con los brazos y las piernas arrancados, las cabezas rotas por bolas como huevos que caen sobre una carretera.

“Y eso no es todo. Ha hecho que los hombres se devoren entre sí. Y además, como los hombres se vuelven mejores que él, ha hecho a los animales para ver a los hombres cazarlos, degollarlos y alimentarse con ellos. Y eso no es todo. Ha hecho esos animalillos que viven un día, las moscas, que mueren a millones en una hora, las hormigas que se aplastan, y otros, muchos, tantos que no podemos imaginárnoslos. Y todo eso se mata entre sí, se da mutua caza, se devora entre sí y muere sin cesar. Y el buen Dios mira y se divierte, pues lo ve todo, a los grandes y a los pequeños, a los que están en las gotas de agua y a los de otras estrellas. Los mira y se divierte. ¡Qué canalla!

“Y entonces yo, caballero, también maté a niños. Le gasté esa mala pasada. Con esos no pudo él. No pudo él, fui yo. Y habría matado otros muchos, pero usted me cogió. ¡Ahí tiene!

“Yo iba a morir guillotinado. ¡Yo! ¡Cómo se habría reído ese reptil! Entonces pedí un sacerdote, y mentí. Me confesé. Mentí; y he vivido.

“Ahora se acabó. No puedo ya escapar de él. Pero no le tengo miedo, caballero, lo desprecio demasiado.

“Era espantoso ver al infeliz que jadeaba, hablaba entre hipos, abriendo una boca

enorme para escupir a veces palabras que apenas se entendían, y tenía estertores, y arrancaba la tela de su jergón, y agitaba, bajo una manta casi negra, sus piernas flacas, como para escapar.

“¡Oh! ¡Qué horrible ser y qué horrible recuerdo!

“Le pregunté.

“¿No tiene usted nada más que decir?

“—No, señor.

“—Pues entonces, adiós.

“—Adiós, caballero, un día u otro...

“Me volví hacia el sacerdote, lívido y que pegaba a la pared su alta silueta oscura:

“— ¿Se queda usted, señor cura?

“—Me quedo.

“Entonces el moribundo rió burlonamente:

“— Sí, sí, él envía sus cuervos sobre los cadáveres.

“Yo ya tenía bastante; abrí la puerta y escapé.”

EL OLIVAR

I

Cuando los hombres del puerto, del puertecino provenzal de Garandou, al fondo de la bahía de Fisca, entre Marsella y Tolón, divisaron la barca del padre Vilbois que volvía de la pesca, bajaron a la playa para ayudar a sacar la embarcación.

El cura estaba solo, y remaba como un auténtico marinero, con una energía extraordinaria a pesar de sus cincuenta y ocho años. Las mangas remangadas sobre los brazos musculosos, la sotana levantada por abajo y sujeta entre las rodillas, algo desabrochada sobre el pecho, la teja en el banco de al lado, y tocado con un sombrero acampanado de corcho recubierto con tela blanca, parecía un fornido y extravagante eclesiástico de los países cálidos, más hecho para las aventuras que para decir misa.

De vez en cuando, miraba hacia atrás para identificar bien el punto de atraque, y después, recomenzaba a remar, de forma rítmica, metódica y fuerte, para demostrar, una vez más, a aquellos malos marineros del Sur, cómo bogan los hombres del Norte. La barca tocó la arena con fuerte impulso y se deslizó como si fuera a subir toda la playa hundiendo en ella la quilla; después se paró en seco, y los cinco hombres que contemplaban la llegada del cura se acercaron, afables, satisfechos, simpáticos con el sacerdote.

«¿Qué?, —dijo uno con su fuerte acento de Provenza—, ¿buena pesca, señor cura?»

El padre Vilbois metió los remos, se quitó el sombrero acampanado para tocarse con la teja, se bajó las mangas sobre los brazos, se abrochó la sotana, y después, habiendo recuperado su aspecto y su prestancia de párroco de pueblo, respondió con orgullo:

«Sí, sí, muy buena, tres lubinas, dos morenas y unos cuantos jureles.»

Los cinco pescadores se habían acercado a la barca, e inclinados sobre la borda, examinaban, con aire de entendidos, los bichos muertos, las lubinas gruesas, las morenas de cabeza plana, repugnantes serpientes de mar, y los jureles violetas estriados en zigzag por franjas doradas del color de la piel de naranja.

Uno de ellos dijo:

«Voy a ayudarle a llevar todo eso a su casa, señor cura.»

«Gracias; muchacho.»

Tras estrechar las manos, el sacerdote se puso en camino, seguido por un hombre y dejando a los demás al cuidado de su embarcación.

Marchaba a pasos largos y lentos, con un aire de fuerza y de dignidad. Como aún estaba acalorado por haber remado con tanto vigor, se destocaba a veces al pasar bajo la sombra leve de los olivos, para ofrecer al aire de la tarde, siempre tibio, pero un poco refrescado por una vaga brisa del mar abierto, su frente cuadrada, coronada de pelo blanco, tieso y corto, una frente de oficial más bien que una frente de cura. El pueblo aparecía sobre una loma, en medio de un ancho valle que descendía en llanura hacia el mar.

Era una tarde de julio. El sol deslumbrador, a punto de tocar la dentada cresta de las colinas remotas, proyectaba oblicuamente sobre la blanca carretera, enterrada bajo un sudario de polvo, la interminable sombra del eclesiástico cuya teja desmesurada paseaba por el campo contiguo una mancha oscura que parecía jugar a trepar ágilmente por todos los troncos de olivos que encontraba, para caer enseguida al suelo, donde se arrastraba entre los árboles.

Bajo los pies del padre Vilbois, una nube de fino polvo, de esa harina impalpable que cubre, en verano, los caminos provenzales, se elevaba, humeando en torno a la sotana que velaba y cubría, por abajo, de un tono gris cada vez más claro. Caminaba, ya refrescado y con las manos en los bolsillos, con la marcha lenta y poderosa de un montañés que hace una ascensión. Sus ojos tranquilos contemplaban el pueblo, su pueblo, cuyo párroco era desde hacía veinte años, pueblo elegido por él, obtenido como un gran favor, y donde pensaba morir. La iglesia, su iglesia, dominaba el ancho cono de casas agolpadas a su alrededor, con sus dos torres de piedra parda, desiguales y cuadradas, que erguían en aquel hermoso vallecito meridional sus antiguas siluetas, más parecidas a defensas de un castillo que a campanarios de un monumento sagrado.

El sacerdote estaba contento, pues había pescado tres lubinas, dos morenas y unos cuantos jureles.

Tendría ese nuevo y pequeño triunfo ante sus feligreses, él, a quien respetaban sobre todo por ser, a pesar de su edad, el hombre más musculoso del pueblo. Estas ligeras vanidades inocentes eran su mayor placer. Su puntería con la pistola le permitía cortar los tallos de las flores, a veces practicaba la esgrima con el estanquero, su vecino, ex-ayudante del maestro de armas de un regimiento, y nadaba mejor que nadie en la costa.

Era además un ex-hombre de mundo, muy conocido en tiempos, muy elegante, el barón de Vilbois, que se había hecho cura, a los treinta y dos años, a consecuencia de un desengaño amoroso.

Descendiente de una antigua familia picarda, monárquica y religiosa, que desde hacía siglos consagraba sus hijos al ejército, a la magistratura o al clero, pensó primero en tomar los hábitos por consejo de su madre, y después, a instancias de su padre, se decidió simplemente a trasladarse a París, estudiar derecho, y buscar un importante empleo en la curia.

Pero mientras terminaba sus estudios, su padre sucumbió de una neumonía, de resultas de unas cacerías en los pantanos, y su madre, embargada de dolor, murió poco tiempo después. Así, pues, al haber heredado de pronto una gran fortuna, renunció a sus proyectos de seguir una carrera, para contentarse con vivir como un hombre rico. Guapo, inteligente, aunque de un espíritu limitado por creencias tradicionales y principios tan hereditarios como sus músculos de hidalgo picardo, gustó, tuvo éxito entre la gente seria, y disfrutó de la vida como un hombre joven, rígido, opulento y considerado. Pero he aquí que tras algunos encuentros en casa de un amigo, se enamoró de una joven actriz, de una jovencísima alumna del Conservatorio, que se presentaba brillantemente en el Odeón.

Se enamoró con toda la violencia, con todo el arrebato de un hombre nacido para creer en ideas absolutas. Se enamoró viéndola a través del papel novelesco con el que

había obtenido, el mismo día en que se mostró por vez primera al público, un gran éxito. Ella era bonita, perversa por naturaleza, con un aire de niña ingenua que él calificaba de angelical. Supo conquistarlo por completo, convertirlo en uno de esos locos delirantes, uno de esos extasiados dementes a quienes una mirada o unas faldas de mujer abrasan en la hoguera de las Pasiones Mortales. La tomó por amante, la obligó a dejar el teatro, y la amó, durante cuatro años, con ardor siempre creciente. Seguramente, a pesar de su apellido y de las tradiciones honorables de su familia, habría acabado casándose con ella, de no haber descubierto, un día, que lo engañaba desde hacía tiempo con el amigo que se la había presentado.

El drama fue tanto más terrible cuanto que ella estaba encinta, y que él esperaba el nacimiento del niño para decidirse al matrimonio.

Cuando tuvo entre sus manos las pruebas, unas cartas, encontradas en un cajón, le reprochó su infidelidad, su perfidia, su ignominia, con toda la brutalidad del semisalvaje que era.

Pero ella, hija de las aceras de París, tan imprudente como impúdica, tan segura del otro hombre como de éste, y además atrevida como esas hijas del pueblo que se encaraman a las barricadas por simple chulapería, lo desafió y le insultó; y cuando él alzaba la mano, le mostró su vientre.

El se detuvo, palideciendo, pensó que un descendiente suyo estaba allí, en aquella carne mancillada, en aquel cuerpo vil, en aquella criatura inmunda, ¡un hijo suyo! Entonces se abalanzó sobre ella para aplastarlos á ambos, para aniquilar aquella doble vergüenza. Ella tuvo miedo, sintiéndose perdida, y cuando rodaba por el suelo bajo sus puños, cuando veía su pie dispuesto a golpear en el suelo la cadera abultada donde vivía ya un embrión humano, le gritó, con las manos alargadas para parar los golpes: «No me mates. No es tuyo, es de él.»

Retrocedió de un salto, tan estupefacto, tan trastornado que su furia quedó en suspenso como su tacón, y balbució: «¿Qué... qué dices?»

Ella, de repente loca de miedo ante la muerte entrevista en los ojos y en el gesto aterradores de aquel hombre, repitió: «No es tuyo, es de él.»

El murmuró, apretando los dientes, anonadado: «¿El niño?

—Sí.

Y de nuevo esbozó el gesto del pie que va a aplastar a alguien, mientras su amante, de rodillas, tratando de retroceder, seguía balbuciendo: «Te aseguro que es de él. Si fuera tuyo, ¿no lo habría tenido ya hace tiempo?»

Este argumento lo impresionó como la verdad misma. En uno de esos relámpagos de la mente donde todos los razonamientos aparecen al mismo tiempo con iluminadora claridad, concretos, irrefutables, concluyentes, irresistibles, se convenció, estuvo seguro de que él no era el padre del miserable hijo de zorra que ella llevaba en las entrañas; y aliviado, liberado, casi apaciguado de pronto, renunció a destruir a aquella infame criatura.

Entonces le dijo con voz más tranquila: «Levántate, márchate, y que no te vuelva a ver nunca.»

Ella obedeció, vencida, y se marchó.

No volvió a verla jamás.

El partió por su lado. Bajó hacia el Sur, hacia el sol, y se detuvo en un pueblo, que se alzaba en el centro de un valle, a orillas del Mediterráneo. Le gustó una posada que daba al mar; cogió una habitación y se quedó. Estuvo allí dieciocho meses, con su pesar, con su desesperación, en total aislamiento. Vivió con el recuerdo devorador de la mujer traidora, de su encanto, de su fingimiento, de su embrujo inconfesable, y con la nostalgia de su presencia y sus caricias.

Vagaba por los vallecitos provenzales, paseando al sol tamizado por las grisáceas hojitas de los olivos su pobre cabeza enferma donde moraba una obsesión.

Pero las antiguas ideas piadosas, el ardor algo apaciguado de su fe inicial volvieron muy suavemente a su corazón en aquella dolorosa soledad. La religión, que le había parecido en tiempos un refugio contra la vida desconocida, se le aparecía ahora como un refugio contra la vida engañosa y torturadora. Había conservado el hábito de rezar. Se aferró a él en su pesar, y a menudo iba, al atardecer, a arrodillarse en la iglesia en sombras donde sólo brillaba, al fondo del coro, el punto luminoso de la lámpara, centinela sagrada del santuario, símbolo de la presencia divina.

Confió su pena a Dios, a su Dios, y le contó toda su miseria. Le pedía consejo, compasión, auxilio, protección, consuelo, y en su oración, repetida cada día con mayor fervor, ponía cada vez una emoción más intensa.

Su corazón martirizado, roído por el amor de una mujer, seguía abierto y palpitante, ávido de ternura; y poco a poco, a fuerza de rezar, de vivir como un ermitaño con crecientes hábitos de piedad, de abandonarse a esa comunicación secreta de las almas devotas con el Salvador que consuela y atrae a los miserables, el amor místico de Dios entró en él y venció al otro.

Entonces reanudó sus primeros proyectos, y decidió ofrecer a la Iglesia una vida rota que había estado a punto de entregarle virgen.

Y se hizo sacerdote. Gracias a su familia, a sus relaciones, consiguió que lo nombrasen párroco de aquel pueblo provenzal al que el azar lo había arrojado y, consagrando a obras de beneficencia gran parte de su fortuna, conservando sólo lo necesario para ser hasta su muerte útil a los pobres y compasivo con ellos, se refugió en una tranquila existencia de prácticas piadosas y de entrega a sus semejantes.

Fue un sacerdote de miras estrechas, pero bueno, una especie de guía religioso con temperamento de soldado, un guía de la iglesia que conducía a la fuerza por el camino recto a la humanidad errante, ciega, perdida en esta selva de la vida donde todos nuestros instintos, nuestros gustos, nuestros deseos, son senderos que nos extravía. Pero buena parte del hombre antiguo seguía viviendo en él. No dejaron de gustarle los ejercicios violentos, los deportes nobles, las armas, y detestaba a las mujeres, a todas, con un miedo de niño ante un misterioso peligro.

II

El marinero que seguía al sacerdote sentía en la lengua unas ganas muy meridionales

de charlar. No se atrevía, pues el sacerdote disfrutaba entre su grey de gran prestigio. Al final se aventuró.

«Entonces, dijo, ¿se encuentra usted a gusto en la alquería, señor cura?»

Esta alquería era una de esas casas microscópicas donde los provenzales de ciudades y pueblos van a residir, en verano, para tomar el aire. El sacerdote había alquilado la casita en un campo, a cinco minutos de la rectoral, demasiado pequeña y como ahogada en el centro de la parroquia, pegada a la iglesia.

No habitaba con regularidad, ni siquiera en verano, en el campo; iba sólo a pasar allí unos días de vez en cuando, para vivir en plena vegetación y tirar al blanco con la pistola.

«Sí, amigo mío, dijo el sacerdote, me encuentro muy a gusto.»

La pequeña vivienda aparecía, construida en medio de los árboles, pintada de rosa, listada, cuadriculada, cortada en pedacitos por las ramas y las hojas de los olivos plantados en el campo sin cercado, donde parecía haber brotado como una seta de Provenza.

Se veía también una mujer alta que circulaba ante la puerta preparando una mesita para la cena donde colocaba cada vez que volvía, con metódica lentitud, un solo cubierto, un plato, una servilleta, un trozo de pan, un vaso. Iba tocada con el gorrito de las arlesianas, puntiagudo cono de seda o de terciopelo negro sobre el que florece una seta blanca.

Cuando el sacerdote estuvo a tiro de voz, le gritó: «¡Eh! ¡Marguerite!»

Ella se detuvo para mirar y, reconociendo a su amo: «¡To! ¿Es usted, señor cura?

—Sí. Le traigo una buena pesca, me va usted a asar ahora mismo una lubina, una lubina con mantequilla, sólo con mantequilla, ¿me entiende?» La sirvienta, que había salido al encuentro de los hombres, examinaba con mirada experta los peces que llevaba el marinero.

«Es que ya tenemos gallina con arroz, —dijo.

—Lo siento, pero el pescado de un día no es lo mismo que el pescado recién sacado del agua. Me daré un banquete, cosa que no ocurre todos los días; y además, el pez no es muy grande.»

La mujer escogía la lubina, y cuando ya se iba, llevándosela, se volvió: «¡Ah! Ha venido un hombre en su busca tres veces, señor cura.»

El preguntó con indiferencia: «¿Un hombre? ¿Qué tipo de hombre?

—Pues un hombre no muy recomendable.

—¿Cómo? ¿Un mendigo?

—A lo mejor, sí, no digo que no. Más bien diría un maófatan.»

El padre Vilbois se echó a reír de aquella palabra provenzal, que significa maleante, merodeador de caminos, pues conocía el alma timorata de Marguerite que no podía residir en la alquería sin imaginarse durante todo el día y sobre todo por la noche que los iban a asesinar.

Dio unas monedas al marinero, que se marchó, y mientras decía, pues había conservado todos los hábitos de limpieza y porte de un hombre de mundo: «Voy a mojarme un poco la cara y las manos», Marguerite le gritó desde la cocina, donde rascaba a contrapelo, con un cuchillo, el lomo de la lubina, cuyas escamas un poco manchadas de

sangre se despegaban como íntimas piecitas de plata: «¡Ahí lo tiene!»

El sacerdote se volvió hacia la carretera y vio en efecto a un hombre, que le pareció, desde lejos, muy mal vestido, y que se acercaba, a pasitos cortos, a la casa. Lo esperó, riéndose aún del terror de su criada, y pensando: «A fe mía, creo que tiene razón, tiene toda la pinta de un maoufatan.»

El desconocido se acercaba con las manos en los bolsillos, los ojos clavados en el sacerdote, sin apresurarse. Era joven, llevaba barba, rizada y rubia; mechones de cabellos se rizaban en bucles al salir de un sombrero de fieltro blando, tan sucio y abollado que nadie habría podido adivinar su color y su forma iniciales. Llevaba un largo gabán marrón, unos pantalones desflecados en torno a los tobillos, y calzaba alpargatas, lo cual le imprimía unos andares blandos, mudos, inquietantes, un paso imperceptible de merodeador.

Cuando estuvo a unas zancadas del eclesiástico, se quitó el pingajo que le cubría la frente, destocándose con un aire un poco teatral, y mostrando una cabeza ajada, libertina y hermosa, calva en lo alto del cráneo, señal de cansancio o de precoz desenfreno, pues seguramente el hombre no contaba más de veinticinco años.

El sacerdote se destocó al punto, adivinando y sintiendo que aquel no era un vagabundo corriente, un obrero sin trabajo o alguien con antecedentes penales errante entre dos cárceles y que ya no sabe hablar más que el misterioso lenguaje de los presidios.

«Buenos días, señor cura», —dijo el hombre.

El sacerdote respondió simplemente:

«¡Hola!», —no queriendo llamar «señor» a aquel transeúnte sospechoso y desharrapado. Se contemplaban fijamente y el padre Vilbois, ante la mirada de aquel merodeador, se sentía turbado, emocionado como frente a un enemigo desconocido, invadido por una de esas extrañas inquietudes que se deslizan como un escalofrío en la carne y la sangre.

Al final, el vagabundo prosiguió:

—¿Qué? ¿No me reconoce?

El sacerdote, muy extrañado, respondió:

—No, en absoluto, no le conozco de nada.

—Ah, conque no me conoce de nada. ¡Míreme bien!

—Por mucho que le mire, no le he visto nunca.

—Eso es cierto —prosiguió el otro, irónico—, pero voy a enseñarle a alguien a quien usted conoce bien.» Se caló el sombrero y se desabrochó el gabán. Su pecho estaba desnudo, debajo. Un cinturón rojo, atado a su flaco vientre, le sujetaba el pantalón por encima de las caderas.

Se sacó del bolsillo un sobre, uno de esos inverosímiles sobres jaspeados por todas las manchas posibles, uno de esos sobres que guardan, en los forros de los pordioseros errantes, esos pocos papeles, auténticos o falsos, robados o legítimos, preciosos defensores de su libertad cuando tropiezan con un gendarme. Sacó una fotografía, una de esas cartulinas del tamaño de una carta, que se hacían con frecuencia antaño, amarillenta, gastada, arrastrada mucho tiempo por doquier, calentada contra la carne del hombre y empañada por su calor.

Entonces, levantándola a la altura de su cara, preguntó:

— ¿Y a éste, lo conoce?

El sacerdote dio dos pasos para ver mejor y se quedó pálido, trastornado, pues era su propio retrato, hecho para ella en la remota época de su amor.

No respondió nada, pues no comprendía.

El vagabundo repitió:

— ¿Reconoce, a éste?

Y el sacerdote balbució:

— Claro que sí.

— ¿Quién es?

— Yo.

— ¿Usted mismo?

— Claro que sí.

— ¡Muy bien! Pues mírenos, a los dos, ahora, ¡a su retrato y a mí!

Ya lo había visto, el pobre hombre, había visto que aquellos dos seres, el de la cartulina y el que se reía a su lado, se parecían como dos hermanos, pero seguía sin comprender, y tartamudeó:

— ¿Qué quiere usted de mí, a fin de cuentas?

— Entonces, el pordiosero, con voz maligna:

— ¿Qué qué quiero? Pues quiero que en primer lugar me reconozca.

— ¿Quién es usted?

— ¿Lo que soy? Pregúnteselo a cualquiera en el camino, pregúnteselo a su criada, vamos a preguntárselo al alcalde del pueblo si quiere, enseñándole esto; y se reirá con ganas, se lo digo yo. ¡Ah! ¡Conque no quiere usted reconocer que soy su hijo, papá cura!

Entonces el anciano, alzando los brazos con un gesto bíblico y desesperado, gimió:

— ¡No es cierto!

El joven se acercó mucho a él, frente a frente.

— ¡Ah, no es cierto. ¡Ah!, padre cura, hay que dejar de mentir, ¿me entiende? Tenía una cara amenazadora y los puños cerrados, y hablaba con una convicción tan violenta que el sacerdote, siempre retrocediendo, se preguntó cuál de los dos se engañaba en ese momento.

No obstante, afirmó una vez más:

— Jamás he tenido un hijo.

El otro replicó:

— ¿Ni tampoco una amante, quizás?

El anciano pronunció resueltamente una sola palabra, una orgullosa confesión:

— Sí.

— Y esa amante, ¿no estaba embarazada cuando usted la despidió?

De pronto, la antigua cólera, ahogada veinticinco años antes, no ahogada, sino emparedada en el fondo del corazón del amante, rompió las bóvedas de fe, de resignada devoción, de renuncia a todo, que había construido sobre ella, y él gritó, fuera de sí:

— La despedí porque me había engañado y llevaba en su seno al hijo de otro; de no ser por eso, la habría matado, señor, y a usted con ella.

El joven vaciló, sorprendido a su vez por el sincero arrebató del cura, y después replicó más suavemente:

— ¿Quién le dijo eso de que el niño era de otro?

— Pues ella, ella misma, desafiándome.

Entonces, el vagabundo, sin discutir esta afirmación, concluyó con el tono de indiferencia de un golfo que juzga una causa:

— ¡Bueno! Fue mamá la que se equivocó al provocarle, eso es todo.

Volviendo a ser de nuevo dueño de sí, tras aquel movimiento de furor, el sacerdote interrogó a su vez:

— ¿Y quién le dijo, a usted, que era mi hijo?

— Ella, al morir, señor cura... ¡Y también esto!

Y alargaba, ante las narices del sacerdote, la fotografía.

El anciano la cogió, y lentamente, largamente, con el corazón oprimido por la angustia, comparó a aquel transeúnte desconocido con su vieja imagen, y ya no dudó más, era su hijo.

El desamparo se apoderó de su alma, una emoción inefable, terriblemente penosa, como el remordimiento de un antiguo crimen. Comprendía algo, adivinaba el resto, volvía a ver la brutal escena de la separación. Para salvar su vida, amenazada por el hombre ultrajado, la mujer, la engañosa y pérfida hembra, le había lanzado a la cara aquella mentira. Y la mentira había tenido éxito. Y un hijo suyo había nacido, había crecido, se había convertido en aquel sórdido trotacaminos, que olía a vicio como un macho cabrío huele a bestialidad.

Murmuró:

— ¿Quiere usted dar una vuelta conmigo, para explicarnos mejor?

El otro se echó a reír burlonamente.

— ¡Pardiez que sí! He venido justamente a eso.

Echaron a andar juntos, uno al lado del otro, por el olivar. El sol había desaparecido. El intenso frescor de los crepúsculos del Sur extendía sobre la campiña un invisible manto frío. El sacerdote temblaba y, alzando de pronto los ojos, con un movimiento habitual de oficiante, vio por doquier a su alrededor, trémulo contra el cielo, el menudo follaje grisáceo del árbol sagrado que había cobijado bajo su frágil sombra el mayor dolor de Cristo, su único desfallecimiento.

Una plegaria brotó en su interior, breve y desesperada, hecha de esa voz interna que no pasa por la boca y con la que los creyentes imploran al Salvador: «Dios mío, ayúdame.»

— Entonces, ¿su madre ha muerto?

Un nuevo pesar despertaba en él, al pronunciar estas palabras: «Su madre ha muerto», y crispaba su corazón, una extraña miseria de la carne del hombre que jamás acabó de olvidar, y un cruel eco de la tortura que había sufrido, pero acaso aún más, puesto que ella estaba muerta, una vibración de aquella delirante y corta felicidad juvenil de la que nada quedaba ahora, salvo la llaga del recuerdo.

El joven respondió:

— Sí, señor cura, mi madre ha muerto.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Sí, tres años ya.

Una nueva duda invadió al sacerdote.

— ¿Y cómo no vino a verme antes?

El otro vaciló.

— No pude. Tuve ciertos impedimentos... Pero, permíteme que interrumpa estas confidencias, que le haré más adelante, tan detalladas como guste, para decirle que no he comido nada desde ayer por la mañana.

Un estremecimiento de compasión sacudió por entero al anciano y, tendiendo bruscamente las dos manos:

— ¡Oh! ¡Pobre hijo mío! —dijo.

El joven recibió aquellas grandes manos extendidas, que envolvieron sus dedos, más delgados, tibios y febriles.

Después respondió con aquel aire burlón que no se desprendía de sus labios:

— ¡Ea! De verdad, empiezo a creer que acabaremos entendiéndonos.

El cura echó a andar.

— Vamos a cenar dijo.

Pensaba de pronto, con una alegría instintiva, confusa y rara, en el hermoso pez pescado por él, que unido a la gallina con arroz constituiría, ese día, una buena comida para aquel desgraciado muchacho.

La arlesiana, inquieta y ya regañona, esperaba ante la puerta.

— Marguerite, gritó el sacerdote, coja la mesa y llévesela a la sala, de prisa, y ponga dos cubiertos, pero a toda prisa.

La criada estaba pasmada, ante la idea de que su amo iba a cenar con aquel maleante. Entonces el padre Vilbois se puso él mismo a recoger y a trasladar, a la única estancia de la planta baja, el cubierto preparado para él.

Cinco minutos después estaba sentado, frente al vagabundo, delante de una sopera llena de sopa de coles, que hacía ascender, entre sus rostros, una nubecita de vapor hirviente.

III

Cuando los platos estuvieron llenos, el vagabundo empezó a engullir ávidamente su sopa a rápidas cucharadas. El sacerdote ya no tenía hambre; y se limitaba a aspirar con lentitud la sabrosa sopa de coles, dejando el pan en el fondo del plato.

De repente preguntó:

— ¿Cómo se llama usted?

El hombre rió, satisfecho de calmar su hambre.

— Padre desconocido —dijo— y sin más apellido que el de mi madre, que probablemente usted no habrá olvidado aún. Tengo, en cambio, dos nombres que no me van muy bien, entre paréntesis, Philippe Auguste.

El sacerdote palideció y preguntó, con un nudo en la garganta:

— ¿Por qué le pusieron esos nombres?

El vagabundo se encogió de hombros.

— Debería adivinarlo. Tras haberse separado de usted, mamá quiso hacer creer a su rival que yo era suyo, y él lo creyó más o menos hasta que tuve quince años. Pero, en ese momento, empecé a parecerme demasiado a usted. Y aquel canalla renegó de mí. Me habían puesto, pues, sus dos nombres, Philippe Auguste; y si hubiera tenido la suerte de no parecerme a nadie o de ser simplemente el hijo de un tercero en discordia que no hubiese aparecido, me llamaría hoy el vizconde Philippe Auguste de Pravallon, hijo tardíamente reconocido del conde del mismo nombre, senador. Yo me he bautizado “Malapata”.

— ¿Cómo sabe todo eso?

— Porque hubo explicaciones delante de mí, pardiez, y explicaciones bien duras, vaya. ¡Ah!, eso le enseña a uno qué es la vida.

Algo más penoso y más atrozante que todo lo que había sentido y sufrido desde hacía media hora oprimía al sacerdote. Había en él una especie de ahogo que se iniciaba, que iba a crecer y que acabaría matándolo, y eso procedía, no tanto de las cosas que oía, cuanto de la manera en que se las decían y de la cara de libertino del golfo que las subrayaba. Entre aquel hombre y él, entre su hijo y él, empezaba a sentir ahora esa cloaca de las suciedades morales que son, para ciertas almas, un veneno mortal. ¿Era su hijo aquello? No podía creerlo aún. Quería todas las pruebas, todas; saberlo todo, oírlo todo, escucharlo todo, sufrirlo todo. Pensó de nuevo en los olivos que rodeaban la pequeña alquería y murmuró por segunda vez: «¡Oh, Dios mío! ¡Ayudadme!»

Philippe Auguste había terminado la sopa. Preguntó:

— ¿Qué? ¿No se come más, padre cura?

Como la cocina se encontraba fuera de la casa, en un edificio anejo, y Marguerite no podía oír la voz del cura, éste la avisaba de que la necesitaba dando unos golpes a un gong chino colgado cerca de la pared, a sus espaldas.

Cogió pues el mazo de cuero y golpeó varias veces la placa redonda de metal. Primero escapó un sonido débil, después creció, se acentuó vibrante, agudo, sobreagudo, desgarrador, horrible queja del cobre herido.

La criada apareció. Tenía la cara crispada y lanzaba furiosas miradas al maoufatan como si hubiera presentido, con su instinto de perro fiel, el drama caído sobre su amo. En las manos llevaba la lubina asada de la que se desprendía un sabroso olor a mantequilla derretida. El sacerdote, con una cuchara, dividió el pescado de un extremo a otro, y ofreciendo el filete de lomo al hijo de su juventud:

— Lo acabo de pescar yo mismo — dijo con un resto de orgullo que afloraba en medio de su desconsuelo.

Marguerite no se marchaba.

El sacerdote prosiguió:

— Traiga vino, del bueno, vino blanco del Cabo Corso.

Ella tuvo casi un gesto de rebelión, y él debió repetir, adoptando un aire severo: «Vamos, dos botellas.» Pues, cuando invitaba a vino a alguien, raro placer, siempre se obsequiaba a sí mismo con una botella.

Philippe Auguste, radiante, murmuró:

—¡Formidable! Qué buena idea. Hace mucho que no comía así.

La sirvienta regresó al cabo de dos minutos. Al sacerdote le parecieron dos eternidades, pues la necesidad de saber le quemaba ahora la sangre, tan devoradora como el fuego del infierno.

Las botellas estaban descorchadas, pero la criada allí seguía, con los ojos clavados en el hombre.

—Déjenos solos— dijo el cura. Ella fingió no oírlo.

El prosiguió casi con dureza:

—Le he ordenado que nos deje solos.

Entonces ella se marchó.

Philippe Auguste comía el pescado con voraz precipitación; y su padre lo miraba, cada vez más sorprendido y desolado por cuando de baja descubría en aquella cara que tanto se le parecía. Los trocitos que el padre Vilbois se llevaba a los labios se le quedaban en la boca, pues su garganta cerrada se negaba a dejarlos pasar; y los masticaba un buen rato, buscando, entre todas las preguntas que acudían a su mente, aquélla cuya respuesta deseaba más pronto.

Acabó por murmurar:

—¿De qué murió?

—Del pecho.

—¿Estuvo enferma mucho tiempo?

—Dieciocho meses, más o menos.

—¿De qué le vino el mal?

—No se sabe.

Enmudecieron. El sacerdote pensaba. Le oprimían muchas cosas que le habría gustado conocer ya, pues desde el día de la ruptura, desde el día en que estuvo a punto de matarla, no había sabido nada de ella. Es cierto que tampoco había deseado saber, pues la había relegado con resolución a una fosa de olvido, a ella, y a sus días de felicidad; pero ahora sentía nacer en sí, de repente, cuando ella había muerto, un ardiente deseo de enterarse, un deseo celoso, casi un deseo de amante.

Prosiguió:

—¿No estaba sola, ¿verdad?

—No, seguía viviendo con él.

El anciano se estremeció.

—¿Con él? ¿Con Pravallon?

—Sí, claro.

Y el hombre traicionado en tiempos, calculó que la misma mujer que lo había engañado se había quedado más de treinta años con su rival.

Casi a su pesar balbució:

—¿Fueron felices juntos?

Riendo burlonamente, el joven respondió:

—Sí, claro, ¡con altibajos! La cosa habría ido muy bien sin mí. Yo siempre lo estropeo todo.

—¿Cómo? ¿Y por qué? —dijo el sacerdote.

—Ya se lo he contado. Porque creyó que yo era hijo suyo hasta que tuve unos quince años. El viejo no era idiota, y descubrió por sí solo el parecido, y entonces tuvieron sus trifulcas. Yo escuchaba detrás de las puertas. Acusaba a mamá de habérsela pegado. Mamá replicaba: «¿Es que es mía la culpa? Sabías muy bien, cuando me hiciste tuya, que era la amante de otro.»

El otro era usted.

—¡Ah! ¿Con que hablaban de mí a veces?

—Sí, pero nunca lo nombraron delante de mí, salvo al final, muy al final, los últimos días, cuando mamá se sintió perdida. Desconfiaban de mí, después de todo.

—¿Y usted., usted se enteró pronto de que su madre vivía en una situación irregular?

—¡Pardiez! No soy nada ingenuo, yo, ni nunca lo fui. Esas cosas se adivinan en seguida, en cuanto uno empieza a conocer el mundo.

Philippe Auguste se servía vino una y otra vez. Sus ojos se encendían, el largo ayuno le hacía embriagarse con rapidez.

El sacerdote se dio cuenta; a punto estuvo de detenerlo, pero le rozó la idea de que la embriaguez volvía imprudente y charlatán, y, cogiendo la botella, llenó de nuevo el vaso del joven.

Marguerite traía la gallina con arroz. Tras dejarla sobre la mesa, cayó de nuevo los ojos en el merodeador, y después le dijo a su amo con aire indignado:

—¿No ve usted que está borracho, señor cura?

—Déjanos en paz, replicó el sacerdote, y vete.

Salió dando un portazo.

El preguntó:

—¿Qué es lo que su madre decía de mí?

—Pues lo que se dice normalmente de un hombre al que se ha dejado; que su trato no era fácil, cargante para una mujer, y que le habría complicado mucho la vida con sus ideas.

—¿Dijo eso a menudo?

—Sí, a veces con subterfugios, para que no lo entendiese, pero yo lo adivinaba todo.

—¿Y a usted, cómo lo trataban en aquella casa?

—¿A mí? Muy bien al principio, y después muy mal. Cuando mamá vio que le echaba a perder el negocio, me dejó en la estacada.

—¿Cómo es eso?

—¿Que cómo? Pues muy sencillo. Hice algunas calaveradas hacia los dieciséis años; y entonces los muy asquerosos me metieron en un correccional, para desembarazarse de mí.

Puso los codos en la mesa, apoyó las mejillas en ambas manos y, totalmente ebrio, la mente anegada en vino, le asaltó de repente una de esas irresistibles ganas de hablar de sí mismo que hacen divagar a los borrachines en fantásticas jactancias.

Y sonreía amablemente, con una gracia femenina en los labios, una gracia perversa que el sacerdote reconoció. No sólo la reconoció, sino que la sintió, odiada y acariciadora, aquella gracia que lo había conquistado y perdido antaño. El hijo se parecía ahora más a su

madre, no por los rasgos del rostro, sino por la mirada cautivadora y falsa y sobre todo por la seducción de la sonrisa engañosa que parecía abrir la puerta de la boca a todas las infamias del interior.

Philippe Auguste contó:

— ¡Ja, ja, ja! Menuda vida llevé, desde el correccional, una vida notable por la que un gran novelista pagaría mucho dinero. De veras, el viejo Dumas, en su Montecristo, no ha inventado cosas tan chuscas como las que me han ocurrido a mi.

Se calló, con la gravedad filosófica de un borracho que medita, y después, lentamente:

— Quien desee que un chico salga bien, no debería nunca enviarlo a un correccional, sea lo que sea lo que haya hecho, a causa de las amistades de allá dentro. Yo había hecho una buena, pero me salió mal. Estaba estirando las piernas con tres amigos, un poco achispados los cuatro, una noche, hacia las nueve, por la carretera, cerca del vado de Folac, cuando encontré un carruaje donde todos dormían, el conductor y su familia, era una gente de Martinon que volvía de cenar en la ciudad. Cogí el caballo de las riendas, lo hice subir al transbordador, y empujé la barcaza al centro del río. Con el ruido, el tipo que conducía se despertó, no vio nada, dio unos latigazos. El caballo echó a andar y saltó al agua con el carruaje. ¡Todos ahogados! Mis amigos me denunciaron. Y eso que al principio se habían reído con ganas al ver mi broma. De veras, no habíamos pensado que saldría tan mal. Esperábamos sólo un buen baño, para reírnos un poco.

«Después de eso, las hice peores para vengarme de la primera, que no merecía un castigo, palabra. Pero no, vale la pena contarlas. Le diré solamente la última, porque estoy seguro de que le gustará. Le he vengado a usted, papá.»

El sacerdote contemplaba a su hijo con ojos aterrados, y ya no comía nada. Philippe Auguste iba a seguir hablando.

— No — dijo el sacerdote, no ahora, dentro de un rato.

Volviéndose, golpeó el estridente címbalo chino, haciéndole gemir.

Marguerite entró al punto.

Y su amo le ordenó, con una voz tan dura que ella bajó la cabeza, asustada y dócil:

— Tráenos la lámpara y todo lo que tengas que poner aún en la mesa, y después no aparezcas hasta que yo toque el gong.

Ella salió, regresó y dejó sobre el mantel una lámpara de porcelana blanca, con una pantalla, un gran pedazo de queso, fruta, y luego se marchó.

Y el sacerdote dijo resueltamente:

— Y ahora, le escucho.

Philippe Auguste llenó con tranquilidad su plato de postre y su vaso de vino. La segunda botella estaba casi vacía, aunque el cura apenas la había tocado.

El joven prosiguió, tartamudeando, con la boca pastosa de comida y de borrachera:

— Ahí va la última. Es de abrigo: Yo había vuelto a casa... y allí me quedaba a pesar de ellos porque me tenían miedo... me tenían miedo... ¡Ah!, a mí no hay que jorobarme... soy capaz de todo cuando me joroban... Ya sabe usted... vivían juntos y no vivían juntos. El tenía dos domicilios, un domicilio de senador y un domicilio de amante. Pero vivía con mamá más a menudo que en su casa, pues no podía prescindir de ella... ¡Ah!... sí que era

lista, y de armas tomar... mamá... ¡sabía cómo atar a un hombre! Lo dominó en cuerpo y alma, y lo conservó hasta el final. ¡Los hombres son idiotas! Así, pues, yo había regresado y los tenía en un puño gracias al miedo. Soy yo muy cuco, también, y en picardía, en mano izquierda, y hasta en puños, no me gana nadie. Y mamá cae enferma y él la instala en una hermosa finca cerca de Meulan, en medio de un parque tan grande como un bosque. La cosa dura unos dieciocho meses... como le dije. Después sentimos que se aproxima el final. El venía todos los días de París, y estaba apenado, esta vez de veras.

Así pues, una mañana, habían estado charlando cerca de una hora, y yo me preguntaba de qué podían parlotear tanto tiempo, cuando me llamaron. Y mamá me dijo: «Estoy a punto de morir y hay algo que quiero revelarte, a pesar de la opinión del conde.» Siempre le llamaba «el conde» cuando hablaba de él. «Y es el nombre de tu padre, que aun vive.»

Yo se lo había preguntado más de cien veces..., más de cien veces..., el nombre de mi padre... más de cien veces..., y siempre se había negado a decírmelo... Creo incluso que un día le largué unas bofetadas para que lo escupiera, pero no sirvió de nada. Y después, para desembarazarse de mí, me anunció que usted había muerto sin un céntimo, que no era usted gran cosa, un error de juventud, una metedura de pata de una chica virgen, vamos. Me lo contó tan bien, que me tragué, pero del todo, la muerte de usted.

Conque ella me dijo: «Es el nombre de tu padre.»

El otro, que estaba sentado en un sillón, replicó esto, tres veces: «Es un error, es un error, es un error, Rosette.»

Mamá se sienta en la cama. La estoy viendo aún, con los pómulos rojos y los ojos brillantes, porque a pesar de todo me quería mucho; y le dice: «Entonces, ¡haga algo por él, Philippe!»

Al hablarle, le llamaba «Philippe» y a mí «Auguste».

El se puso a chillar como un loco: «¡Nunca! Por este sinvergüenza, por este golfo, por este delincuente habitual, por este... este... este...»

Y encontró mil calificativos para mí, como si sólo hubiera buscado eso durante toda su vida.

Iba a enfadarme, pero mamá me hizo callar y le dijo: «Entonces lo que usted quiere es que se muera de hambre, pues yo nada tengo.»

Replicó, sin inmutarse: «Rosette, le he dado a usted treinta y cinco mil francos al año, desde hace treinta, eso suma más de un millón. Gracias a mí ha vivido usted como una mujer rica, una mujer amada, me atrevo a decir, una mujer feliz. Nada le debo a este pordiosero que ha estropeado nuestros últimos años; y no recibirá nada de mí. Es inútil que insista. Dígale el nombre del otro, si quiere. Lo siento, pero me lavo las manos.»

Entonces mamá se vuelve hacia mí. Yo me decía: «Bueno, mira por donde encuentro a mi verdadero padre... si tiene guita, estoy salvado...»

Ella continuó: «Tu padre, el barón de Vilbois, se llama hoy el padre Vilbois, y es cura en Garandou, cerca de Tolón. Era mi amante cuando lo abandoné por éste.»

Y me lo contó todo, salvo que se la jugó también sobre su embarazo. Pero las mujeres, ya sabe, nunca dicen la verdad.

Se reía burlón, inconsciente, dejando salir libremente todo aquel lodo. Bebió un poco

más, y con cara siempre risueña, prosiguió:

—Mamá murió dos días... dos días después. Seguimos su ataúd hasta el cementerio, él y yo... es gracioso... fíjese... él y yo... y tres criados., nada más. El lloraba como un becerro... íbamos uno al lado del otro... hubiérase dicho papá y su hijito.

Después volvimos a la casa. Nosotros dos solos. Yo me decía: «Habrá que largarse, y sin un céntimo.» Tenía exactamente cincuenta francos. ¿Qué podría ocurrírseme para vengarme?

Me toca el brazo, me dice: «Tengo que hablar con usted.»

Lo seguí a su despacho. Se sentó a su mesa, y después, farfullando entre lágrimas, me cuenta que no quiere ser tan malo conmigo como le decía a mamá; me ruega que no le moleste a usted...

—Eso., eso nos concierne a usted y a mi... —Me ofrece un billete de mil., mil... mil... ¿qué podía hacer con mil francos... yo... un hombre como yo? Vi que tenía más en el cajón, un verdadero montón. La vista de esa clase de papel me da ganas de rajarlo. Alargo la mano para coger el que me ofrecía, pero en vez de recibir su limosna, salto sobre él, lo derribo al suelo, y le aprieto la garganta hasta hacerle revolver los ojos; después, cuando vi que iba a palmarla, lo amordacé, lo até, lo desnudé, le di la vuelta y luego... ¡ja, ja, ja!... ¡Le vengué a usted de una forma muy divertida!...

Philippe Auguste tosía, estrangulado por el gozo, y en el pliegue feroz y alegre que alzaba su labio, el padre Vilbois seguía hallando la antigua sonrisa de la mujer que le había hecho perder la cabeza.

—¿Y después? —dijo.

—Después... ¡Ja, ja, ja!... Había un gran fuego en la chimenea..., era en diciembre... con los grandes fríos... cuando murió..., mamá..., un gran fuego de carbón... Cojo el atizador... lo pongo al rojo... y ya está... le marco cruces en la espalda, ocho, diez, no sé cuantas, después le doy la vuelta y hago otro tanto en el vientre. ¡Qué divertido! ¿eh, papá? Así es como marcaban en otros tiempos a los forzados. El se retorció como una anguila... pero yo lo había amordazado bien, no podía gritar. Después cogí los billetes —doce—, con el mío eran trece... Eso me dio mala suerte. Y escapé diciéndoles a los criados que no molestasen al señor conde hasta la hora de la cena, porque dormía.

Pensaba que no diría nada, por miedo al escándalo, en vista de que es senador. Pero me engañé. Cuatro días después me pillaron en un restaurante de París. Me gané tres años de cárcel. Por eso no pude venir a verlo antes.

Bebió un poco más, y farfullaba, pronunciando apenas las palabras:

—Y ahora., papá... ¡papá cura!... ¡Es divertido tener por padre a un cura!... ¡Ja, ja!, hay que ser amable con mi menda, porque mi menda no es normal., y porque le gastó una buena... ¿no?... una buena... al viejo...

La misma cólera que había enloquecido en tiempos al padre Vilbois ante la amante traidora, lo agitaba ahora frente a aquel hombre abominable.

El, que tanto había perdonado, en nombre de Dios, los secretos infames susurrados en el misterio del confesionario, se sentía sin piedad, sin clemencia en su propio nombre, y ya no llamaba en su ayuda a aquel Dios benigno y misericordioso, pues comprendía que ninguna protección celestial y terrena puede salvar aquí abajo a aquellos sobre quienes

caen tamañas desgracias.

Todo el ardor de su corazón apasionado y de su sangre violenta, extinguido por el sacerdocio, despertaba en medio de una irresistible rebelión contra aquel miserable que era su hijo, contra aquel parecido con él, y también contra la madre, la madre indigna, que lo había concebido semejante a ella, y contra la fatalidad que remachaba a aquel pordiosero a su pie paterno como una bola de presidiario.

Veía, preveía todo con repentina lucidez, despertado de sus veinticinco años de piadoso sueño y de tranquilidad por aquel choque.

Convencido de pronto de que había que hablar con dureza para ser temido por aquel maleante y atterrarlo ya desde el principio, le dijo, con los dientes apretados de furor, y sin pensar ya en su embriaguez:

—Ahora que me lo ha contado todo, escúcheme. Se marchará mañana por la mañana. Vivirá usted en un pueblo que le indicaré y del que no saldrá nunca sin una orden mía. Le pasaré una pensión que le bastará para vivir, pero pequeña, pues no tengo dinero. Y si desobedece una sola vez, se habrá acabado y tendrá que vérselas conmigo...

Aunque embrutecido por el vino, Philippe Auguste entendió la amenaza; y el criminal que había en él surgió de repente. Escupió estas palabras, entre hipos:

—¡Ah, papá!, no me gastes bromas... Eres cura., te tengo cogido...! y pasarás por el aro, como los otros!

El sacerdote se sobresaltó; y hubo, en sus músculos de viejo hércules, un invencible deseo de agarrar a aquel monstruo, de doblarlo como una varilla y de demostrarle que tendría que ceder.

Le gritó, sacudiendo la mesa y empujándola contra su pecho:

—¡Ah! Tenga cuidado, tenga cuidado... ¡No tengo miedo de nadie!

El borracho, perdiendo el equilibrio, se bamboleaba en la silla. Notando que iba a caer y que estaba en poder del sacerdote, alargó la mano, con una mirada asesina, hacia uno de los cuchillos que había sobre el mantel. El padre Vilbois vio el gesto, y le dio a la mesa tal empujón que su hijo cayó de espaldas y quedó tendido en el suelo. La lámpara rodó y se apagó.

Durante unos segundos un cristalino tintineo de vasos entrechocados cantó en la oscuridad; después hubo una especie de deslizamiento de un cuerpo blando sobre el pavimento, y después nada más.

Al romperse la lámpara una súbita oscuridad se había extendido sobre ellos, tan repentina, inesperada y profunda que se quedaron estupefactos como ante un suceso pavoroso. El borracho, acurrucado contra la pared, no se movía; y el sacerdote permanecía en su silla, sumido en aquellas tinieblas, que ahogaban su cólera. Aquel negro velo arrojado sobre él detuvo su arrebató, inmovilizando también el furioso impulso de su alma; y le asaltaron otras ideas, sombrías y tristes como la oscuridad.

Se hizo el silencio, un espeso silencio de tumba cerrada, donde nada parecía vivir y respirar. Tampoco nada llegaba de fuera, ni el paso de un carruaje a lo lejos, ni un ladrido de perro, ni siquiera el roce en las ramas o sobre las paredes de un leve soplo de viento. La cosa duró mucho tiempo, muchísimo tiempo, acaso una hora. Después, de pronto, ¡el gong tañó! Tañó herido por un solo golpe duro, seco y fuerte, al que siguió un gran ruido

extraño de una caída y de una silla derribada.

Marguerite, que estaba al acecho, acudió; pero en cuanto abrió la puerta, retrocedió espantada ante las sombras impenetrables. Después, temblorosa, el corazón estremecido, con voz jadeante y baja, llamó:

— ¡Señor cura! ¡Señor cura!

Nadie respondió, nada se movió.

«¡Dios mío! ¡Dios mío!, pensó, ¿qué han hecho? ¿Qué ha ocurrido?»

No se atrevía a avanzar, no se atrevía a salir en busca de una luz; y unas ganas locas de escapar, de huir y de gritar la asaltaron, aunque se sentía con las piernas flojas como para caer allí mismo. Repetía:

— Señor cura, señor cura, soy yo, Marguerite.

Pero de pronto, pese a su miedo, un deseo instintivo de auxiliar a su amo, y una de esas valentías de mujer que a veces las vuelven heroicas, llenaron su alma de aterrada audacia y, corriendo a la cocina, trajo su quinqué.

En la puerta de la sala, se detuvo. Vio primero al vagabundo, tumbado junto a la pared, y que dormía o parecía dormir, después la lámpara rota, y después, debajo de la mesa, los dos pies negros y las piernas con calcetines negros del padre Vilbois, que había debido caer de espaldas golpeando el gong con la cabeza.

Palpitante de espanto, las manos trémulas, repetía:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es esto?

Y como avanzaba a pasitos cortos, con lentitud, resbaló en algo grasiento y estuvo a punto de caer.

Entonces, inclinándose, vio que sobre el pavimento rojo corría un líquido también rojo, extendiéndose en torno a sus pies y fluyendo con rapidez hacia la puerta. Adivinó que era sangre.

Enloquecida, huyó, tirando la luz para no ver nada, y se precipitó al campo, hacia el pueblo. Marchaba tropezando con los árboles, los ojos clavados en las luces remotas y chillando.

Su voz aguda volaba por la noche como un siniestro grito de lechuza y clamaba sin descanso: «El maoufatan... ¡el maoufatan... el maoufatan!...»

Cuando llegó a las primeras casas, unos hombres asustados salieron y la rodearon; pero se debatía sin responder, pues había perdido la cabeza.

Al fin comprendieron que acababa de ocurrir una desgracia en el campo del cura, y un grupo se armó para correr en su ayuda.

En medio del olivar la pequeña alquería pintada de rosa se había vuelto invisible en la noche profunda y muda. Desde que la única luz de su ventana iluminada se había apagado como un ojo cerrado, estaba anegada en sombras, perdida en las tinieblas, imposible de encontrar para quien no fuera natural del pueblo.

Pronto unas luces corrieron a ras de tierra, a través de los árboles, yendo hacia ella.

Paseaban sobre la hierba agostada largas claridades amarillas; y bajo su errante resplandor los atormentados troncos de los olivos parecían a veces monstruos, serpientes del infierno enlazadas y retorcidas. Los reflejos proyectados a lo lejos hicieron surgir de pronto en la oscuridad una cosa blanquecina y vaga, y después, en seguida, la pared

cuadrada y baja de la casita volvió a ser rosa ante las linternas. Las llevaban algunos campesinos, escoltando a dos gendarmes, con los revólveres empuñados, al guarda rural, al alcalde y a Marguerite, a quien sostenían unos hombres, porque desfallecía.

Frente a la puerta que seguía abierta, espantosa, se produjo un instante de vacilación. Pero el sargento, agarrando un farol, entró seguido por los otros.

La sirvienta no había mentido. La sangre, coagulada ahora, cubría el pavimento como una alfombra. Había corrido hasta el vagabundo, mojando una de sus piernas y una de sus manos.

El padre y el hijo dormían, el uno, con la garganta cortada, el sueño eterno, el otro el sueño de los borrachos. Los dos gendarmes se arrojaron sobre él y antes de que se despertase tenía ya las esposas en las muñecas. Se frotó los ojos, estupefacto, atontado por el vino; y cuando vio el cadáver de su padre pareció aterrado, sin entender nada.

—¿Cómo es que no escapó? —dijo el alcalde.

—Estaba demasiado borracho —replicó el sargento.

Y todos fueron de su opinión, pues a nadie se le pasó por la cabeza que el padre Vilbois hubiera podido darse muerte.